

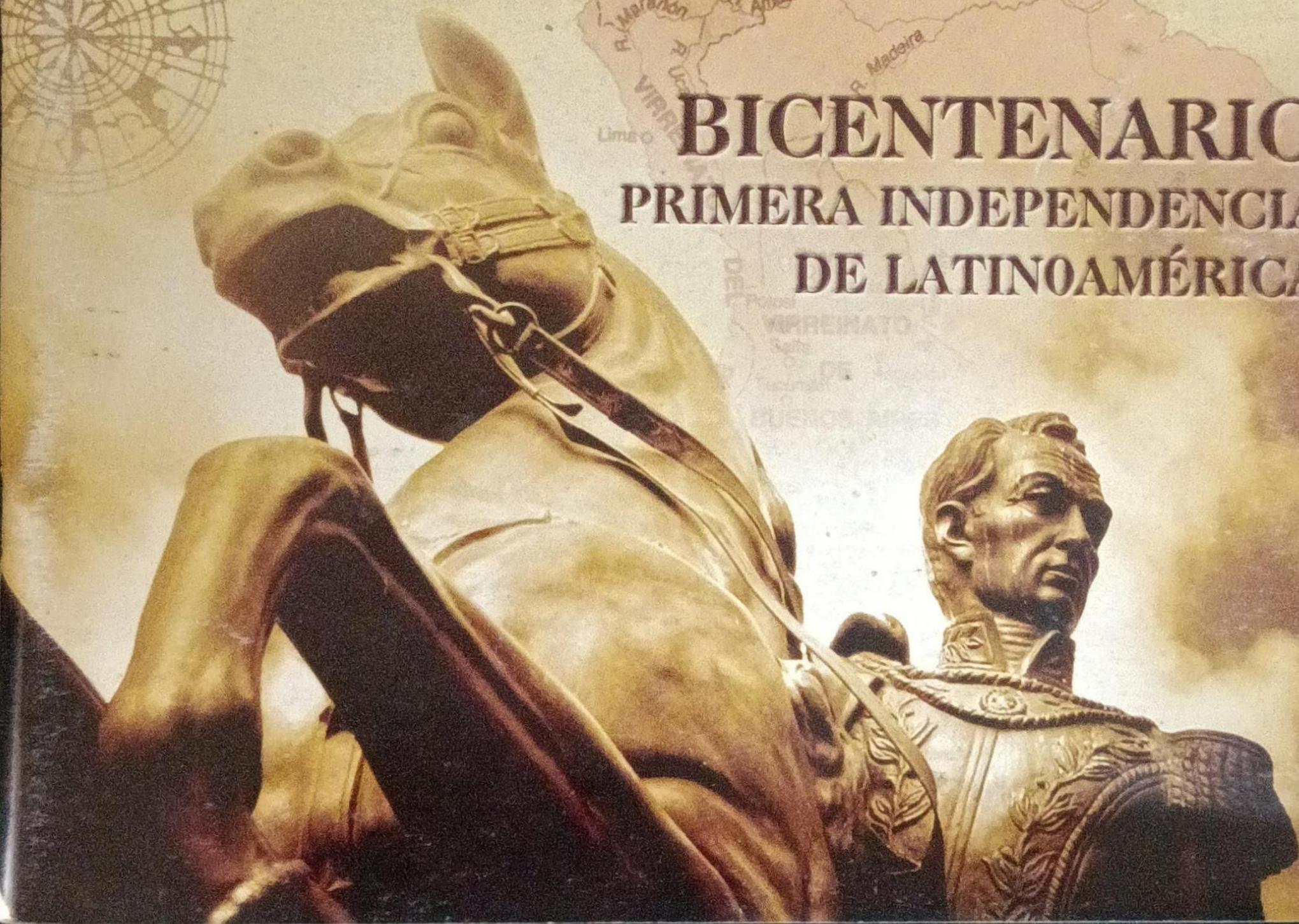
América

Revista de la Sociedad Cultural José Martí

27
2009



BICENTENARIO PRIMERA INDEPENDENCIA DE LATINOAMÉRICA



Concurso "Los niños por la paz"



Amanda Elena Estévez de León, 12 años, Escuela "Guillermo Tomás Bouffartigue", curso escolar 2009-2010, Guanabacoa, Ciudad de La Habana.

Revista

no. 27 de 2009

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Editora

SILVIA GUTIÉRREZ GONZÁLEZ

Diseñador

EDUARDO A. GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

ROLANDO BELLIDO AGUILERA

MARLEN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

JORGE LOZANO ROS

RAÚL RODRÍGUEZ LA O

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

Fundadores de la Sociedad Cultural "José Martí"

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

REDACCIÓN

Calzada 801½ entre 2 y 4, El Vedado,
La Habana, Cuba.

Tel.: 830 8289 y 838 2298

Fax: 833 4672

e-mail: revhonda@cubarte.cult.cu

Agradecimientos a la Biblioteca del Centro de Estudios Martianos y a Sergio Guerra por su colaboración especial para este número.

Esta edición ha sido financiada por el Fondo de Desarrollo de la Cultura y la Educación

Sumario

Ideas

Sergio Guerra Vilaboy. 1810 y su significado en la independencia de América Latina / 3

Armando Hart Dávalos. La Revolución de Haití: precursora de las gestas independentistas de Nuestra América / 9

Wilfredo Padrón Iglesias. Con los hábitos monárquicos, y el sol por pecho... / 13

Eúridice González Navarrete. Las luchas por la independencia de América Latina, 1810-1825: condiciones imprescindibles en la configuración de los Estados nacionales / 19

Cátedra Bicentenario de la primera independencia de América Latina y el Caribe. Plataforma histórico-política para pensar, debatir y hacer / 24

Acontecimientos

Roberto Fernández Retamar. VII Encuentro Internacional de Cátedras Martianas / 27

Eusebio Leal Spengler. Cintio Vitier y la verdad de todas las cosas / 31

Rodolfo Sarracino Magriñat. Triunfos y quebrantos: José Martí, cónsul argentino / 33

Antonio Gutiérrez Rodríguez. Décimas en *Amor con amor se paga.* Estructura y lenguaje / 41

Nydia Sarabia. Alba de Céspedes y su amor por Cuba / 44

Maritza Batista Batista. La luz y sus entornos en los *Versos sencillos* / 47

Dioelis Delgado Machado. Vigencia martiana en Cuba: 85 aniversario del primer Museo José Martí / 51

Presencia

José Martí. La fiesta de Bolívar en la Sociedad Literaria Hispanoamericana / 60

A la de colibrí

Alpidio Alonso Grau. Textos de siete poetas cubanos contemporáneos / 62

Intimando

Rafael Polanco Brahojos. Entrevista a Léster Campa / 66

Páginas nuevas

Francisca López Civeira. *Utopía, identidad e integración en el pensamiento latinoamericano y cubano*, de Joaquín Santana Castillo / 68

Fina García Marruz. El caso de Domingo del Monte / 70

Rodolfo Sarracino Magriñat. *Encrucijadas de la guerra prolongada*, de Jorge Ibarra / 72

En casa

Erasmus Lazcano López. Un Hemingway en tierras del Quijote / 75

Leonardo Pérez Leyva. Evocando al amigo de siempre / 76

Adelaida Ramos Leal. Asambleas de balance de las filiales de la Sociedad Cultural "José Martí" en 2009 / 79

Nuestros autores / 80

La publicación de un escrito no significa la adhesión de la Sociedad Cultural "José Martí" a su contenido.

Página del director

El presente número de *Honda* tiene como tema central el Bicentenario del inicio de las luchas por la independencia en el ámbito geográfico que Martí nombró Nuestra América. Dedicamos nuestra sección "Ideas" como espacio de reflexión acerca de aquellos acontecimientos memorables, cuya trascendencia continúa marcando el presente y el futuro de los procesos en marcha para alcanzar la verdadera y definitiva independencia de América Latina y el Caribe.

La historia de Cuba está íntimamente vinculada a aquellos procesos históricos. Recordemos que la Revolución de los esclavos en Haití repercutió decisivamente en la situación de la Isla. La destrucción de la economía de la antigua colonia francesa de Saint Domingue estimuló la producción azucarera en Cuba, a tal punto, que se convirtió en el primer productor mundial y permitió, además, el fomento del cultivo del café con la llegada de los colonos franceses emigrados de Haití. El torrente de nuevos esclavos traídos directamente desde África para hacer posible aquel enorme esfuerzo productivo, introdujo cambios significativos en el lento proceso de maduración de una autoconciencia diferenciada de la metrópoli. Y es precisamente a partir de estos hechos que la situación de la Isla adquiere una singularidad que la distingue y la distancia de lo que ocurre en las posesiones de España en el continente, en ese mismo período histórico. El fantasma haitiano estuvo presente durante más de medio siglo en la contienda política cubana como símbolo aleccionador para los que deseaban una solución radical del problema colonial.

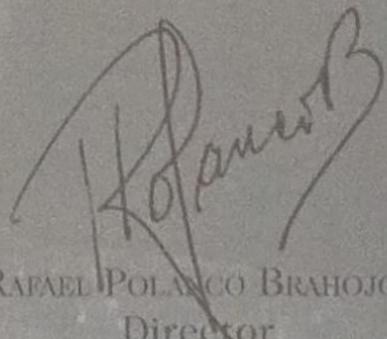
Como resultado del fomento de la producción azucarera y cafetalera, con el consiguiente ingreso masivo de esclavos, la población de origen africano (esclava o libre) llegó a superar ampliamente a la población blanca.

Al concluir el primer cuarto del siglo XIX la población sobrepasaba los setecientos mil y el número de esclavos se acercaba a los trescientos mil. Esta última cifra, unida a los más de cien mil negros y mestizos libres, elevaba el total de la población de origen africano a cuatrocientos mil, es decir, cien mil más que los blancos. Están presentes ya con fuerza los elementos del drama que en el curso de ese siglo se acentuarían aún más y que darían a nuestra contienda independentista un marcado contenido social.

A partir de una cierta distribución de roles en la actividad económica, los hacendados criollos eran predominantes en la producción azucarera, y el aumento de su riqueza dependía de la libre introducción de esclavos, de un poder firme que garantizara el régimen esclavista y contuviera cualquier intento del tipo Haití. Por esta razón, no prosperaron aquí los movimientos separatistas como el de los "Soles y Rayos de Bolívar" ya que, mientras en el continente se extendía la lucha por la independencia, esta aristocracia criolla favorecía el *reformismo* bajo dominación colonial como mejor opción para sus intereses. En el plano de las ideas, sin embargo, se desarrolló un pensamiento filosófico de altísimo nivel que reivindicó el electivismo, regido por principios éticos, opuesto al eclecticismo que intentaba conciliar conceptos contrapuestos. Ese tema aparece tratado en el número 25 de *Honda*.

Nos quedó pendiente la publicación de un trabajo dedicado a la independencia de México con esas dos figuras esenciales: Hidalgo y Morelos, y la fuerte carga social de aquel proceso.

En las otras secciones habituales el lector podrá encontrar otros interesantes trabajos sobre la obra martiana y el quehacer de la Sociedad Cultural "José Martí". ■



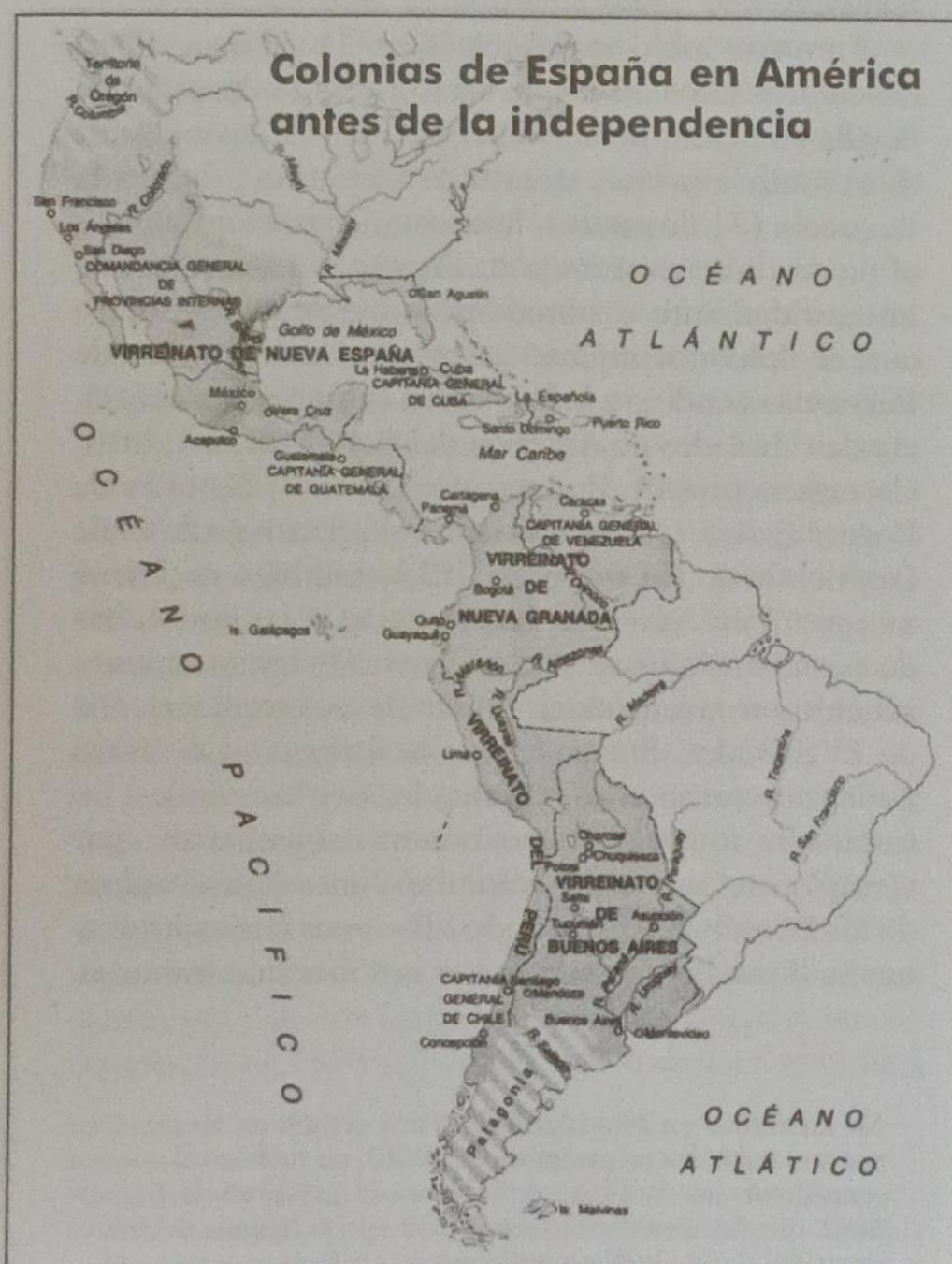
RAFAEL POLANCO BRAHOJOS
Director

1810 y su significado en la independencia de América Latina

SERGIO GUERRA VILABOY

La marcha de los acontecimientos tenía el ritmo loco de los torrentes en días de grandes lluvias. La crisis española entraba en su fase aguda en los territorios del Caribe. En todas partes había agitación y en todas partes se formulaban planes y se tomaban decisiones. Los pueblos españoles del Caribe se hallaban en los umbrales de una conmoción fiera, costosa y prolongada.

JUAN BOSCH



La independencia de Hispanoamérica, cuyo bicentenario conmemoramos, no se proclamó en 1810, sino después. La ruptura con España no fue considerada en esa fecha, ni formaba parte de un proyecto patriótico generalizado como nos ha hecho creer la historia oficial. En realidad, una buena parte de los criollos no pretendía en un principio el establecimiento de repúblicas independientes. La formación de gobiernos autónomos en las colonias fue una reacción natural ante la ocupación francesa de España, aunque la aspiración separatista terminaría por aparecer como consecuencia de la frustración de las reformas gáditanas, del propio desenlace de los acontecimientos y de la radicalización de muchos de esos iniciadores.

La invasión napoleónica a la península ibérica y la rebelión del pueblo español contra los ocupantes franceses, tuvieron enormes consecuencias para la América hispana y fue el prelude de su emancipación. La dinámica de acontecimientos interrelacionados que se estableció a partir de 1808 entre España y Portugal, de un lado, y sus respectivas posesiones americanas, del otro, fue muy parecida a la que se había desarrollado desde

1789 entre Francia y Saint Domingue (Haití). El proceso comenzó, siguiendo el modelo de lo que sucedía en España para enfrentar a Napoleón, con el establecimiento de juntas autónomas en las principales capitales de Hispanoamérica. Estos gobiernos se valían de la misma argumentación que tenían las juntas metropolitanas para asumir la soberanía y preservar el trono a Fernando VII. Si bien las diferentes reacciones dependieron en gran medida de las especificidades locales, también tuvieron mucho que ver con una serie de imaginarios y valores compartidos entre americanos y españoles. Varios ejemplos podrían avalar esta tesis. La apatía con que en 1806 fue recibida en la costa venezolana (Coro) los expedicionarios del *Leander* encabezados por Francisco de Miranda, cuyo llamado a la independencia de Colombia —en su léxico era sinónimo de Hispanoamérica— no podía ser comprendido todavía por la población autóctona. Casi en forma simultánea, las invasiones inglesas a Buenos Aires y Montevideo, en 1806 y 1807 respectivamente, fueron rechazadas por los criollos, ante la pasividad de las autoridades coloniales, lo cual permitió preservar para España el Virreinato del Río de La Plata. Otra muestra fue lo ocurrido en Caracas, donde los “mantuanos” —plantadores esclavistas—, ilusionados con la efímera victoria de Bailén (julio de 1808), organizaron una serie de festejos por el posible regreso del rey cautivo.

Otro caso ilustrativo fue lo ocurrido en Santo Domingo, entonces ocupado por los franceses como consecuencia del tratado de Basilea de 1795. Compulsados por la rebeldía del pueblo español, los criollos dominicanos se dejaron seducir por los planes insurreccionales de los agentes hispanos. El 5 de octubre de 1808, la sublevación criolla se inició de manera espontánea en la colonia primada de América y permitió la restauración de la soberanía española en Santo Domingo con la entrega de la capitanía general a Juan Sánchez Ramírez.

El rechazo a la ocupación napoleónica también estaba motivado por razones de orden social, esto es, el temor a la repetición de lo ocurrido en Haití y a la posible extensión de las leyes revolucionarias francesas a las colonias. No en balde, la aristocracia habanera calificaba en 1811 a los códigos napoleónicos de “hediondos heces de la Revolución Francesa”.¹ También

la élite criolla estaba preocupada por una posible paralización del comercio si los territorios hispanoamericanos aceptaban las pretensiones de Napoleón, pues Inglaterra obstaculizaría toda actividad mercantil enemiga. En cambio, con la formación de juntas, que en la práctica conllevaban la autonomía colonial, el comercio se mantendría abierto y liberado de los rígidos controles de los monopolistas de Cádiz.

Los primeros intentos por convocar juntas en las Indias se desarrollaron en 1808 y tuvieron por escenario La Habana (julio), Nueva España (agosto) y Caracas (noviembre), sin embargo, en dos de estas capitales el movimiento abortó en embrión ante la resistencia de las autoridades tradicionales y el elemento peninsular.² Solo en México esta oleada logró cierta concreción momentánea, pero terminó con el arresto de varios criollos y la deposición del propio virrey. También las juntas hispanoamericanas formadas en 1809 —Quito, La Paz y Chuquisaca— fracasaron, aunque en el Alto Perú dieron lugar, en enero de 1810, a los primeros enfrentamientos armados, que dejaron como secuela la ejecución de varios criollos por las autoridades hispanas.

Un tercer ciclo se desarrolló en 1810, hace ahora doscientos años, al llegar las noticias de la caída de Sevilla en manos de los franceses y el refugio en Cádiz de la Junta Suprema, sustituida allí por un Consejo de Regencia (31 de enero), hechos que parecían indicar el fin de toda resistencia en España. La sensación de inseguridad ante el inminente vacío de poder —junto con el desconocimiento americano del Consejo de Regencia— condujo a la formación de juntas en las principales ciudades de América del Sur: Caracas (abril), Cartagena (mayo), Buenos Aires (mayo), Santa Fe de Bogotá (julio), Quito (septiembre) y Santiago de Chile (septiembre). En mayo de 1811, también se formó una junta en Asunción de Paraguay y, en noviembre de ese mismo año, estalló un frustrado levantamiento rebelde en la entonces provincia centroamericana de El Salvador. Sin embargo, la formación de estos gobiernos autónomos, dominados por los criollos, no implicaba todavía un movimiento separatista —por ejemplo, en Caracas se denominó Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII—, pues sus aspiraciones se limitaban a desconocer la soberanía francesa,

¹ La frase, en el documento “Exposición a las Cortes”, elaborado por el cabildo habanero como instrucción a su representación a Cortes, en Hortensia Pichardo, *Documentos para la Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1969, t. I, pp. 210 y ss.

² No incluimos en esta oleada la junta creada en Montevideo por los españoles (septiembre de 1808), en rechazo al control conseguido por la élite criolla sobre el gobierno de Buenos Aires, que fue disuelta sin represalias con la llegada del nuevo virrey del Río de la Plata, en junio de 1809.

a reivindicaciones comerciales y al establecimiento de la igualdad con los españoles.

La política social conservadora seguida por las juntas hispanoamericanas, constituidas en 1810, contrasta con el programa radical –devolución de tierras comunales, supresión de gravámenes y estancos, eliminación del tributo indígena, abolición de la trata y la esclavitud– de la revolución que en septiembre de ese mismo año estremeció México. Desde esta perspectiva, el movimiento encabezado por el cura Miguel Hidalgo, en el entonces llamado Virreinato de Nueva España, estaba bien distante de los estrechos objetivos y limitada presencia popular del juntismo hispanoamericano, constreñido por su impronta urbana y elitista. México constituye, en este sentido, la excepción. En rigor, el movimiento de Hidalgo fue una verdadera revolución social que, como escribiera su tenaz oponente, el obispo de Valladolid (Morelia), Manuel Abad y Queipo, en carta pastoral del 12 de septiembre de 1812: “esta gran sedición comenzó en Dolores con doscientos hombres y pasaba de veinte mil cuando llegó a Guanajuato. Se engrosaba de pueblo en pueblo, y de ciudad en ciudad, como las olas del mar con la violencia del viento”.³ La enorme base de masas de la insurgencia mexicana era resultado del programa revolucionario de Hidalgo, dado a conocer el 6 de diciembre de 1810 en su condición de *Capitán General y Generalísimo de América*.

A pesar de la marcada diferencia entre el airado levantamiento de masas del Virreinato de Nueva España, nutrido de peones mestizos e indígenas, y los gobiernos autónomos elitistas establecidos por los ricos criollos en el resto de Hispanoamérica, tampoco en México la rebelión tuvo una declarada intención independentista desde su arrancada. Prueba de ello, es que el propio Hidalgo arengó a sus huestes, tras el conocido Grito de Dolores del 16 de septiembre de 1810, con las consignas: ¡Viva la religión católica! y ¡Viva Fernando VII!, presionado por algunos acaudalados propietarios criollos del Bajío novohispano que lo seguían.

Lo mismo había ocurrido con anterioridad en Saint Domingue, tras el estallido de la revolución de los esclavos en 1790, que de hecho había abierto el proceso independentista latinoamericano. Toussaint Louverture, luego de la derrota de los realistas franceses y de los invasores ingleses y españoles, se proclamó en 1801 gobernador de toda La Española a

nombre de la república tricolor. Solo después que las tropas napoleónicas desembarcaron en la isla (1802), e intentaron restablecer la esclavitud y el antiguo régimen, fue que se inició la gesta emancipadora y se proclamó la independencia (1 de enero de 1804), que convirtió a Haití en la primera nación soberana de América Latina.

En la evaluación de los acontecimientos hispanoamericanos de 1810 hay que tener presente que muchos criollos todavía se sentían “españoles americanos” y no consideraban necesario cortar el vínculo colonial, a lo cual contribuyeron las propias declaraciones de la Junta Central (22 de enero de 1809) y la convocatoria a Cortes (14 de febrero de 1810) que les reconocían derechos y convidaban a enviar representantes a la metrópoli. No obstante, los habitantes de las colonias iban tomando conciencia de su identidad americana, pues desde hacia tiempo se venía hilvanando un imaginario propio mediante la exaltación del pasado prehispánico y la admiración de los valores autóctonos, en gran medida gracias a la labor de jesuitas criollos, desterrados desde 1767, como el veracruzano Francisco Xavier Clavijero. Ello era también una demostración del orgullo que los hispanoamericanos ya sentían por la tierra donde habían nacido y por su condición de criollos, lo que advirtieron viajeros avispados como el barón de Humboldt o François Depons. La incubación de esta conciencia hispanoamericana, al margen de la española, facilitó que cuando comenzaron los enfrentamientos armados con los realistas –o sea, las viejas autoridades metropolitanas, los españoles y un sector conservador de los propios criollos– se pasara, con relativa facilidad, de la defensa de Fernando VII y los vínculos con la metrópoli a la ruptura y la proclamación de la independencia.

En algunos lugares, como en Venezuela, la declaración de independencia fue temprana (5 de julio de 1811), en gran medida gracias a la labor de jóvenes criollos, entre los cuales descollaba Simón Bolívar, atraídos por el magisterio anticolonialista de Miranda. Ese también fue el caso de Cartagena, en el Virreinato de Nueva Granada, que anunció su separación de España el 11 de noviembre del mismo año, debido a la enérgica actuación de los hermanos Gutiérrez de Piñeres y del artesano mulato de Matanzas (Cuba) Pedro Romero, que impusieron a la moderada junta criolla local el Acta de Independencia.

En México, en el campo revolucionario había mucha resistencia a desconocer a Fernando VII, por eso la declaración de independencia tardó en ser aprobada

³ Citado por Martín Tavira Urióstegui y José Herrera Peña, *Hidalgo contemporáneo. Debate sobre la independencia*, Escuela Preparatoria Rector Hidalgo, México DF, 2003, p. 51.

por el Congreso insurgente de Chilpancingo hasta el 6 de noviembre de 1813, tras la derrota y ejecución de Hidalgo (1811). Esa también fue la situación en la mayoría de las colonias españolas donde la independencia fue declarada después de 1810: Paraguay y Nueva Granada, en 1813; Río de la Plata, en 1816 (Congreso de Tucumán); Chile, en 1818; y Perú, Centroamérica, Quito, Santo Domingo, Panamá y Veraguas, en 1821. A impulsar el movimiento en estos seis últimos territorios contribuyó el sensible cambio en la correlación de fuerzas creado con la sublevación de Riego en España (1820) y las victorias militares de José de San Martín en Maipú (1818) y Simón Bolívar en Boyacá (1819) y Carabobo (1821), que compulsionaron al sector criollo conservador a romper con la debilitada metrópoli y aceptar una independencia ya inevitable. En ese contexto, la colonia portuguesa de Brasil también proclamó su independencia, en connivencia con la propia dinastía de los Braganza, que gobernaba en Lisboa.

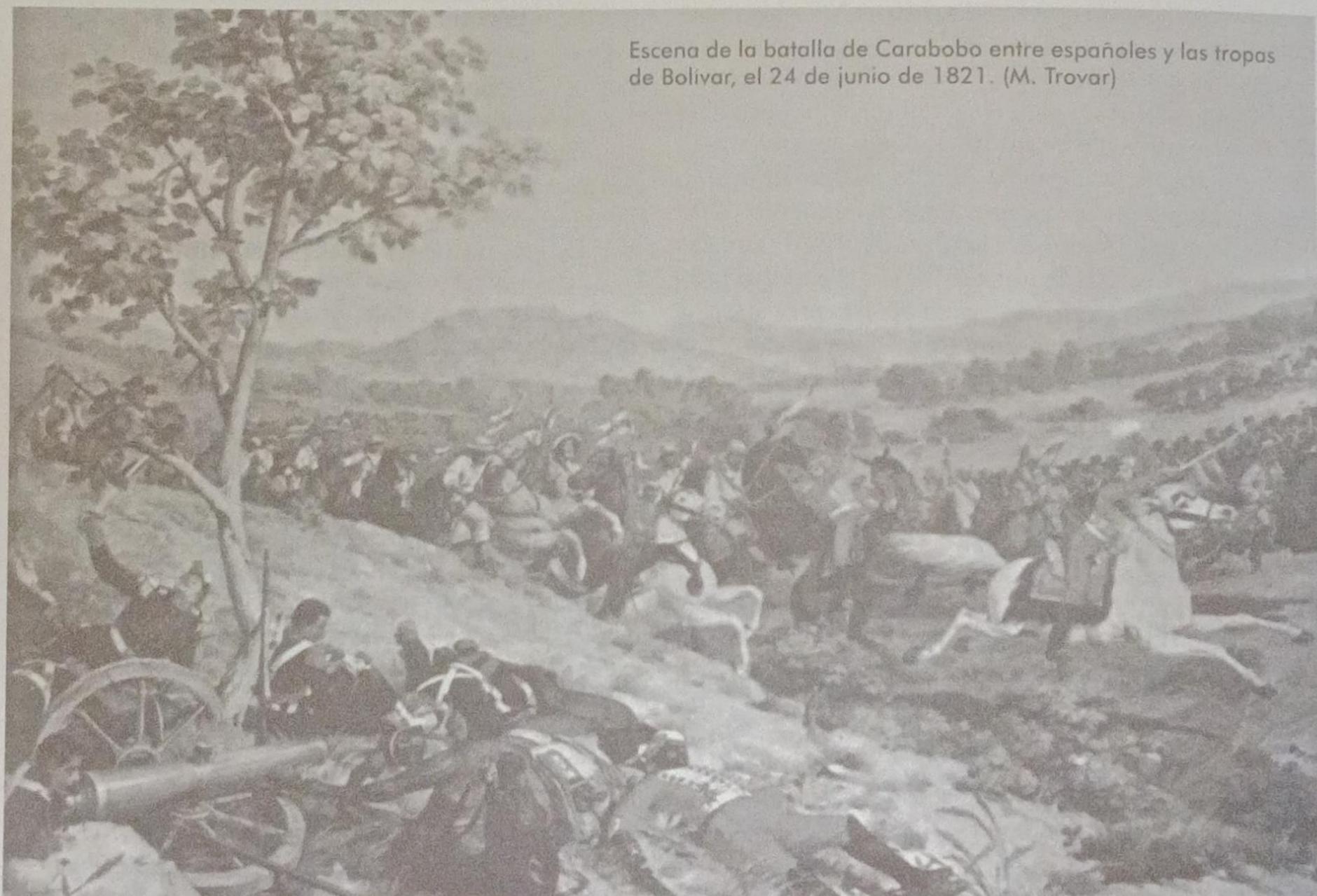
Todo lo dicho hasta aquí, por supuesto, no invalida que en la mente de criollos ilustrados y determinadas personalidades adelantadas a su tiempo —Miranda fue uno de ellos—, la idea de la independencia y la formación de una nación en su sentido moderno ya estuviera presente desde mucho antes, como parece ser el caso del propio Hidalgo, cuyo horizonte más íntimo era la emancipación de España, por lo cual

su fidelidad a Fernando VII ha sido considerada por algunos historiadores como una simple cuestión táctica. La inclinación de Hidalgo a la independencia se desprende de sus últimas disposiciones, escritos y decretos, en especial aquellos que distinguían a los criollos de los españoles y que fueron publicados en el *Despertador Americano*, encaminados a la forja de la “nación mexicana”.⁴ En uno de sus artículos en ese periódico insurgente, el 3 de enero de 1811, el cura rebelde llegó a proclamarse “Padre y Libertador” y a compararse con George Washington. En el mismo texto, señaló que su único crimen “consiste en haber levantado la voz de la Libertad de nuestra Patria, en haber descubierto las intrigas de los Gachupines para entregarnos a Josef” —se refiere a José Bonaparte, el monarca impuesto a España por Napoleón— y exhortó a los criollos a unirse “al ímpetu de toda una nación levantada por su independencia”.⁵

La aceptación del proyecto independentista por los criollos nos lleva de la mano a otro problema: romper el orden colonial con o sin transformaciones revolucionarias, dilema latente a todo lo largo del

⁴ Véase M. S. Alperovich, *Historia de la independencia de México (1810-1824)*, Grijalbo, México DF, 1967, p. 139.

⁵ Tomado de Estados Unidos Mexicanos, *La Independencia de México, textos de su historia*, Secretaría de Educación Pública, México DF, 1985, t. I, pp. 150 y 154.



Escena de la batalla de Carabobo entre españoles y las tropas de Bolívar, el 24 de junio de 1821. (M. Trovar)

ciclo emancipador latinoamericano (1790-1826). Es la disyuntiva histórica a que se refería José Martí al señalar, en su medular ensayo *Nuestra América*, que el problema de la separación de las metrópolis europeas no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.⁶ Las reivindicaciones sociales en esta época no eran solo la abolición del diezmo, la eliminación de monopolios comerciales y viejos tributos, sino también la supresión de la servidumbre indígena y, sobre todo, la abolición de la esclavitud.

En realidad, el tema de la esclavitud era la clave de la independencia, y lo que definía el sentido revolucionario o conservador de la contienda anticolonialista, alternativa que sacudió todo el movimiento emancipador. Es claro que para Miranda y la aristocracia criolla, el modelo era Estados Unidos y no la Revolución Haitiana o la Revolución Francesa, procesos acompañados de una gran violencia social que los atemorizaban. En forma descarnada lo formuló Miranda, quien creía necesario seguir “las huellas de nuestros hermanos los americanos del norte”,⁷ por considerar que, pese a todos sus deseos de independencia, temía más a la anarquía y al sistema revolucionario que podían conducir “a sufrir el destino de Santo Domingo”⁸ —o sea, Haití.

Los ricos propietarios hispanoamericanos abogaban por una independencia sin cambios de envergadura; una separación de las metrópolis europeas que mantuvieran la esclavitud y todo el viejo orden de la sociedad, como había ocurrido en Estados Unidos. Con razón el profesor Juan Bosch escribió que: “Las tierras por donde pasa una revolución verdadera —y la de Haití había sido la revolución más profunda de América, puesto que la de Estados Unidos no llegó a sus niveles sociales y raciales—, son como aquellas donde se levanta inesperadamente un volcán: el paisaje no vuelve a ser lo que había sido”.⁹

En la lucha independista de América Latina, solo el levantamiento de Hidalgo —continuado por su alumno y también sacerdote José María Morelos— tuvo una perspectiva social comparable a la de Haití. Pero la

Revolución Haitiana, que abrió el ciclo emancipador latinoamericano a fines del siglo XVIII, no fue solo la más radical, sino también la única victoriosa, pues todos los demás movimientos sociales radicales fracasaron, incluido el de Hidalgo y Morelos.

La Revolución Haitiana tuvo una extraordinaria repercusión en las colonias, particularmente en las del Caribe, aunque se trató de una influencia contradictoria: por un lado, fue promotora de la revolución y la independencia; por el otro, su retransmisión. En aquellos lugares donde el perfil socioeconómico era muy semejante al de Saint Domingue, el paradigma de Haití estuvo siempre latente, alterando con su imaginario a los esclavos, acelerando la intranquilidad en las plantaciones y actuando como catalizador del proceso revolucionario, aunque a costa de frenar los ímpetus separatistas de las élites criollas. Ese fue el caso de Venezuela durante el período de las dos primeras repúblicas (1811-1814), donde la Revolución Haitiana tuvo ese efecto contradictorio, pues fue la esperanza redentora que conmovía a las dotaciones de esclavos, mientras era el fantasma que asustaba a los plantadores. De ese temor se valieron los realistas para soliviantar a los esclavos, lo cual condujo a los mantuanos a capitular en San Mateo, y con ello sellar la suerte de la primera república venezolana en 1812.

De cierta manera, lo ocurrido en Venezuela fue también lo que sucedió en Cuba, donde el miedo a la repetición de la Revolución Haitiana aterró a un importante sector de la aristocracia criolla —en La Habana y Matanzas, particularmente, centros de la economía de plantación esclavista—, que, además de no incorporarse al proceso liberador latinoamericano, suministró abundantes recursos a la corona para combatirlo. Aunque esta postura no puede llevarnos a la conclusión, como han hecho algunos historiadores, de que en la Mayor de las Antillas las condiciones eran menos maduras para la independencia o que la formación de una conciencia “nacional” estaba más atrasada que en el resto del continente, pues, como escribiera Félix Varela en el número 3 de *El Habanero*: “nadie ignora que en la isla de Cuba hay el mismo amor a la independencia que en el resto de América”.¹⁰

El propio Bolívar tuvo una relación complicada con la Revolución Haitiana, pues en determinados momentos le asaltaron las mismas prevenciones y

⁶ José Martí, “Nuestra América”, en *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 6, p. 19.

⁷ Citado por Carmen L. Bohórquez Morán, *Francisco de Miranda. Precursor de las independencias de la América Latina*, Universidad Católica Andrés Bello, Caracas/Universidad del Zulia, 2002, p. 199.

⁸ *Archivo del General Miranda*, Tipografía Americanas, Caracas, 1938, t. XV, p. 207.

⁹ Juan Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2003, p. 356.

¹⁰ Félix Varela, *Obras. El que nos enseñó primero en pensar*, Imagen Contemporánea, La Habana, 1997, t. II, p. 198.

prejuicios que a Miranda sobre los acontecimientos de Saint Domingue. Bolívar, como apuntó con acierto Juan Bosch, era "todavía un mantuano"¹¹ cuando después de la exitosa Campaña Admirable (1813) logró restablecer la segunda república de Venezuela, una copia de la primera. Ambas representaban, en última instancia, los intereses de los mantuanos y eso explica su pasividad ante los cambios sustanciales. Todavía en 1814, el Libertador hablaba de "reducir los esclavos a su deber".¹² Fue precisamente ese el talón de Aquiles que permitió el triunfo de los realistas encabezados por el asturiano Boves, quien llevaba como bandera el saqueo de las haciendas y propiedades de los mantuanos y la promesa de abolir la esclavitud.

Tras el fracaso de la segunda república venezolana y la reconquista española de Nueva Granada (1816), muchos patriotas encontraron refugio en Haití. Fue la república negra que había eliminado la esclavitud la que acogió a los criollos perseguidos por los realistas, entre ellos Bolívar, los hermanos Gutiérrez de Piñeres y el cubano Pedro Romero. En la generosa patria de Louverture, el Libertador quedó marcado para siempre por la solidaridad haitiana, por aquella sociedad de hombres libres —la única en todo el continente—, que lo condujo a un cambio trascendental en su pensamiento y convicciones. Desde entonces, Bolívar quedó dominado por el principio de la igualdad, como demostró al promulgar un radical decreto abolicionista al pisar tierra venezolana en 1816, convencido, como diría a Santander, de la incongruencia de "que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud".¹³ Pero el Libertador no pudo cumplir sus nobles propósitos, pues esa ley fue sustituida, antes de ser llevada a la práctica, por una de vientres libres, dictada por el Congreso de Cúcuta (1821), aun cuando siguió batallando hasta el final de su existencia contra la esclavitud. Así se comprobó cuando elaboró la Constitución para la República de Bolivia (1826), donde proscribió la infame institución y puso a Haití como modelo de nación, a la que llegó a calificar "de la República más democrática del mundo".¹⁴ A pesar de los deseos y decretos abolicionistas de Bolívar y otros próceres, la esclavitud persistió después de la

independencia, pues no se consiguió extinguirla en ninguna otra parte fuera de Haití.

Pero la Revolución Haitiana no solo influyó en la liberación de Hispanoamérica al irradiar su influencia por todo el hemisferio, sino también al proporcionar una sólida y activa retaguardia al movimiento independentista. El propio Miranda, tan crítico de lo ocurrido en Haití, se guareció en su territorio en 1806. También la expedición del liberal español Francisco Javier Mina —en la que estaban enrolados el sacerdote mexicano Servando Teresa de Mier y el cubano Joaquín Infante— pasó por la isla caribeña en su ruta a Nueva España (1817). La extendida conspiración del artesano negro José Antonio Aponte, abortada con extrema crueldad en Cuba (1812), fue tejida con la complicidad de altos oficiales criollos —entre ellos el general Gil Narciso— que habían sido esclavos y servido en las tropas auxiliares españolas en Santo Domingo. Estas fuerzas de hombres negros, que se encontraban de tránsito por La Habana para su desmovilización y dispersión, alentaron el movimiento revolucionario de la población cubana más oprimida, encabezada por Aponte, para alcanzar, al parecer, el modelo haitiano de república independiente e igualitaria.

Un último ejemplo. En 1829, cuando el gobierno de México, presidido por Vicente Guerrero, se propuso liberar a Cuba, envió a un agente secreto a Haití en busca del respaldo de los antiguos esclavos. El plan libertador de Guerrero tenía un carácter más radical que los formulados durante el gobierno de su antecesor, Guadalupe Victoria, pues se proponía contar con la masiva participación de la población mulata y negra de la Mayor de las Antillas, que incluía a los esclavos. El propio presidente Guerrero acababa de abolir la oprobiosa institución en México, lo que facilitaba la concertación de una alianza revolucionaria con Haití para la liberación de Cuba. Si el proyecto se malogró no fue por la falta de vocación revolucionaria de los haitianos, sino por la oposición de Estados Unidos —que también había impedido proyectos semejantes auspiciados por Bolívar con anterioridad— y los cambios de coyuntura de la segunda mitad de la década del veinte, que cerraron el ciclo emancipador latinoamericano sin la independencia de Cuba y Puerto Rico, y dejaron pendiente, como dijera José Martí, "la última estrofa del poema de 1810".¹⁵ ■

¹¹ J. Bosch, ob. cit., p. 405.

¹² Instrucciones desde su cuartel general en Caracas, el 19 de junio de 1814, en Simón Bolívar, *Obras completas*, Editorial Piñango, Caracas, [s. f.], t. I, p. 100.

¹³ *Ibidem*, p. 435.

¹⁴ "Discurso del Libertador al Congreso Constituyente de Bolivia", en S. Bolívar, ob. cit., t. III, p. 765.

¹⁵ J. Martí, ob. cit., t. 2, p. 134.

An aerial photograph of a hillside town, likely in Haiti, showing a winding road and several buildings. The town is built on a steep slope, and the surrounding area is covered in dense vegetation. The image is in black and white, giving it a historical and somber feel.

La Revolución de Haití: precursora de las gestas independentistas de Nuestra América

ARMANDO HART DÁVALOS

Nos adentramos en las conmemoraciones, en 2010, de acontecimientos históricos que marcan dos siglos de iniciarse los procesos que condujeron a la independencia de Hispanoamérica, y nos parece muy oportuno honrar y exaltar aquellos hechos gloriosos de la historia de nuestra América y, en ese marco, recordar también la lucha del pueblo haitiano por su libertad, precursora de aquellas gestas gloriosas.

A los cubanos nos unen lazos entrañables con el hermano pueblo de Touissant Louverture. Su combate por la independencia y la libertad tuvo repercusiones muy importantes en los procesos políticos desarrollados en Cuba durante la primera mitad del siglo XIX. Recordemos que desde comienzos de ese siglo, numerosos colonos con sus esclavos, que decidieron salir de Haití, se instalaron en las zonas montañosas de la región oriental y en otros sitios de Cuba, fomentaron el cultivo del café e influyeron por diversas vías en la formación de la incipiente cultura nacional.

Durante la primera mitad del siglo XX, con el auge de la industria azucarera, llegaron a nuestra tierra trabajadores haitianos del campo que se integraron como uno de los componentes enriquecedores de la nacionalidad cubana. Ellos contribuyeron siempre, como población sometida durante décadas a la explotación esclavista, primero, y más tarde como obreros asalariados del campo, a elevar la riqueza del país y dejaron una huella imperecedera en el espíritu y el corazón de Cuba. Rendimos, pues, homenaje a esos hombres y mujeres, y a sus descendientes. También, como caribeños, tenemos un especial vínculo con la revolución haitiana porque, como ya señalamos, ella significó el comienzo de las luchas emancipadoras en todo el continente.

A esta escala situamos nosotros la fecha del 1º de enero de 1804, que fue la culminación victoriosa de un largo y cruento proceso iniciado mucho antes, en 1791, con las grandes insurrecciones de esclavos en lo que hasta ese momento era conocida en el mundo como

la colonia francesa de Saint Domingue. A partir de estos acontecimientos, considero oportuno hacer una reflexión acerca de la importancia del Caribe en la historia de América y del mundo. Por ahí, por Haití, nombre que los antiguos esclavos tomaron de los aborígenes que poblaban la isla, se inició la gesta independentista de nuestra América o, para decirlo con palabras de Simón Bolívar, "de nuestro pequeño género humano".

Hoy, ante la grave fractura de la llamada *civilización capitalista*, estamos en el deber de estudiar la cultura de la región antillana. Lo primero es determinar qué significa y qué influencia puede ejercer en el presente y en el futuro.

En lo que culturalmente llamamos Caribe se forjaron pueblos y naciones que, por su origen, composición social y diversidad cultural, tienen gran potencial para asumir con rigor y proyección mundial el ideal de redención humana y contribuir al equilibrio entre las naciones. Tenemos mayor riqueza de cultura y más sólidos fundamentos sociales que otras regiones de Occidente para defender los derechos humanos de manera consecuente y no en la forma hipócrita y superficial con que se hace en los centros de poder imperial. Esto tiene raíces en el carácter que tomaron las guerras de independencia.

Nuestras luchas libertarias tuvieron un contenido social y político radicalmente diferente a los proyectos de liberación surgidos de las revoluciones norteamericanas y europeas. En la concepción de las Trece colonias inglesas en Norteamérica, cuando estas alcanzaron la independencia, no estaba incluida la liberación de los esclavos; tuvo que pasar un siglo para que se decretara la abolición de la esclavitud, con la victoria del Norte sobre el Sur en la Guerra de Secesión.

Los enciclopedistas, que tanto influyeron en los próceres, y en general en los hombres de pensamiento latinoamericanos, solo se plantearon el concepto de independencia en el plano filosófico y referido a la del hombre frente al concepto de Dios o de la monarquía, no hablaron propiamente de independencia política y social. En cambio, lo que reclamaban los negros de Haití, precursores de nuestras guerras, era la independencia política y la emancipación radical. Las ideas de los enciclopedistas resumidas en la consigna de *libertad, igualdad y fraternidad* adquirieron en tierras americanas, y especialmente en Haití, un alcance verdaderamente universal. Sin embargo, la retórica ilustrada no estaba concebida para que los principios que decía sustentar se aplicaran a todos y en todas partes.

Hay, pues, un elemento clave para diferenciar el pensamiento revolucionario europeo de los siglos XVIII y XIX del ideario latinoamericano en esa misma época. Invito, incluso, a estudiar la génesis y el desarrollo del liberalismo latinoamericano, que es bien diferente al de Europa y América del Norte. Basta ya de igualar el ideal liberal latinoamericano del XIX con las concepciones conservadoras que se impusieron en Europa después de la Santa Alianza y las que se crearon en Estados Unidos, un país que mantuvo la esclavitud un siglo después de su independencia. Los latinoamericanos heredamos el pensamiento liberal europeo sin las contaminaciones clasistas que le impuso el capitalismo del viejo continente y la esclavitud en Norteamérica.

La conmemoración del bicentenario del inicio de la emancipación hispanoamericana es un suceso de tanta trascendencia para Nuestra América que debe contribuir a integrar los diversos elementos de la cultura antillana y latinoamericana en un haz de empeños liberadores válidos para toda la humanidad. No hay entre nosotros un nacionalismo estrecho como ocurre en otras regiones del mundo. En el Caribe se hablan diferentes idiomas heredados de los colonizadores, entre ellos, los de mayor influencia en el mundo. Para los antillanos —como dijo José Martí— "Patria es humanidad", y como también proclamó: "Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas."

Cuando a José Martí le dijeron que en Cuba no había atmósfera para la guerra, el Apóstol respondió que él no hablaba de atmósfera, sino de subsuelo. Parafraseando esta expresión, hoy podríamos decir que en el subsuelo ideológico del continente, desde Alaska hasta la Patagonia, y en especial de América Latina y el Caribe, están las reservas espirituales de Occidente, es decir, lo que la Europa culta en siglos anteriores llamó Nuevo Mundo. Se trata de asumir con inteligencia y amor, ciencia y conciencia, los desafíos de un tiempo histórico en el cual los nubarrones de la maldad y la estupidez están poniendo en peligro de extinción no solo a la especie humana, sino a toda la naturaleza forjada durante millones de años en nuestro planeta. Es un compromiso planetario.

En la Europa de hoy se habla de renovar el pensamiento moderno desde sus fundamentos primigenios. Esto fue lo que hizo el Apóstol cubano José Martí en el siglo XIX: modernizarlo y proyectarlo en beneficio de todos los desposeídos del mundo. Es la única renovación posible, y lo hizo sobre el fundamento de la cultura de las Antillas y de América Latina. En

la cultura que él expresa encontramos una síntesis de valor universal. En su visionario ensayo *Nuestra América*, advirtió hace más de ciento diez años:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. [...] El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.¹

Somos depositarios de una tradición intelectual que nos permite pensar con nuestras cabezas y hacer, como indicó Martí, que las formas de gobierno surjan de las necesidades del propio país.

En nuestra América existe una larga y arraigada tradición de espiritualidad y de eticidad, que se manifiesta en la búsqueda de un mañana mejor de alcance universal. Recordemos a algunos de los grandes pensadores de la primera mitad del siglo xx, entre los que sobresalen figuras como José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce, José Ingenieros, Julio Antonio Mella y tantos más.

Hoy es más necesaria que nunca antes la promoción del pensamiento latinoamericano y caribeño que asume la realidad sobre fundamentos científicos y, a la vez, exalta el pensamiento utópico orientado hacia la realización de un futuro posible. El pensamiento intelectual de Europa situaba por separado ambos valores: ciencia y utopía. La América latinoamericana y caribeña busca la relación entre ellos en la lucha práctica por un destino mejor; esto es lo que nos sirve para mostrarnos ante el mundo decididos a buscar la integridad a partir de la inteligencia y el amor como valores supremos del hombre en su historia.

El más elevado modo de pensar de América no se atiene a esquemas preconcebidos, sino que se apoya en principios éticos, solo posibles de formar y desarrollar en su más alta escala sobre el fundamento de la unidad de nuestros pueblos y del ejercicio de una democracia genuina creadora y efectiva.

La riqueza artística y literaria de nuestra región va pues unida a una carga de sentimientos e ideas que pueden llegar a convertirse en elementos deci-

sivos para los propósitos de liberación humana a escala universal. Aquí nació el pensamiento estético que se relaciona y tiene su fuente en Alejo Carpentier y lo real maravilloso. Y fue precisamente en tierras haitianas donde Carpentier concibió *El reino de este mundo*. En el prólogo de esa novela emblemática señala: "A cada paso —refiriéndose a su estancia en Haití— hallaba lo real maravilloso. Pero pensaba, además que esa presencia y vigencia de lo real maravilloso no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera..."

El arte, la política y las ideas filosóficas forman una identidad antillana que es necesario estudiar y promover. En Martí esa identidad se asocia a su idea del equilibrio entre los hombres y las naciones. Concebía la independencia de Cuba y de las Antillas en general como un valladar que impidiera la expansión hacia las tierras del sur de América y como garantía del equilibrio necesario a escala internacional. También postulaba que con ello estaríamos contribuyendo a "salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la republica norteamericana."²

Es la visión martiana, antillana y latinoamericana que deseamos hacer llegar a todos los pueblos del mundo, y entre ellos, al de la patria de Lincoln, de Emerson, de Martin Luther King.

Hoy, se impone como una necesidad insoslayable luchar tanto por la justicia social como por los cambios que hagan posible la supervivencia del género humano. Ese es el aporte que desde el Caribe y Latinoamérica toda podemos hacer a partir de una tradición intelectual que se orienta hacia la utopía universal del hombre concebida no como algo irrealizable, sino posible hacia el futuro. Si en el xviii tuvo lugar el siglo de las luces, en nuestra región se produjo en el xix el siglo de los fuegos, y los fuegos de aquella centuria iniciada con la guerra de independencia de Haití, son los que necesita el xxi para salvar a la humanidad de un desastre de proporciones incalculables. Desde la patria de Touissant Louverture, Bolívar y Martí podemos orientar la cultura humana a favor de la justicia para todos los hombres, las colectividades y los pueblos, sin excepción ni distinción de clase alguna. "[...] dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos."³ proclamó el Apóstol.

Con esta rica tradición como patrimonio común, exaltemos el significado de la Revolución de Haití

¹ José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 6, pp. 16-17.

² *Ibidem*, t. 3, p. 143.

³ *Ibidem*, t. 2, p. 298.

como el comienzo de las gestas independentistas en Nuestra América. Honremos aquellos acontecimientos gloriosos de la historia del pueblo haitiano y a los que, desafiando el dominio de una de las potencias coloniales más poderosas de su tiempo, abrieron el camino de la libertad para las masas de esclavos oprimidas y el de la independencia para la hermana nación. Ni el poderoso ejército enviado por Napoleón a Haití pudo derrotar a los ex esclavos que defendían su libertad. Aquí, en el Caribe, las tropas bien armadas de Napoleón conocieron la derrota antes que en España y Rusia, a manos de los generales negros haitianos. Así pudo Jean Jacques Dessalines, quien a la muerte de Louverture llegó a ser general en jefe de las fuerzas haitianas, proclamar el primero de enero de 1804 la independencia de Haití y dar inicio a una lucha que se extendería más tarde por toda Centroamérica y América del Sur. Recordemos el apoyo brindado por Haití a Bolívar en la preparación de la segunda expedición al continente.

Desde la perspectiva histórica de dos siglos, podemos afirmar que el período iniciado en 1791 con las insurrecciones de los esclavos en Haití culminó tres décadas más tarde, el 9 de diciembre de 1824, cuando en la llanura de Ayacucho, en medio de los Andes, a tres mil quinientos metros de altura, el último virrey de Perú rendía sus armas a Antonio José de Sucre, poniendo fin así al imperio español en tierras del continente.

Con estos antecedentes, América Latina y el Caribe deben presentar, como respuesta a la fragmentación y decadencia capitalista, la solidez de nuestro pensamiento cultural y su valor utópico encaminado al propósito de la integración y el equilibrio entre los hombres y las naciones, para salvar a la humanidad de un colapso que puede ser definitivo. ■



Toussaint Louverture, jefe de los negros insurrectos de Saint Domingue. (Grabado.)



Con los hábitos monárquicos, y el sol por pecho...¹

WILFREDO PADRÓN IGLESIAS

*¡Ni de Rousseau ni de Washington viene
nuestra América, sino de sí misma!*

JOSÉ MARTÍ

Los sucesos ocurridos en Venezuela, el 19 de abril de 1810, han quedado inscritos en la historia de América Latina. En esta fecha, veintisiete criollos caraqueños organizaron la Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII, con el propósito de preservar el reinado de su monarca —quien desde hacía dos años se encontraba cautivo de Napoleón Bonaparte—. También buscaban afianzar su autonomía frente al Consejo de Regencia constituido en la metrópoli y rechazar la ocupación francesa de la península ibérica.

De inmediato, la Junta expulsó a las autoridades coloniales destituidas, liberó el comercio, estructuró cuatro secretarías y prohibió el tráfico de esclavos. Además, invitó al resto de las provincias venezolanas para que se sumaran al movimiento juntista y remitió varias comisiones al exterior. Dos meses después, convocó a elecciones para integrar el Supremo Congreso de Venezuela; un llamado que solo contemplaba a los hombres blancos, mayores de veinticinco años y propietarios de bienes raíces, por lo cual la oligarquía criolla aseguró de antemano el control del naciente Estado.

En la mañana del 10 de diciembre de 1810 ocurrió un suceso de trascendental importancia para el futuro inmediato de la convulsionada Caracas: Francisco de Miranda y Rodríguez desembarcó en el puerto de La Guaira.

Miranda, ya con una vasta labor independentista —que lo ha distinguido como el precursor e iniciador de la independencia hispanoamericana— de inmediato tuvo que enfrentar a la aristocracia venezolana en el poder. Un grupo político elitista definido por sus ideas conservadoras y su oposición a romper con la monarquía española. Como contraparte, existía un sector minoritario que, influido por las grandes emancipaciones de la época, se inclinaba a favor de separarse de España. Este último grupo fue el que acogió con beneplácito las ideas mirandinas, reconociéndolo como el guía de la Sociedad Patriótica de Caracas, una asociación que agrupaba a los revolucionarios más radicales del momento.

Fue precisamente Miranda, quien a mediados de 1811 había sido investido como diputado por Barcelona, el primero que planteó en el Congreso, el 25 de junio, la necesidad de emanciparse de España; pero entonces la discusión de otros temas absorbía las sesiones del conclave. Sería siete días después cuando la independencia pasaría a ser el centro del análisis congresional, en el que sobresalieron las intervenciones de los congresistas Miranda y el criollo cubano Francisco Javier Yáñez; también la de Simón Bolívar, como miembro de la Sociedad Patriótica. Así, tras intensos debates y sin la aprobación de un diputado, el 5 de julio de 1811 se proclamó la independencia de Venezuela del yugo colonial español, primera de todo el territorio hispanoamericano y segunda de la región, después de Haití.

En diciembre del propio año vería la luz la primera Constitución de la República de Venezuela. Texto que

¹ La frase martiana que da título a este trabajo prosigue: "... se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur." (José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 6, p. 18.)

reflejó los principales postulados de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano promulgada en Francia, y que además se identificó notablemente con el modelo republicano establecido en Estados Unidos de Norteamérica.

Pero los avances de la República no eliminaron sus graves problemas. Entre ellos sobresalió el férreo bloqueo naval español sobre las costas y el avance desde Coro de las fuerzas realistas dirigidas por el oficial Domingo Monteverde; también la ineficiencia del gobierno criollo y el inoperante sistema federal implantado en el naciente país. En suma, el 12 de marzo de 1812 –Jueves Santo para la religión católica– un fuerte terremoto arruinó varias ciudades venezolanas, catástrofe aprovechada hábilmente por el clero reaccionario para señalar la “desaprobación divina” del levantamiento patriótico. A su vez, debilitaban al ejército venezolano la falta de armamentos, las indisciplinas, las rivalidades y las traiciones de varios oficiales.

Miranda, al frente de la República, intentó detener el avance de Monteverde y sofocar la resistencia realista que se extendía por Coro, Valencia y Maracaibo. Pero un hecho de marcada relevancia agravó la situación: las tropas criollas, bajo el mando del coronel Simón Bolívar, perdieron el control de la fortaleza de Puerto Cabello, considerado el baluarte militar más importante de la República.

Como resultado de todos los factores concurrentes, para Miranda la derrota se presentó inevitable. Por ello, junto a varios integrantes del gobierno, decidió pactar el cese de las hostilidades, evitando –según expresó– el desgaste del país en una interminable guerra civil y con el propósito de reorganizar sus fuerzas en la vecina Nueva Granada. El Pacto de Capitulación, establecido el 24 de julio de 1812, puso fin a la Primera República de Venezuela.

Pero de otra parte, un grupo de oficiales criollos liderados por Simón Bolívar, Manuel María Casas y Miguel Peña, inconformes por la decisión de capitular, decidieron detener a Miranda en la Guaira. La orden de Monteverde de impedir la salida de cualquier embarcación desde el puerto y la inmediata llegada de las fuerzas realistas, provocó el paso de Francisco de Miranda de manos de sus captores a las autoridades españolas.

Sobre este acontecimiento, José Martí señaló certeramente:

Era él [Miranda] anciano, y los otros jóvenes; él reservado, y ellos lastimados de su reserva; él desconfiado de su impetuosidad, y de su prudencia ellos; quebraron al

fin el freno que de mal grado habían tascado, y creyeron que castigaban a un traidor, allí donde no hacían más que ofender a un grande hombre.¹

Enseguida, el veterano luchador fue transferido a la fortaleza de Puerto Cabello, más tarde a Puerto Rico y luego a La Carraca, en Cádiz, España. Finalmente, el 14 de julio de 1816, a la una y cinco de la mañana, Francisco de Miranda expiró en su lúgubre celda.

“Ni el libro europeo, ni el libro yanqui, daban la clave del enigma hispanoamericano.”²

Derrumbada la República primada de Venezuela la represión de las tropas de Monteverde –contrariamente a lo pactado con Miranda– se extendió por todo el territorio. Varios patriotas, entre ellos Simón Bolívar, recibieron un salvoconducto para salir del país.

Después de una breve estancia en el Caribe, Bolívar se trasladó a Nueva Granada, explicando ante su Congreso las causas de la pérdida de la República en Venezuela –exposición conocida como Manifiesto de Cartagena–. Al mismo tiempo, solicitó fuerzas para recomenzar la contienda independentista.

Con el apoyo recibido, emprendió una audaz campaña militar que lo llevó, a mediados de 1813, hasta tierras venezolanas, acompañado de José Félix Ribas, Rafael Urdaneta, Atanasio Girardot y Antonio Ricaurte. Bolívar también vencería en Mérida y Trujillo, localidad esta última donde el 15 de junio de 1813 proclamaría un decreto de Guerra a muerte, con el que buscó detener los crímenes cometidos por los realistas, al tiempo que intentaba forzar la aceptación popular de la lucha independentista.

Las tropas criollas completaron su “campaña admirable” con la entrada triunfal en Caracas, el 6 de agosto de 1813. Unos días más tarde Simón Bolívar fue proclamado Libertador, e investido con poderes absolutos para organizar la nueva República.

A diferencia del anterior período republicano, en este se concentró el poder en la rama ejecutiva y se adoptó el centralismo como forma de gobierno. Pero la situación de guerra también obligó a imponer el reclutamiento forzoso, la confiscación de alimentos y la imposición de tributos.

Por otra parte, al tiempo que Bolívar liberaba Caracas, un numeroso grupo de patriotas dirigidos por Santiago Mariño, los hermanos Bermúdez, Manuel Piar y Juan Bautista Arismendi, se apoderaron de

¹ J. Martí, ob. cit., t. 8, p. 139.

² *Ibidem*, t. 6, p. 20.

las provincias de Margarita, Cumaná y Barcelona. Éxitos por los que Mariño fue nombrado jefe supremo del Ejército, con el título de Libertador de Oriente. En lo adelante, Venezuela estaría separada en dos mandos, situación que socavaría la unidad de las filas patriotas.

Pero el mayor peligro no vendría de la división republicana, ni se cuajaría en las ciudades dominadas por los ricos criollos. Sería en los llanos venezolanos donde el asturiano José Tomás Boves, un hombre curtido por el trabajo, de pocos escrúpulos morales y de una gran astucia personal, vertebraría un movimiento armado contra los patriotas, que alcanzaría los diez mil hombres.

Las propuestas de Boves colmaban los intereses más inmediatos de sus seguidores. A los esclavos les prometió la libertad y la venganza contra sus amos; a los campesinos, la propiedad de la tierra; y a los pardos, la igualdad social.

Con sus aguerridos combatientes, Boves vencería en La Puerta, en febrero de 1814. Pero en ese propio mes saldría derrotado por los bisoños soldados de José Félix Ribas en la batalla de La Victoria, triunfo al que le sucedió una sucesión de éxitos de las filas republicanas.

No obstante, las victorias patriotas serían efímeras. Boves concentró un poderoso ejército con el que logró derrotar a las fuerzas combinadas de Simón Bolívar y Santiago Mariño, en la segunda batalla de La Puerta. La inminencia del arribo del temible asturiano a Caracas forzó a que en julio de 1814 más de veinte mil personas emprendieran la emigración a Oriente, una de las marchas más penosas de la historia hispanoamericana.

Al entrar en Caracas, Boves se encontró con una ciudad desolada, de la que se hizo nombrar capitán general y presidente de la Audiencia. No satisfecho con ello, asesinó a centenares de personas, que clamaban su perdón, y envió tras los patriotas a su más cercano colaborador, el general canario Francisco Tomás Morales. En Aragua de Barcelona las tropas de Bolívar se enfrentaron tenazmente a Morales, pero salieron derrotadas.

Finalmente, Bolívar y Mariño, vencidos por los realistas y desconocidos por algunos de sus seguidores, tuvieron que emigrar a las Antillas, cerrando de esta forma el segundo capítulo de vida republicana en Venezuela. Entre las principales causas de su pérdida, nuevamente se destaca la falta de una estrategia para atraer a las grandes masas desposeídas y discriminadas —que ascendían a ochenta por ciento de la pobla-

ción.³ En particular, el temor de los líderes criollos a la posible reedición de los devastadores levantamientos de esclavos que habían sacudido la región caribeña apenas dos décadas atrás, continuaba frenando la radicalización del proceso independentista.

En el campo de batalla, Boves y sus aguerridas tropas de llaneros, descontentos con la supremacía blanca y rica de la República, demostraron una amplia superioridad. Mientras que las filas patriotas, desunidas en dos mandos y enfrentadas en rivalidades menores, se presentaron dispersas y, en consecuencia, disminuyó su impacto bélico.

El cierre de este segundo mandato republicano en Venezuela coincidiría con la restitución de Fernando VII al trono español, ocurrido en marzo de 1814. Tras su regreso, el monarca eliminó las Cortes de Cádiz, anuló la Constitución de 1812 y envió una nutrida expedición militar a Hispanoamérica. Tropas que, al mando del general Pablo Morillo, ocuparon Nueva Granada y avanzaron sobre Venezuela en abril de 1815. En este año la casi totalidad de Hispanoamérica, también aquejada de graves problemas internos, regresó a su antigua condición colonial.

“Ese fue el mérito de Bolívar, que no se cansó de pelear por la libertad de Venezuela, cuando parecía que Venezuela se cansaba.”⁴

Después de una infructuosa estancia en tierras neogranadinas, Bolívar desembarcó en la isla de Jamaica en mayo de 1815. En este territorio redactó su célebre Carta de Jamaica, en la que analizó las causas que lo habían movido a la lucha, la situación de la guerra en su región natal y el proyecto de unidad regional que pensaba desarrollar en toda la América meridional, una vez alcanzada la independencia política de España. Al respecto expresó: “Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riquezas que por su libertad y gloria.”⁵

Desde Jamaica el Libertador se trasladó a la independiente isla de Haití, donde se encontraban refugiados varios patriotas, amparados por el presi-

³ Para un estudio de la composición demográfica de Venezuela en la etapa independentista, puede consultarse la obra de Federico Brito Figueroa, *Historia económica y social de Venezuela*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972.

⁴ J. Martí, ob. cit., t. 18, p. 305.

⁵ Simón Bolívar, *Documentos*, Casa de las Américas, La Habana, 1964, p. 54.

dente Alexander Petión. Este último, interesado en la abolición de la esclavitud en las tierras continentales suramericanas, se mostró dispuesto a facilitar un importante apoyo material para el reinicio de la contienda independentista. Sobre esta base, Bolívar, Mariño, Piar, los hermanos Bermúdez, Carlos Soublette, Luis Brion y Mac Gregor, reunidos en Los Cayos de San Luis, organizaron una expedición hacia Venezuela. Además, tras intensos debates, establecieron una estructura de mando que ubicó a Bolívar como jefe y a Mariño, como segundo al mando.

Las naves zarparon el último día de marzo de 1816, llevando a bordo más de doscientos cincuenta oficiales y soldados. En la isla Margarita, dirigida por el criollo Juan Bautista Arismendi, se confirmó a Simón Bolívar y a Santiago Mariño al frente del movimiento emancipador.

Ya en tierra firme, Bolívar anunció el cese de la Guerra a muerte y lanzó el Manifiesto de Carúpano. En este último, proclamado el 2 de junio de 1816, el Libertador declaró la libertad a los esclavos, un importante paso que lo identificó con la causa popular, al hacer coincidir la independencia de España con la completa emancipación de todos los hombres. En este manifiesto apuntó: "En el futuro no habrá en Venezuela más que una sola clase de hombres. Todos serán ciudadanos."⁶

En el aspecto militar, su estrategia contempló que el Ejército debía tomar dos direcciones: una, comandada por Mariño hacia el Oriente; y otra, bajo sus órdenes, se dirigiría por mar a Ocumare de la Costa, con el propósito de ocupar Caracas. En julio desembarcaron las tropas bolivarianas. Su avanzada, dirigida por Soublette, se internó en los valles de Aragua donde fue derrotada y perdieron dos centenares de hombres. Bolívar, fracasado en su proyecto de marchar sobre Caracas y virtualmente aislado en Ocumare de la Costa, se reembarcó hacia el Caribe.

Por su parte, Mariño y Piar dominaron importantes ciudades del Oriente e impusieron sitio a la ciudad de Angostura, refugio de las tropas del general realista Miguel de la Torre. Tratando de forzar el cerco, el 11 de abril de 1817 de la Torre se enfrentó a los patriotas en la Batalla de San Félix, pero fracasó y dejó sobre el campo a más de cuatrocientos soldados y oficiales muertos.

En el ínterin, Bolívar, que había desembarcado nuevamente en tierras venezolanas, ordenó la ocu-

pación de las ciudades de Angostura y Guayana. Con ambas conquistas, la nueva República pudo disponer de un vasto y seguro territorio para abastecer al Ejército patriota y convertirlo en una de las fuerzas multinacionales que protagonizaría la liberación de Venezuela y de gran parte de Suramérica.

Tras estos éxitos, el Libertador tuvo que enfrentar las desobediencias del general Manuel Piar, quien fue procesado sumariamente y finalmente fusilado en octubre de 1817 en la Plaza Mayor de Angostura. Una medida que consolidó la autoridad bolivariana y obligó a que otros líderes como Mariño, Bermúdez y Arismendi, reconocieran y aceptaran su liderazgo.

Para continuar acrecentando el Ejército y consolidando su mando, Bolívar se entrevistó con José Antonio Páez, cabecilla de los llaneros venezolanos —que ahora se enfrentaban a España—. En el encuentro, ocurrido en enero de 1818 en el hato *La Caña Fístula*, el valiente llanero reconoció la autoridad del Libertador, a la vez que recibía de este el grado de general del Ejército patriota.

Con la incorporación de Páez, un antiguo peón de hacienda, y sus humildes llaneros a las filas republicanas, Bolívar le continuó imprimiendo una dimensión social a la lucha, factor que sería decisivo en su posterior decurso.

Un mes más tarde, las fuerzas combinadas de Bolívar y Páez —más de cuatro mil hombres— derrotarían a las tropas del general español Pablo Morillo. Mas la concepción localista del llanero le impidió continuar el avance hacia los valles de Aragua, tal como lo proyectó y emprendió el Libertador, resuelto a alcanzar Caracas. Sin embargo, este empeño bolivariano sería frustrado una vez más, luego de que sus tropas salieran derrotadas en la Campaña del Centro y fueran obligadas a marchar a Angostura. En esta ciudad oriental, el 15 de febrero de 1819 se había instalado el tercer Congreso de Venezuela, integrado por representantes de las provincias de Caracas, Barcelona, Cumaná, Barinas, Margarita y Guayana, así como la provincia neogranadina de Casanare. En el discurso inaugural del cónclave, Bolívar señaló la necesidad de unir los territorios de Venezuela, Nueva Granada y Quito, en una sola república que se denominaría Colombia; una idea cuya originalidad se debe a Francisco de Miranda. Igualmente reclamó: "la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida, y la vida de la República".⁷

⁶ *Ibíd.*, p. 72.

⁷ *Ibíd.*, p. 96.

En diciembre del propio año, el Congreso dictó una Ley Fundamental que dejó estructurada la República de Colombia, encabezada por un poder ejecutivo provisional con Bolívar como presidente y el neogranadino Francisco Antonio Zea como vicepresidente. También convocó un Congreso Constituyente, a realizarse en 1821 en la ciudad de Cúcuta.

Movido por su afán de consolidar Colombia, en 1819 Simón Bolívar cambió su estrategia de marchar sobre Caracas, ruta esperada por los realistas, avanzando con sus tropas sobre Nueva Granada. Con este propósito, unió sus fuerzas a las del general neogranadino Francisco de Paula Santander, en tanto Páez y Urdaneta enfrentaban en tierras venezolanas a las tropas de Morillo.

Una vez reunidas las fuerzas republicanas en Casanare, emprendieron el cruce de la cordillera de los Andes, por el difícil paso del Páramo de Pisba, donde el frío y la altura provocaron numerosas bajas. Al decir de uno de los edecanes de Bolívar, Daniel Florencio O'Leary: "los llaneros contemplaban con asombro y espanto aquellas estupendas alturas [...] llovía día y noche incesantemente, y el frío aumentaba en proporción al ascenso."⁸

Sorprendido ante la insólita estrategia bolivariana, y después de intentar infructuosamente detener el avance de los patriotas, el general español José María Barreiro preparó su resistencia en el camino que cruza de Tunja a la capital neogranadina. El 7 de agosto, con el Sol en lo más alto, las tropas comandadas por Simón Bolívar derrotaron a las fuerzas españolas en la Batalla de Boyacá, abriendo el camino hacia Santa Fe de Bogotá. Tras la entrada del Libertador en la capital, se consolidaba la liberación de Nueva Granada.

De regreso a Angostura, Bolívar informó al Congreso de los resultados obtenidos en la liberación de las tierras neogranadinas.

Los éxitos patriotas, que se extendían también por el sur del continente, obligaron al monarca español Fernando VII a organizar una gran expedición militar con el propósito de contener el movimiento independentista en Hispanoamérica. Pero en enero de 1820 estas tropas se sublevaron, forzando al rey a aceptar el restablecimiento de la Constitución de 1812 y la restitución de las Cortes.

Sin otra salida, Fernando VII designó al general Pablo Morillo como mediador con los patriotas, con la propuesta de "elevar" los territorios hispano-

americanos a la condición de provincias de España. Pero Bolívar exigió el reconocimiento de la absoluta independencia de Colombia, por lo cual, luego de un largo proceso negociador, solo se acordó un Tratado de armisticio y otro de Regularización de la guerra.

La paz no duraría mucho tiempo. Apenas un año después, los realistas de Maracaibo se declararon independientes, lo cual rompió los acuerdos establecidos y obligó a Urdaneta a ocupar la ciudad.

A mediados de año, nuevamente se encontrarían las tropas del general realista Miguel de la Torre con las aguerridas fuerzas patriotas –esta vez dirigidas por Bolívar, Páez y Manuel Cedeño–. Sería el 24 de junio de 1821, en el campo de Carabobo, donde se libraría el combate que sellaría la definitiva independencia de Venezuela. Cuatro días después, nuevamente entraba el Libertador a Caracas, en medio de una vibrante aclamación popular.

"El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu."⁹

Un mes antes de la victoria en Carabobo, el Congreso Constituyente colombiano había comenzado sus sesiones en la Villa del Rosario, de Cúcuta, con el objetivo de sentar las bases constitucionales de la república. Su resultado fundamental fue la aprobación de la Carta Magna de Colombia, con la que quedaron oficialmente unificados los territorios de Venezuela, Nueva Granada y Quito, con Santa Fe de Bogotá como capital. Además, se nombró a Simón Bolívar y a Francisco de Paula Santander, como presidente y vicepresidente, respectivamente. También se suprimió la trata de esclavos, el tributo indígena y los impuestos coloniales. Mas, los intereses clasistas de los diputados reunidos –diez militares, seis ricos propietarios, dos sacerdotes, diez abogados y dos médicos– impidieron el reconocimiento de la abolición de la esclavitud –solo se aprobó una Ley de Manumisión– y el derecho de los indígenas a sus tierras, con lo cual dejaron insatisfechos a dos de los sectores más destacados de la contienda independentista.

Ocupado en la liberación del Sur, el Libertador y sus tropas se impusieron el 7 de abril de 1822 en Bomboná, y un mes más tarde Sucre lo haría en las faldas del volcán Pichincha, con lo cual logró la emancipación de Quito y se decidió su incorporación a Colombia. A estas victorias se sumaría el encuentro

⁸ Citado en Colectivo de autores, *Historia de Venezuela*, Santillana, Caracas, 2002, p. 172.

⁹ José Martí, ob. cit., t. 6, p. 19.

entre Bolívar y el general José de San Martín –conocido como la Entrevista de Guayaquil–, hechos que fortalecieron la autoridad del Libertador, al tiempo que consolidaron militarmente la unidad territorial de una Suramérica independiente.

En agosto de 1824, Simón Bolívar, al frente de más de ocho mil hombres –colombianos, peruanos y de otras nacionalidades–, derrotaría al general José de Canterac en la batalla de Junín. Pero el impetuoso avance del Libertador se vería frenado por la llegada a Lima de una resolución del Congreso colombiano, suspendiéndole sus prerrogativas de gobernar simultáneamente en Colombia y Perú, y también de dirigir el Ejército.

Delegadas las facultades militares del Libertador en el general Antonio José de Sucre, sería este quien avanzaría sobre los realistas. Ambas fuerzas se medirían el 9 de diciembre de 1824 en el campo de Ayacucho, sitio donde las fuerzas de Sucre –desde entonces reconocido como el Gran Mariscal de Ayacucho– alcanzarían la victoria sobre las tropas del virrey La Serna, y sellarían la independencia definitiva de Hispanoamérica. Al decir de Martí: “[...] icatorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!”¹⁰

Luego de este triunfo, Sucre liberaría el Alto Perú, donde se formaría una nueva república que honraría el nombre de su inspirador: Bolivia.

En los años sucesivos, los más importantes avances republicanos se desmoronarían precipitadamente. Los intereses locales de las élites gobernantes en Nueva Granada, Quito y Venezuela, y la ausencia de una burguesía que impulsara la integración nacional, entre otros factores, debilitaron la unidad interna de Colombia; al mismo tiempo, la autoridad moral de Simón Bolívar era constantemente socavada por sus contendientes. En este último aspecto incidió notablemente Francisco de Paula Santander, vicepresidente que dirigió Colombia entre 1822 y 1826, pero con una diferente visión e intereses sobre el futuro de la región.

Como resultado de estos problemas internos y de otros factores exógenos, como la creciente oposición de Estados Unidos de Norteamérica y varias potencias europeas, el Congreso de Panamá, celebrado en 1826, no alcanzaría sus propósitos. Era un encuentro regional que buscaba constituir una confederación de Estados hispanoamericanos que preservara la

independencia conquistada, además de concluir la liberación de la región, pues, parafraseando a José Martí cuando se refirió a la necesidad de independizar a Cuba, en el poema emancipador de 1810 faltaba una estrofa.

En lo adelante, el surgimiento de varios movimientos separatistas, como la Cusiata y la Convención de Ocaña, debilitarían la existencia de Colombia. El enfrentamiento interno se agudizaría, al punto de que en 1828 se intentaría asesinar a Bolívar en el Palacio de San Carlos de Bogotá, y dos años más tarde se segaría la vida de su más fiel seguidor, Antonio José de Sucre.

Finalmente, en 1830, Colombia se desmembraría internamente. Y en ese propio año, el 17 de diciembre, su más grande arquitecto, Simón Bolívar, dejaría de existir físicamente en la quinta neogranadina de San Pedro de Alejandrino.

Tras Colombia y Bolívar se cerró una página indeleble de la historia hispanoamericana y universal. Luego de casi veinte años de intenso batallar y la ofrenda gloriosa de miles de vidas, la tiranía colonial de España fue expulsada del Nuevo Mundo –exceptuando a Cuba y Puerto Rico– y un haz de naciones se adentró por la senda de la independencia.

En lo adelante, los desafíos no sería menores. Hispanoamérica se vería lastrada por su atrasado régimen socioeconómico –que mantenía la esclavitud– y por los elitistas proyectos de sus gobernantes. Una situación que atentaría contra el desarrollo nacional y los proyectos de unidad regional, facilitando el paso de los intereses neocoloniales europeos y norteamericanos. Por ello, el Apóstol de Cuba, al enjuiciar críticamente las gloriosas luchas hispanoamericanas y el papel de su conductor, afirmararía:

¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!¹¹

Una valoración vigente, porque salvando las lógicas distancias en el tiempo, los pueblos de la región aún necesitan retomar la senda que abrió Venezuela hace doscientos años, para enfrentarse a los hábitos recolonizadores contemporáneos y hacer fulgurar en el pecho de América Latina el sol de la definitiva independencia. ■

¹⁰ *Ibidem*, t. 8, p. 245.

¹¹ *Ibidem*, t. 8, p. 243.

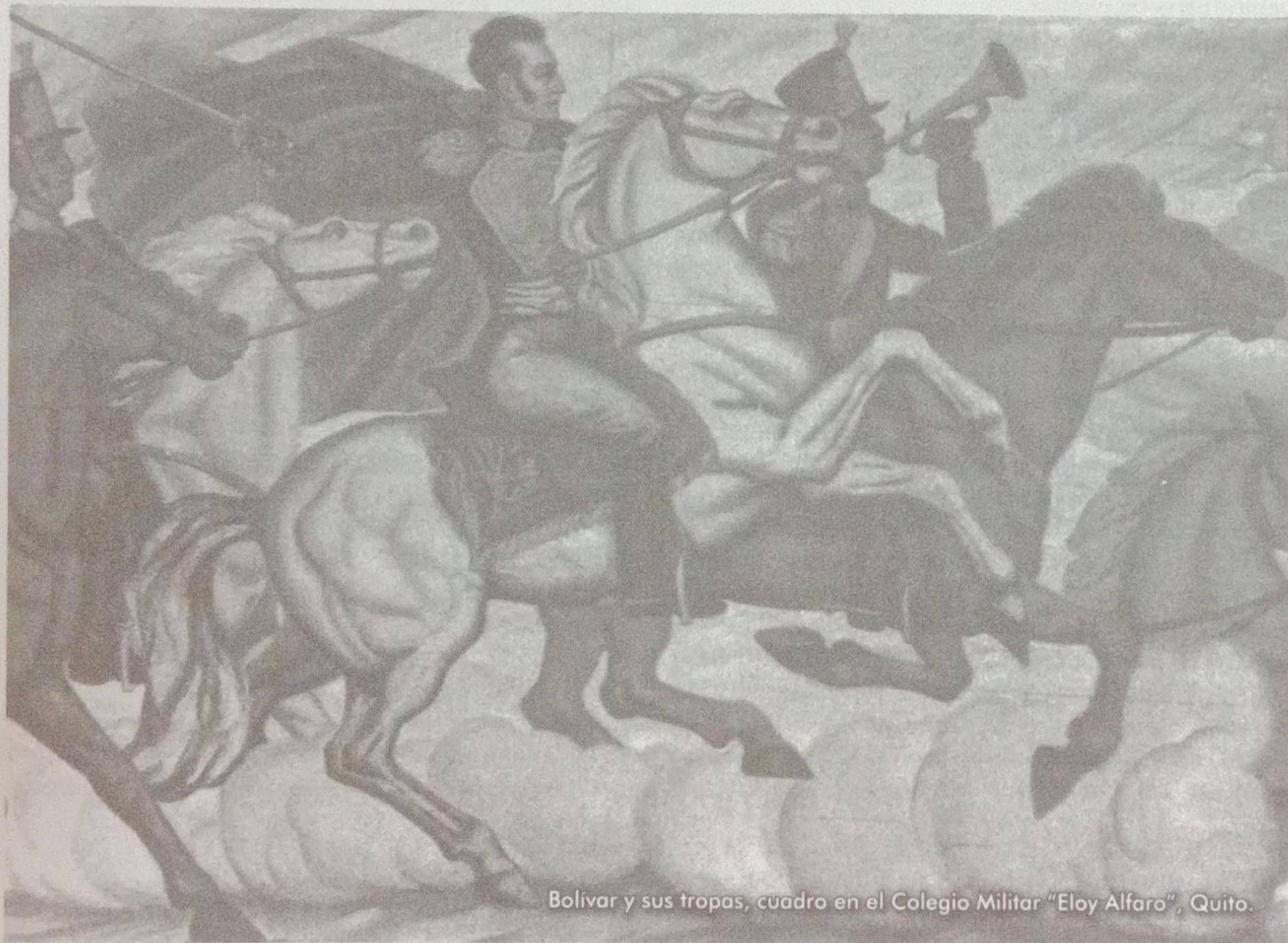
Las luchas por la independencia de América Latina, 1810-1825: condiciones imprescindibles en la configuración de los Estados nacionales

EURÍDICE GONZÁLEZ NAVARRETE

Las luchas por la independencia, sin dudas, representaron el contexto en el cual se orientaron los procesos de identidad que ya se habían iniciado en el último siglo de dominación colonial. Las dificultades para construir Estados nacionales con soberanía sobre territorios delimitados durante la fase final de las campañas emancipadoras, a partir

de las estructuras administrativas coloniales, se evidenciaron en el fracaso de la propuesta de integración bolivariana en el Congreso de Panamá, en 1826.

La presencia de las tradiciones coloniales se prolongó más allá de la ruptura de la relación con la metrópoli, no solo en la legislación —“la colonia siguió viviendo en la república”, recordando a José Martí—.



Bolívar y sus tropas, cuadro en el Colegio Militar “Eloy Alfaro”, Quito.

Se conservaron códigos que, en la práctica, continuaron funcionando en la realidad cotidiana, como la tradición autoritaria y centralizadora modelada por el Estado colonial. Desde el Estado, mediante publicaciones, actos conmemorativos y festividades oficiales, se crearon los ideales nacionales vinculados a las ideas del progreso, de la *modernidad*, del sector terrateniente y comercial, que había accedido al poder.

El desarrollo del Estado en la época colonial había significado la total subordinación a la metrópoli, al carecer de soberanía. Con la independencia, fue proclamada la soberanía política por los sectores dominantes, los cuales además establecieron el nuevo orden político y diseñaron las instituciones republicanas, en un contexto sociocultural y económico heterogéneo y complejo. De manera que las instituciones del Estado, comenzaron a ejercer una función interventora, centralizando y cohesionando las fuerzas sociales, a partir de las cuales se conformarían las comunidades nacionales y las naciones de acuerdo con las necesidades del desarrollo del capitalismo en el área.

La idea de nuclear a la población y mantener el control sobre ella y el territorio soberano, para hacer avanzar las relaciones capitalistas, que significaban la modernización de las sociedades, toma forma como proyecto político desde el Estado que se instituye en los años inmediatos a la proclamación de la independencia en cada uno de los territorios. Acompaña el proceso de estructuración del nuevo poder de la clase dominante local y criolla. Es un proceso de construcción y modelación, que se desenvuelve "inicialmente en un plano ideológico, único al alcance de una sociedad carente de factores dinámicos, pero sólo cristaliza al apoyarse en cambios económicos (mercado nacional) e infraestructurales".¹

Sin embargo, el proceso no se caracterizó por su homogeneidad en su dinámica de formas y contenidos. Ciertamente existían diferencias entre aquellos lugares en los cuales había existido la organización estatal antes de la conquista europea, es decir, entre las grandes civilizaciones americanas azteca, maya e inca, y aquellos lugares donde no había existido el Estado, como en el caso de Chile y el Río de la Plata, sino que los colonizadores, representantes de la Corona, habían implantado el orden político y

administrativo sobre el territorio y la población. Ello afectaría la integración económica dentro del propio país colonizado, mientras la metrópoli se beneficiaba del saqueo de los recursos y de la explotación a las poblaciones autóctonas, pueblos que con frecuencia no alcanzaban a relacionarse activamente entre sí, lo cual impedía también la integración social y cultural. Tampoco en cuanto al territorio histórico, porque rápidamente se practicó el *uti possidetis iuris*, o sea que el territorio que se poseía de derecho, se poseía de hecho, a pesar de toda la legislación codificada en el derecho indiano.

España no sentó las bases de naciones en el llamado Nuevo Mundo, sino una formación socioeconómica subordinada a las necesidades de la metrópoli. Esta *herencia colonial* dio paso a la formación de un conjunto de repúblicas con algunos rasgos culturales compartidos, divididas en Estados organizados sobre principios territoriales y demográficos, que tenían como matriz las antiguas jurisdicciones coloniales. Los procesos de integración étnica a los cuales se debe el desarrollo protonacional o embrionario constituyeron un producto secundario del fenómeno colonial, no un resultado de la política de la metrópoli.

La falta de una verdadera unidad nacional anterior a la independencia, colocó el problema de la estructuración del Estado en un primer lugar para las élites criollas, por eso este llega a convertirse en órgano unificador y creador de una conciencia de pasado y futuro, apropiándose de funciones ideológicas, que en otras regiones del mundo eran asumidas por el nacionalismo. Desde el propio Estado se desarrolla un fenómeno de *nacionalización* de las poblaciones y de las culturas locales y regionales durante casi todo el siglo XIX e incluso el XX.

No hubo posibilidades de un proyecto nacional en torno a una lengua común, no tanto por el hecho de que el castellano ya se estaba extendiendo desde hacía más de tres siglos en detrimento de las lenguas indígenas, sino porque el proyecto nacional, en sentido general, lo elaboraron y lo pusieron en práctica los criollos, no aquellos sectores populares que quedarían despojados y marginados de la sociedad colonial y por ella. La presencia de cierto nacionalismo hispanoamericano, orientado a identificar a la nación, es un fenómeno que sigue a la independencia y forma parte de la construcción definitiva de los diferentes Estados nacionales.²

¹ Ver del historiador venezolano Germán Carrera Damas, "Venezuela: proyecto nacional poder social", en *Crítica*, Barcelona, 1986, p. 15.

² Ídem.

El proceso de independencia, aunque contó con la participación del pueblo, no tuvo un carácter revolucionario burgués, ya que no se orientó al desarrollo del capitalismo. La dirección del proceso de formación estatal después de la independencia estuvo determinada por un frente policlasista, más o menos cohesionado, con intereses mercantilistas, que no acumulaban capital, sino que se apropiaban de las ganancias que producían las actividades relacionadas con la comercialización de las producciones mineras, agrícolas y ganaderas.

Siguiendo el criterio de un grupo de especialistas latinoamericanos, el proceso de formación del Estado nacional requiere la presencia de componentes ideales (subjetivos) y materiales (objetivos). Los primeros, son los símbolos y valores que se establecen y se conservan para lograr reconocer la identidad en cuestión; los segundos, resultan el mercado y el territorio.³ Aun cuando las fronteras no estuvieron muy bien definidas, en los espacios de las antiguas audiencias se fueron estrechando las nuevas relaciones, en la medida en que se ampliaba la esfera de la economía mercantil y se aceleraban los procesos demográficos y de integración étnica, fenómenos de carácter objetivo en el proceso de formación nacional. De esta manera, el proceso de emancipación constituye un punto de partida en el complejo proceso de formación del Estado nacional burgués, no un acto de ruptura e inmediata sustitución del Estado colonial por el nacional. Primero se sentaron las bases del Estado independiente, para después hacerlo *nacional*.

En su carácter de colonias, los territorios de América carecían, por definición, de toda autonomía estatal. Constituían unidades administrativas y gubernativas de la metrópoli hasta que, una vez independientes políticamente de la metrópoli, alcanzaron a organizarse gradualmente en Estados nacionales a partir de su carácter soberano, formulado en las declaraciones de independencia de cada país. Sin embargo, atendiendo a la inmadurez de las estructuras y relaciones capitalistas, la identificación formal entre el Estado y la nación tuvo lugar de manera precoz, bajo la influencia de los modelos institucionales de inspiración euro-occidentales y norteamericano-republicanos, adoptados por las nacientes unidades estatales. Los Estados independientes constituyeron la matriz y no el resultado de las distintas formaciones

nacionales y fue de esa manera que se estableció la diferencia histórica esencial entre los Estados coloniales y los nacionales.⁴

Una vez alcanzada a sangre y fuego la independencia, se aceleró y definió la orientación del proceso de formación nacional que ya se venía vertebrando desde la época colonial, a partir de una incipiente conciencia de origen y destino comunes frente al predominio extranjero: conciencia americana, manifiesta en los elementos *criollos* que componían la base social de los ejércitos bolivarianos que dirigieron las campañas.

Como la adopción de formas de gobierno republicanas tuvo lugar antes de haberse constituido las estructuras de la sociedad burguesa, decir nación durante mucho tiempo fue más una expresión formal que real. Los regímenes conservadores de la primera mitad del siglo XIX lucharon por lograr la centralización y estabilización del poder político; mientras que los liberales, predominantes en la segunda mitad del siglo, se orientaron a eliminar las trabas que frenaban la difusión de las relaciones capitalistas, para lo cual convirtieron al Estado en promotor activo de la acumulación capitalista, decretaron la desamortización de la propiedad corporativa —entre la que se contaba la Iglesia, y que también afectó a las propiedades de las comunidades indígenas— y la abolición de las aduanas, para insertarse en el mercado capitalista mundial en expansión.

La oligarquía —que no constituye en sí misma una clase social— ejerció una dominación basada en la concentración del poder y una estrecha base social, y logró establecer y consolidar un tipo de régimen resultante de la alianza entre los terratenientes, poseedores tradicionales, y la burguesía agro-exportadora y minero-exportadora, por estar interesada en mantener el *statu quo* y preservar su control sobre el territorio y la población, de manera que logró establecer relaciones de dominación que le permitieron disponer de los beneficios del poder.

También fue importante la incidencia de los factores externos, específicamente el ascenso del capitalismo mundial, en el cual se inscribieron el proceso de independencia y la formación de los Estados nacionales, pues en correspondencia con ello se insertó la región en la economía mundial. Los Estados nacionales que se consolidaron más rápido y

³ Entre ellos, Oscar Oszlak, "Formación histórica del Estado en América Latina. Elementos teórico metodológicos para su estudio", en *Estudios CEDES*, vol. 1, no. 3, Buenos Aires, 1978.

⁴ Omar Díaz de Arce, *El proceso de formación de los Estados nacionales en América Latina*, Universidad de la Habana, 1980, p. 9.

sólidamente desde la etapa formativa fueron aquellos en los que se había constituido un bloque oligárquico hegemónico que pudo actuar como intermediario entre los intereses del Estado y el mercado internacional. De esa manera, el desarrollo del mercado nacional se encontró subordinado a las demandas internacionales y, de forma complementaria, a la de artículos nacionales por parte de los centros productivos y comerciales, sobre todo de las ciudades y puertos que participaban en el comercio exterior y de las actividades productivas y los trabajadores asalariados que consumían productos agrícolas, de menor valor comercial.

La cuestión de la composición poblacional de los nuevos Estados aparentemente no fue un problema, en tanto fue adscrita, tal y como lo había sido a las unidades coloniales, solo que con la independencia pasaron a ser pobladores del nuevo Estado en calidad de miembros formales de las repúblicas, tanto los blancos, como los mestizos, los indios y los negros. La integración nacional no incluyó a los campesinos de las zonas del interior de cada país, los cuales no tenían relaciones con el mercado, ni a las comunidades indígenas, atrasadas y generalmente aisladas de las ciudades. Se continuaba la línea histórica de marginación promovida por la metrópoli, aunque en las nuevas legislaciones se decretaba la pertenencia de todos los habitantes del territorio que se empezaba a considerar *nacional*. En Chile, en la práctica, no incluía a los indígenas.

La institucionalización del poder político necesitaba de la definición del territorio bajo su jurisdicción.⁵ Ello trajo consigo las guerras de frontera entre países vecinos, las cuales, en todos los casos, fueron hábilmente aprovechadas por potencias extranjeras para penetrar las economías latinoamericanas y apropiarse de recursos naturales de alta demanda en el mercado mundial. Especial mención merece la expansión norteamericana sobre México (1848), la de la Triple Alianza entre Brasil, Argentina y Uruguay contra Paraguay (1865-1870), y la del Pacífico, o salitrera –que enfrentó a Chile y Perú contra Bolivia– de la cual salió especialmente beneficiado el capital inglés (1879-1883).

En los primeros años de la independencia, la oligarquía identificaba a la nación y al Estado como sinónimos, y la cuestión central era establecer el orden, hacer real el autogobierno y crear las instituciones que garantizaran la soberanía. Una vez alcanzada cierta seguridad en el poder, al mismo tiempo que se continuaba proclamando a la nación, el Estado y la patria, se les concedían significados excluyentes a la mayoría de la población –especialmente analfabeta–, campesina, indígena y negra, según fuera el caso. La nacionalidad fue un término irrelevante en la práctica, hasta que se necesitó contar los votos para las campañas electorales en la segunda mitad del siglo.

El desarrollo de las relaciones capitalistas requería la disposición de espacios territoriales y la liberación de recursos humanos y materiales para participar en el proceso, pero al mismo tiempo se necesitaba institucionalizar y proteger los derechos individuales, tanto de propiedad como civiles, al menos formalmente. La libertad real significaba la amenaza al orden, pues la sociedad institucionalizada en el Estado nacional era aún muy precaria, contradicción claramente apreciable en las empresas mineras o en las plantaciones azucareras, donde coexistían formas de tecnología modernas con estilos arcaicos de control y administración de la fuerza de trabajo. De manera que, además de la heterogeneidad estructural, se evidencia una multiplicidad de formas de propiedad y de relaciones sociales, lo cual, en definitiva, constituye una particularidad histórica del desarrollo de los Estados nacionales en América Latina.

En consecuencia, puede entenderse que la independencia con respecto a la metrópoli aportó beneficios económicos a los criollos, debido a que se logró la derogación del sistema fiscal impositivo establecido por esta, se eliminó el monopolio comercial y se produjo la ruptura de formas institucionales arcaicas, que retardaban el crecimiento económico. Todo ello, por supuesto, con determinados costos económicos, entre los que se pueden mencionar: el abandono de las exportaciones durante las campañas militares y hasta algunos años después, el negativo impacto demográfico, la escasez de dinero para pagarles a los importadores extranjeros y la interrupción de las relaciones con los mercados tradicionales y las rutas de comercio coloniales.

Consecuentemente, la competencia entre los productos industriales europeos y norteamericanos y las artesanías latinoamericanas resultaría injusta; disminuyeron los capitales de inversión y la mano de obra de los sectores agrícola y minero fue desviada

⁵ Por jurisdicción territorial se entiende aquella que comprende un espacio geográfico sujeto a la autoridad del gobierno y delimitado por este, ejerciendo en ese ámbito una potestad política efectiva o nominal que pretende ser excluyente y aspira a tener reconocimiento universal. Ver Oscar R. Nocetti, Lucio B. Mir, *La disputa por la tierra. Tucumán, Río de la Plata y Chile (1531-1822)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1997, p. 9.

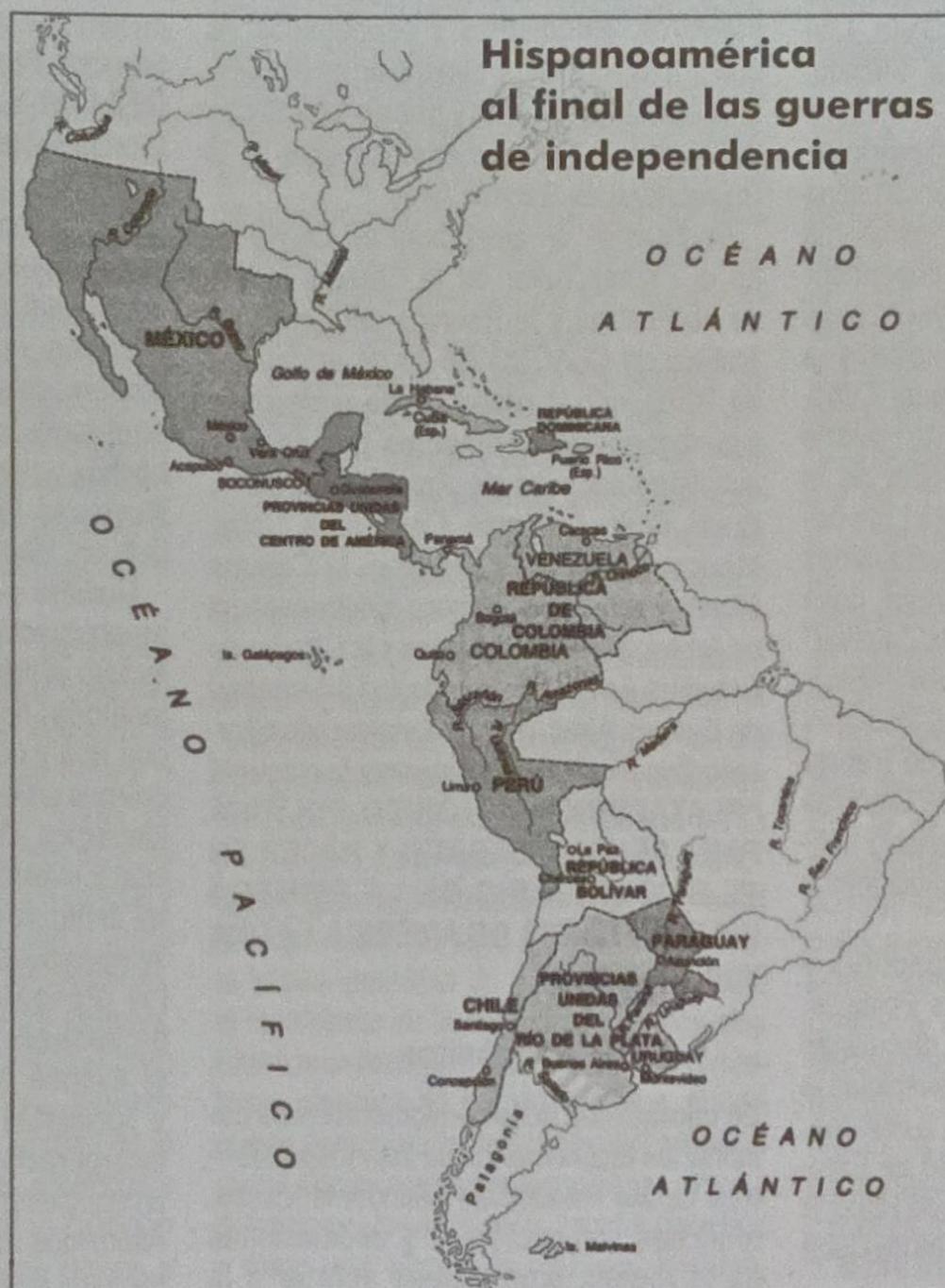
hacia los escenarios de la guerra. Todo ello influyó en un significativo éxodo de capitales, fenómeno que, apenas para tener una aproximación, en el caso del Perú se comportó de la siguiente forma: entre 1819 y 1825, los ingleses extrajeron casi 27 millones de pesos y en ese último año solo quedaba cerca de un millón del capital inglés (que a fines del XVIII se había acercado a los 15 millones). En México, la expulsión de los españoles en 1827, significó el descenso de 42% de las rentas de aduana, la contracción del comercio y la retirada de la circulación de más de 34 millones de pesos en metálico.

De manera que los nuevos Estados independientes, en vías de configurarse como nacionales, sufrieron inmediatamente los efectos del incremento de las importaciones europeas, todo lo cual condicionó la situación económica particular que los caracterizaría durante el siglo XIX: estancamiento de las exportaciones latinoamericanas tradicionales, déficit comercial permanente en la segunda mitad del siglo, insolvencia en el pago de los créditos y préstamos contraídos

durante la guerra, así como el consecuente endeudamiento interno y externo.

En cuanto al desarrollo político, se caracterizaría por el ascenso de grupos oligárquicos locales que detentaban el poder regional, en virtud de una estrecha alianza con la élite que emergió desde el poder militar y se adueñó de las riquezas —antes en manos de terratenientes y plantadores—, así como del comercio. Se puede decir que toman el Estado mediante sus propios ejércitos de llaneros, gauchos, indígenas, ex esclavos, según la región. Así establecen con frecuencia una dictadura personal que hace de la violencia un recurso de conservación del poder.

Finalmente, las unidades administrativas coloniales, amplias e ingobernables, se fragmentaron, se “balcanizaron” en una serie de Estados republicanos que tuvieron como principal función establecer el ordenamiento y la configuración de las unidades poblacionales y territoriales, decretar la nacionalidad en los primeros textos constitucionales, para después contribuir al proceso de formación de la nación. ■



**PLATAFORMA HISTÓRICO-POLÍTICA
PARA PENSAR, DEBATIR Y HACER
EN EL BICENTENARIO DE LA PRIMERA INDEPENDENCIA
DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE**

Nosotros no podemos perdonarnos ignorar no ya nuestra historia, sino incluso la historia de América Latina; nosotros no nos podríamos perdonar ignorar siquiera la historia del mundo porque están asociadas. Seríamos incompletos, estaríamos mutilados desde el punto de vista cultural si ignoramos la historia del mundo. Esas tres historias tienen que estar muy presentes.

Fidel Castro Ruz, 1992

Noticia

El 9 de mayo de 2008, un grupo de 120 investigadores, profesores e intelectuales de Cuba, con la presencia solidaria de colegas de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Guatemala, México, Palestina y el Reino Unido, se constituyó en La Habana, la Cátedra Bicentenario de la primera independencia de América Latina y el Caribe, en referencia a los doscientos años de inicio de los procesos independentistas en las repúblicas latinoamericanas y caribeñas. Promueve esta iniciativa la Unión Nacional de Historiadores de Cuba, con la colaboración del Instituto de Historia de Cuba, la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, la Escuela Latinoamericana de Medicina, las Universidades de Ciencias Pedagógicas "Enrique José Varona" y "Héctor Alfredo Pineda Zaldivar" y el Instituto Superior de Relaciones Internacionales "Raúl Roa García". La Cátedra es auspiciada también por el Grupo de Trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) "El Bicentenario Latinoamericano: dos siglos de revoluciones a la luz del presente".

Integran la Cátedra investigadores y profesores de Historia, Ciencias Políticas, Sociología, Pedagogía y otras disciplinas sociales de las instituciones que auspician la Cátedra, y de la Universidad de La Habana, el Instituto de Filosofía, el Centro de Estudios sobre América y la Sección de Historia de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), entre otras.

La Cátedra Bicentenario de la primera independencia de América Latina y el Caribe, ha encontrado un fértil espacio de colaboración y aprendizaje colectivo entre los movimientos sociales, organizaciones, maestros, estudiantes y académicos de nuestra región. En tal dimensión se destaca la unidad de propósitos y trabajo forjada con la Cátedra de Estudios Americanistas de la Universidad de Buenos Aires.

En ocasión de celebrarse en La Habana el Primer Taller de la Cátedra (12-14 de noviembre) y la Reunión del Grupo de Trabajo de CLACSO (16-18 de noviembre de 2009), con la presencia de profesores, investigadores, educadores populares y activistas sociales de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, México, Paraguay y Uruguay; la Cátedra Bicentenario de la primera independencia de América Latina y el Caribe y la Cátedra de Estudios Americanistas de la Universidad de Buenos Aires, hemos considerado oportuno discutir, evaluar y proponer la presente **"PLATAFORMA HISTÓRICO-POLÍTICA PARA PENSAR, DEBATIR Y HACER EN EL BICENTENARIO DE LA PRIMERA INDEPENDENCIA DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE"**.

Propósitos

En oportunidad de la convocatoria para celebrar los bicentenarios de las independencias de las Repúblicas Latinoamericanas, realizada por gobiernos y asociaciones de la región, proponemos aportar a la

construcción en curso, nuestra perspectiva cubana, caribeña y latinoamericana, sobre los procesos independentistas, vistos desde las realidades, retos y perspectivas del actual movimiento emancipador continental. A tal propósito corresponde la presente **PLATAFORMA PARA PENSAR, DEBATIR Y HACER** en el Bicentenario de la primera independencia de América Latina y el Caribe

Consideramos que el Bicentenario Latinoamericano –entendido como movimiento continental de liberación–, su estudio, interpretación y divulgación, con una visión de proceso, de su trascendencia e importancia, en el contexto de más de doscientos años de hechos y realizaciones compartidas, constituye una tarea de importancia científica, cultural, ideológica y política.

Nuestra pertenencia a un proyecto de emancipación y unidad latinoamericana, incluye el rescate del patrimonio cultural, la memoria, riqueza y experiencia histórica, que una y otra vez nos han querido borrar quienes pretenden sustentar una hegemonía ideológica afín a los intereses de la dominación y explotación de nuestros pueblos. En tal dimensión, el crecimiento de naciones independientes y soberanas, la formación de las presentes y futuras generaciones, de trabajadores y profesionales patriotas, y el avance de proyectos anticapitalistas y socialistas en el siglo XXI, pasan por la incorporación del acervo político cultural emancipador, y su intelección prospectiva. Asumimos que las historias del movimiento nacional liberador decimonónico y las luchas

compartidas de las naciones de esta parte del mundo, tienen su protagonismo a la hora de preservar, construir y pelear la historia que hoy vivimos, porque esencialmente la definitiva independencia de la mayoría de nuestras naciones aún está por alcanzarse.

Consideramos que las plataformas ideológicas, filosóficas, y políticas, sobre las que se sustenta la voluntad de conmemorar el Bicentenario Latinoamericano, deben incentivar un útil y fructífero debate plural sobre los acontecimientos que se conmemoran, su interpretación y destino. Para ello resulta imprescindible alentar hacia una profunda y certera lectura de la historia y cultura que poseemos. Basarnos en lo que realmente sucedió en la historia, es una ineludible posición de ciencia y conciencia ética.

Fundamentación

Partimos del criterio de que los movimientos de liberación nacional y resistencia en América Latina, poseen un sustrato de combates y rebeldías desde los propios días de la conquista, que continúan en tiempos de la llamada colonización. En el siglo XVIII aparecen condiciones y entornos de realización cualitativamente superiores. Este siglo se caracteriza por la continuidad de los movimientos de resistencia de los pueblos originarios, el crecimiento de las luchas de los negros esclavos y el cimarronaje, por las sublevaciones y conflictos protagonizados por comuneros y campesinos—los vegueros en Cuba entre 1817-1823, y las demandas de participación de los criollos ricos en la política metropolitana y la administración colonial.

Al generalizarse en 1776, la guerra de independencia de las Trece colonias inglesas en Norteamérica, se destaca la ayuda y protección de los caribeños a los colonos insurrectos, en particular de venezolanos, cubanos y haitianos, que se armaron corsarios para atacar los barcos y las posesiones británicas, y pelearon como milicianos en las batallas norteamericanas. Cuatro años después, en tierras andinas, los pueblos originarios protagonizan el gran levantamiento de Túpac Amaru, pionero también de la emancipación y unidad en la lucha con los esclavos negros, mestizos y blancos pobres, seguido por la insurrección de los hermanos Catari en Potosí, Bolivia, y

de los comuneros del Virreinato de Nueva Granada, Colombia.

No es ocioso recordar que en 1789, año en que las masas parisinas asaltaron La Bastilla, ya Joaquín José Da Silva, *Tiradentes*, organizaba en Minas Gerais, Brasil, el movimiento emancipador, y el venezolano Francisco de Miranda, combatiente en la guerra de independencia norteamericana, recorría Europa, en busca de apoyo para el proyecto de la independencia latinoamericana de la metrópoli española.

Es consustancial a tal escenario de luchas, que el cruce de siglos y el nacimiento del XIX americano, coincida a partir de 1790, con las sublevaciones de los mulatos y negros esclavos en Haití, dirigidos definitivamente por Toussaint Louverture. Y que este y no otro, sea el momento histórico que marca, por su impacto y trascendencia, el inicio del ciclo independentista que recorrería en breve los escenarios de la Latinoamérica continental. La victoria de los rebeldes sobre los ejércitos británicos y franceses, determina la fundación, en 1804, de la primera república independiente. Resulta entonces significativo que sea precisamente la Revolución Haitiana—la primera revolución social de nuestras tierras—, la que nos convocó a celebrar el primero de los bicentenarios de las independencias de las repúblicas latinoamericanas y caribeñas.

La experiencia política y los anhelos de independencia que acumulan los americanos, tiene también su alborada en esos primeros años del siglo XIX, en conspiraciones y movimientos precursores, donde se destaca la figura del venezolano Francisco de Miranda. Este movimiento en ciernes se articula y precipita en las circunstancias de la gran crisis de la monarquía española en 1808, al calor de la guerra popular contra los invasores franceses y la proyección de la plataforma ideológica liberal en la península ibérica, para dar paso a las luchas y guerras independentistas, que en el primer tercio del siglo XIX, determinan con la batalla definitiva de Ayacucho, en 1824, el nacimiento de la mayoría de los actuales Estados de la región. Es toda una época histórica pletórica de acontecimientos, donde queda pendiente la realización del proyecto social y político anunciado por Túpac Amaru, peleado por los indígenas, negros, gauchos y rotos que siguieron a Miguel Hidalgo,

José María Morelos, José de San Martín, Manuel Rodríguez, Bernardo O'Higgins, Gervasio Artigas, José Gaspar Rodríguez Francia y Antonio José de Sucre. Proyecto perfectamente diseñado para la época por Simón Bolívar, con la esencial coincidencia de unidad y compromiso latinoamericano, independencia de las potencias extranjeras, desarrollo autóctono, abolición de la esclavitud y las servidumbres, emancipación humana y justicia social, compartida por los más radicales próceres del movimiento independentista, así como por ideólogos y educadores de la talla de Mariano Moreno, Simón Rodríguez y los padres Camilo Henríquez y Félix Varela.

Contra la posibilidad de un país próspero de negros, mulatos y criollos libres, la revolución social de Hidalgo y Morelos, el agrarismo enaltecedor de Artigas, la nación independiente y autosustentable de Rodríguez de Francia, y el proyecto integrador y solidario de Bolívar, se concitaron los poderes oligárquicos locales y las apetencias foráneas—de Inglaterra, Francia y los nacientes Estados Unidos de Norteamérica—, que fortalecieron las posiciones más conservadoras, los divisionismos y desencuentros, hicieron fracasar la propuesta unitaria del Congreso de Panamá, en 1826, que impusieron la fragmentación regional, desestimularon el interés de los patriotas suramericanos y mexicanos por liberar a Cuba y las Antillas, y pusieron fin al ciclo revolucionario independentista iniciado por los esclavos insurrectos de Haití. Pero el anhelo de aquel destino unitario siempre se mantuvo, unas veces soterrada, otras ondeando en unos y otros proyectos, y hoy se concita con nuevas fuerzas y renovada vigencia.

En 1898, con la expulsión de la monarquía española de Cuba y Puerto Rico, tras la ya segura victoria de las fuerzas insurrectas cubanas, la Guerra Hispano cubano-norteamericana y el éxito de la política expansionista del naciente imperialismo estadounidense sobre la decadente potencia europea, comenzó la era del neocolonialismo para buena parte del continente. Quedó entonces pendiente hasta mediados del siglo XX, el avance sustantivo de la descolonización en la región insular caribeña, proceso que aún no ha concluido. Y sobre todo, se inicia un nuevo panorama

emancipador, definido de manera certera por José Martí sin aún finalizar el siglo XIX. Martí proclama la necesidad de una segunda independencia. Comprende el drama de pobreza y opresión de las repúblicas oligárquicas, y trabaja por la independencia de Cuba, con pleno sentido antimperialista, para impedir —confesará el Apóstol cubano—, que los Estados Unidos se extendieran por las Antillas y América Latina.

Doscientos años después...

Frente a los intentos de reducir la conmemoración del Bicentenario Latinoamericano, a meras acciones declarativas, a festejos por el cambio del gobierno colonial y su sustitución por Estados oligárquicos, evaluamos la trascendencia de la recuperación crítica del aporte histórico de nuestros pueblos.

El Bicentenario Latinoamericano nos convoca a profundizar sobre diversos e importantes temas históricos. Incorporar las visiones de la historia social y cultural, de la historia de la educación, el arte y la literatura, de la ciencia y la tecnología... Entender el aún reciente y por ello poco estudiado siglo XX, las múltiples facetas de la dominación neocolonial, de la penetración y explotación de los monopolios y el capital financiero estadounidense, europeo y japonés en nuestra región. Reevaluar los grandes acontecimientos de la primera mitad de la pasada centuria, el amplio universo de la Revolución Mexicana, del movimiento de Reforma Universitaria iniciado en 1918 en Córdoba, y de las luchas campesinas, obreras y estudiantiles, que devinieron situaciones y estallidos revolucionarios. Profundizar en la renovación del pensamiento socialista y de las luchas antimperialistas que genera la Revolución Cubana y que nos representamos en Fidel Castro y Ernesto Che Guevara. Considerar el pensamiento social y filosófico, y la dimensión ética presente en movimientos inéditos como la Teología de la Liberación, y el de Educación Popular. Volver con criterio maduro a la evaluación de las circunstancias y condiciones del lugar subordinado con que arribamos al siglo XXI, atender problemas pendientes, como el de la justa demanda de una salida marítima para Bolivia.

El Bicentenario Latinoamericano también constituye oportunidad para evaluar la más reciente contemporaneidad, desde la trascendencia y perspectivas que nacen en

nuestros paradigmas fundacionales. Para abrirnos al interesante panorama de la Latinoamérica y el Caribe de hoy, a sus nuevos movimientos liberadores, quienes gestan actualmente formas diversas y novedosas de concebir y ejercer la política de modo protagónico, sobre las bases de relaciones solidarias, con clara conciencia de la necesidad de proteger la naturaleza y su armonía con la autosustentabilidad y el desarrollo de las sociedades, garantizar el pleno despliegue humanista de la diversidad cultural, étnica y genérica, la justicia social, la democracia participativa con derechos realmente ejercidos por todos y todas. Media centuria de revolución socialista en Cuba, enriquece y reta el pensamiento y la acción emancipadora continental, y fija nuevas metas en la perspectiva anticapitalista y revolucionaria de un socialismo posible en este siglo XXI.

En el actual panorama caribeño y latinoamericano, la independencia de Puerto Rico del dominio neocolonial de los Estados Unidos y la restitución de la deuda histórica, social y ecológica del gobierno imperialista para con ese pueblo hermano, la independencia de otros catorce territorios caribeños, el fin de la ocupación del archipiélago de las Malvinas por las fuerzas inglesas y su restitución a la República Argentina, constituyen aún temas pendientes. Asimismo, la reciente ofensiva recolonizadora de Estados Unidos en la región, con el recrudecimiento de planes de subversión contrarrevolucionaria contra Venezuela, Bolivia y Ecuador, la creación de la IV Flota (julio de 2008), el golpe de Estado en Honduras (junio de 2009), y el repudiado convenio de ocupación de siete bases militares en Colombia (noviembre de 2009), permiten avizorar una conmemoración bicentennial de renovados combates antimperialistas.

En el espíritu de compromiso y patriotismo internacionalista y antimperialista de la Red de Redes en Defensa de la Humanidad, asumimos los postulados del *Llamamiento de Coro*, documento suscrito por los académicos e intelectuales reunidos en el Congreso Internacional "Las Independencias de América Latina: génesis, proceso y significado actual", celebrado en agosto de 2006 en Coro, Venezuela, en ocasión del Bicentenario de la Expedición Revolucionaria de Francisco de Miranda, Precursor de la Independencia americana.

El Grupo de Trabajo de CLACSO "El Bicentenario Latinoamericano: dos siglos de revoluciones a la luz del presente", ha propuesto la problematización de esta historia que llega hasta nuestros días, en torno al nudo temático de las *revoluciones*, desde perspectivas interdisciplinarias en las ciencias sociales. Consideramos que tal enfoque sugiere un amplio y válido camino para la investigación y construcción histórica, al cual nos sumamos.

El *Otro Bicentenario* refieren no pocos de nuestros amigos y compañeros de pensamiento y lucha en el Caribe y América Latina, para precisar la diferencia con quienes solo nos proponen agasajos y lecturas desmovilizadoras, cuando no nitidamente manipuladoras y diversionistas.

Congratulándonos por los cincuenta años de victorias de la Revolución Cubana, en vísperas de las conmemoraciones del centenario de la Revolución Mexicana, sin duda los más trascendentales procesos revolucionarios latinoamericanos del siglo XX, la conmemoración del Bicentenario Latinoamericano y Caribeño ofrece un espacio cosmopolita para incentivar la reflexión y el análisis historiográfico, evaluar el campo de los estudios latinoamericanos, el estado de la enseñanza de la Historia de América y de la labor de divulgación cultural en nuestros medios. Puede aportar, además, su visión de ciencia y conciencia a las praxis en curso y a su prospectiva política, a los proyectos de nación y futuro posibles que ya avanzan, a los esfuerzos unitarios e integracionistas, en la construcción del universo ideológico y cultural de alternativas emancipadoras como la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA). ■

CÁTEDRA BICENTENARIO
DE LA PRIMERA INDEPENDENCIA
DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

CÁTEDRA DE ESTUDIOS
AMERICANISTAS DE LA UNIVERSIDAD
DE BUENOS AIRES

Coordinación para adhesiones
a la PLATAFORMA y a la Red PENSAR,
DEBATIR Y HACER en el Bicentenario

Felipe de J. Pérez Cruz, La Habana:
unhicch@cubarte.cult.cu
Juan Rosales, Buenos Aires:
jrozales@yahoo.com

Acontecimientos

VII Encuentro Internacional de Cátedras Martianas¹

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR



Es imprescindible que comience estas palabras evocando la memoria del gran compañero Cintio Vitier, quien fuera hasta su muerte presidente de honor del Centro de Estudios Martianos y ejemplo vivo de lo que es, de lo que debe ser un martiano. Pues esta denominación no es dable aplicarla primordialmente a quien esté informado de la vida y la obra del Maestro, conocidas en plenitud por

Cintio, sino, sobre todo, a aquel cuya conducta esté regida por sus lecciones. Y tal fue el caso del autor de *Ese sol del mundo moral*, quien nos dejó páginas imperecederas sobre Martí y, a la vez, fue fiel discípulo suyo. Esto último se puso de manifiesto en su defensa lúcida y apasionada de las mejores realizaciones de la Revolución Cubana, cuya filiación martiana fue proclamada desde el 26 de julio de 1953 por el propio Fidel.

Este Encuentro se realiza en vísperas de conmemorarse el bicentenario de la fecha que se da como inicio de la emancipación de nuestra América, lo que

¹ Conferencia pronunciada en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 10 de noviembre de 2009.

Martí llamó en Caracas, en 1881, "el poema de 1810", al que él quiso, dijo, "añadir una estrofa". Pero Martí sabía bien que tal poema empezó mucho antes, pues se remonta a revueltas indígenas y alzamientos de esclavos contra los invasores europeos y sus sucesores, se hizo realidad en Haití entre 1791 y 1804, ocurrió en 1809 en Ecuador y Bolivia, y se retrasó en otros países, como Cuba, donde se dilató hasta 1868. Sin embargo, los fuertes movimientos que de México y Venezuela hasta el Río de la Plata estremecieron al Continente en 1810 justifican que ese año se tome para sintetizar el múltiple acontecimiento. Se trata de las luchas por nuestra primera independencia, a la cual, comentando la conferencia panamericana que tenía lugar en Washington en 1889, Martí postuló que era necesario añadir una segunda independencia. La primera se obtuvo frente a viejas metrópolis europeas, y la segunda y definitiva lo haría frente a una nueva metrópoli, que Martí, quien la conoció desde dentro en sus virtudes y en sus defectos, llamó de diversas maneras: en 1884, "la América europea"; en 1894, "la Roma americana"; en 1895, "el monstruo". Este último nombramiento, como se sabe, procede de su carta póstuma a su fraterno amigo mexicano Manuel Mercado, a quien confesó allí que cuanto había hecho y haría era "para impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América". Con razón se ha considerado que esa carta tiene carácter testamentario, junto a otros textos suyos en que dijo: "Con los pobres de la tierra/ Quiero yo mi suerte echar"; "Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores[...]" Los auténticos martianos lo han asumido así, trátese de Julio Antonio Mella, de Fidel Castro o de Ernesto Che Guevara.

Setenta años después de haber planteado Martí que era necesaria nuestra segunda independencia, ella dio sus pasos iniciales en la parte de humanidad donde le tocó nacer pobre y morir peleando. La Revolución Cubana, cuyo cincuentenario estamos conmemorando, es hija directa del pensamiento y la acción de Martí, a quien, por supuesto, no son atribuibles nuestras imperfecciones. Durante cierto tiempo, los contrarrevolucionarios pretendieron negar el vínculo entre Martí y la Revolución Cubana. Como ruinas de esa negación sobreviven las entidades llamadas desvergonzadamente Radio Martí y TV Martí. Pero desde hace años, escribas contrarrevolucionarios, incapaces de tapar el

sol con un dedo, están empeñados en restarle valor a Martí. Ya no se lo opone a la Revolución Cubana, lo que tácitamente reconocen que es tarea imposible; ahora lo calumnian también a él. Como en el viejo proverbio castellano, ladran, luego galopamos.

Ningún momento mejor que este que tenemos el privilegio de vivir para exaltar la segunda independencia de nuestros países. Ya la Cuba revolucionaria no está sola. Ya hay en la América Latina y el Caribe no pocos gobiernos revolucionarios, reunidos en el ALBA, y otros que también mantienen conductas dignas. Ello se puso de manifiesto, entre muchos hechos, cuando la Organización de Estados Americanos derogó la decisión por la cual, en cumplimiento del dictado de Washington, Cuba fue expulsada de su seno en 1962. Nuestra América, como la llamó Martí, está siendo, cada vez más, digna de ser su patria.

Y es elocuente que varios gobiernos del área, como Cuba hace con Martí, reclamen las herencias de grandes visionarios del pasado. Las nuevas batallas se dan como continuación orgánica de las que en sus momentos respectivos encabezaron Túpac Katari, Simón Bolívar, Eloy Alfaro o Augusto César Sandino. Y es que, así como Martí, en 1893, dijo de Bolívar, a quien llamó padre, que lo que él no había hecho estaba sin hacer todavía, no se han extinguido, todo lo contrario, los ejemplos de nuestros próceres: los nombrados y muchos más, que nos llenan de orgullo y esperanza. Es por tanto completamente justo que algunas de las Cátedras Martianas unan al de Martí los nombres de otros de nuestros grandes libertadores. Y es que ellos no están detenidos en el pasado: tienen mucho que hacer todavía. Cuando se nos invita a olvidar, se nos tiende una trampa mortal. También la memoria puede y debe ser un arma revolucionaria. No hemos nacido ayer. Llevamos siglos de padecer diversas formas de explotación, y es tiempo sobrado de terminar con ellas.

No se puede obviar que a mediados del siglo XIX, en una guerra inicua, se le arrancó la mitad de su territorio a México; que cuando en 1898 Cuba le tenía ganada a España la guerra de independencia que había organizado Martí, intervinieron en esa guerra con una excusa falaz los Estados Unidos e hicieron de la Isla primero tierra ocupada militarmente, y luego una neocolonia durante casi seis décadas; que la hermana Puerto Rico, a cuya independencia también coadyuvó Martí con la fundación de la Sección Puerto Rico dentro del Partido Revolucionario Cubano, es hoy, con un nombre de papel, una colonia de tipo tradicional; que muchos países del Caribe han sido invadidos una

y otra vez por tropas estadounidenses; que fue el embajador de los Estados Unidos en México quien decretó en 1913 el asesinato del presidente Madero, como en 1934 se valdrían de un Judas nicaragüense para asesinar a Sandino; que el autor de ese crimen fue considerado por el presidente de turno en los Estados Unidos un hijo de puta, pero, añadió, *nuestro* hijo de puta; que al ser ajusticiado ese hijo, vuelto un sanguinario dictador, otro presidente de los Estados Unidos envió un mensaje de condolencia por la muerte de un paladín de la democracia; que gobiernos nacidos de elecciones convencionales fueron brutalmente depuestos, siguiendo órdenes de gobernantes de los Estados Unidos, en Guatemala en 1954 y en Chile en 1973, con secuelas de múltiples asesinatos; que hace unas décadas, en complicidad con elementos locales, Washington auspició sangrientas dictaduras militares sobre todo en el Cono Sur, y organizó el Plan Cóndor para coordinar los crímenes de dichas dictaduras: todo lo cual no puede menos que tenerse presente ante los sucesos de Honduras. Y no se trata solo de recordar. Frente a nuestros ojos están ahora mismo la Cuarta Flota en el Caribe y siete nuevas bases militares estadounidenses en Colombia.

¿Olvidar? No: recordar, y mucho. Lo que no debe llevarnos a desconocer que en el pueblo de los Estados Unidos existen numerosas conciencias alertas que son nuestras aliadas naturales. Aquí, de nuevo, es fundamental la lección de Martí, quien en 1889 supo distinguir entre los Estados Unidos de Lincoln y los de Cutting. El primero fue el presidente que abolió la esclavitud en su país; el segundo, un vulgar aventurero que quiso provocar otra guerra de rapiña contra México, un Bush de su época.

Significativamente, los estadounidenses que fueron a defender en 1936 a la República Española agredida por el nazifascismo dieron a su noble Brigada el nombre de Lincoln.

Porque Martí, el más universal de los seres humanos nacidos en América, y uno de las mayores de todos los lugares y tiempos, sigue orientándonos. Si fue el primer antimperialista de nuestra América, y acaso del mundo todo, fue también aquel a quien los lectores de lengua española debemos en gran parte, según escribió Juan Ramón Jiménez, "la entrada poética de los Estados Unidos". Y además dio a conocer en nuestra lengua numerosos aspectos de la vida en el país del Norte, donde supo distinguir lo positivo y lo negativo, y escribió sobre lo uno y lo otro.

La vida de Martí, quien apenas sobrepasó los cuarenta años, parece hecha de muchas vidas. Ante

los cuantiosos volúmenes de sus *Obras completas* es difícil concebir cómo encontró tiempo no ya para escribirlas, sino para leer lo que en ellas abordó. Y la diversidad de sus obras es enorme. La forman en primer lugar, desde el punto de vista cuantitativo, colaboraciones periodísticas, pero también versos, cartas, discursos en considerable medida improvisados y perdidos (así, los que pronunció en la manigua ante los mambises), testimonios, narraciones, obras de teatro, traducciones. Y en todo mostró una calidad superior. Esto lo han corroborado hasta hoy protagonistas de las literaturas en castellano.

Como se conoce bien, en Martí estuvieron fusionados la criatura moral, el genio político y el literario. Por cualquier costado que se le aborde, esto se hace evidente. Piénsese, por ejemplo, en esa excepcional revista para niños, *La Edad de Oro*, que cumple ahora ciento veinte años de aparecida. En ella están presentes el escritor de vuelo mayor, en prosa y verso, el pensador, el periodista, el traductor, el patriota americano, el defensor de los pueblos oprimidos, el historiador, el amante de la ciencia y la técnica, el maestro. Más de una vez nos hemos preguntado cómo fueron los primeros lectores de la revista. Y gracias al estudioso de *La Edad de Oro* Salvador Arias conocemos al menos a uno de esos pequeños lectores iniciales. Se trató de un hijo de la notable poetisa y maestra dominicana Salomé Ureña, quien contó cómo suscribió al niño, Pedro Henríquez Ureña, a la revista, y cómo él la coleccionaba. Incluso, cuando cometía alguna falta, propia de sus pocos años, se le amenazaba como castigo con no poder leer la revista. La promoción de Henríquez Ureña fue la primera en recibir *La Edad de Oro*. Y si ella sigue siendo un deleite y una fuente de enseñanzas para niños y jóvenes, no lo es menos para los adultos, como han hecho observar varios comentaristas. Puede decirse que el conjunto de los cuatro números que la revista llegó a publicar constituye uno de los mejores libros de Martí. Lo cual nos lleva a recordar que Martí, quien escribió infatigablemente hasta el día de su muerte, no publicó libro alguno. *Ismaelillo* y *Versos sencillos* son cuadernos que sufragó él mismo y aparecieron fuera de comercio. Algunos otros cuadernos suyos contienen textos por lo general políticos. De él puede decirse lo que él afirmó de José de la Luz y Caballero: que prefirió hacer hombres antes que hacer libros. La fama que conoció la debió a sus extraordinarios textos periodísticos, que le merecieron, durante su vida, vehementes elogios de Sarmiento y Darío. Y es que el escritor cuyos pariguales hay que buscarlos entre los

trágicos griegos, en Shakespeare, en los creadores de los Siglos de Oro españoles, en los grandes novelistas rusos del siglo XIX, se acogió sobre todo al cauce democrático de la prensa de su época, muy superior, por cierto, a la de nuestros días. Memorablemente escribió Henríquez Ureña que la obra literaria de Martí "es, pues, periodismo, pero periodismo elevado a un nivel artístico que no ha sido igualado en español, ni probablemente en ninguna otra lengua". Imaginemos un Esquilo, un Shakespeare, un Cervantes, un Dostoievski, que en vez del teatro, en unos casos, o de la novela, en otros, hubieran volcado su genio literario en el periódico. La comparación no es en absoluto desmesurada. Alguien tan profundo conocedor de la materia como Alfonso Reyes llamó a Martí, en *El deslinde*, "supremo valor literario", y más tarde, "la más pasmosa organización literaria".

Lo anterior no puede llevarnos a olvidar que la deslumbrante faena literaria de Martí fue solo una parte del conjunto de su faena. Gabriela Mistral, que tan profundamente lo entendió, dijo que esa faena fue esencialmente moral, y que su caso literario era una consecuencia de la anterior. Lo cual es aceptable siempre que se incluya dentro de su caso moral su tarea política. Pues Martí, ese peleador sin odio, ese revolucionario de amor al que se han referido con razón Mistral y Fina García Marruz, fue también un genio político. Los análisis que en este orden hizo, así como su organización del Partido Revolucionario Cubano y la preparación de la que, llevando en su seno el espíritu democrático, debió haber sido guerra de independencia de Cuba —la nueva estrofa del poema de 1810 anunciado por él en Caracas y la primera estrofa de la definitiva independencia de nuestra América— solo podemos considerarlos como geniales.

Durante un tiempo algunos se preguntaron cómo podrían compaginarse las doctrinas de Marx y de Martí. Y aunque este escribió sobre aquel que "como se puso del lado de los débiles, merece honor", hay que reconocer, sencillamente, que ni Marx fue martiano ni Martí fue marxista, y nosotros aspiramos a ser ambas cosas. En otra ocasión recordé, y ratifico ahora, que llamar marxismo al materialismo dialéctico e histórico no parece lo más apropiado. En *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Engels hizo ver que el antropólogo estadounidense Lewis Morgan había descubierto por sus propios pasos, con independencia de Marx, el materialismo histórico. Es decir, que Morgan no era marxista,

pero sí materialista histórico. ¿Por qué no derivar de esto que el Martí que escribió sobre las primeras conferencias panamericanas las agudísimas crónicas que Darío consideraba que formaban un libro, era por su cuenta, sin ser marxista, un materialista histórico? En cuanto a Marx, muerto en 1883, sus geniales estudios del capitalismo no llegaron a abarcar la etapa imperialista, en la cual vivió Martí, quien llamó a los imperialistas por su nombre veintidós años antes de que Lenin escribiera su libro clásico sobre el tema. Y es a Lenin a quien debemos la valoración justa de las luchas anticoloniales, como la que propugnara Martí, para el triunfo mundial del socialismo. Ni Marx podía ser martiano ni Martí podía ser marxista —sus metas no coincidían en sus circunstancias respectivas—, pero nosotros podemos y debemos ser ambas cosas, con la mediación de Lenin. En Cuba, desde Mella hasta nuestros días, se ha desarrollado lo que Cintio Vitier llamó con acierto un marxismo martiano. No es imaginable siquiera que el socialismo del siglo XXI, que está en el orden del día, pueda prescindir de las contribuciones de Martí —ni, desde luego, de las de Marx, Engels y Lenin, a quienes no se puede hacer responsables de las deformaciones sufridas por el socialismo del siglo XX en los países europeos del mal llamado socialismo real.

Atrás han quedado discusiones como las que abordaron superficialmente la relación de Martí con los escritores modernistas hispanoamericanos; como las que, forzando la mano, pretendieron ver en Martí una suerte de marxista enmascarado. Su grandeza se ha sacudido esos falsos problemas. Simplemente, Martí es el mayor escritor y, a la vez, el mayor genio político de nuestra América. Y su validez no se agotó con su muerte. En un pasaje de sus ardientes *Versos libres* escribió: "Mi verso crecerá: bajo la hierba/ Yo también creceré". Y en una carta en verso a su gran amigo uruguayo Enrique Estrázulas —a quien dedicó, junto con Mercado, sus *Versos sencillos*— añadió: "Viva yo en modestia oscura; / Muera en silencio y pobreza; / ¡Que ya verán mi cabeza / Por sobre mi sepultura!" Martí no ha envejecido un ápice: como anunció, ha crecido bajo la hierba; su cabeza guadora anuncia y manda sobre su sepultura. En vez de pretender encajarlo en creencias que no fueron las suyas, acostumbremos a serles fieles, a hacernos dignos de ser sus agradecidos continuadores. No se proponen otra cosa quienes lo estudian y aman, a lo ancho del planeta, en las Cátedras Martianas. ■

Cintio Vitier y la verdad de todas las cosas¹

Querida Fina, queridos Sergio, José María, sus esposas, sus hijos, sus nietos y bisnietos, sus familiares todos:

Queridas personalidades y público que nos acompaña:

Niños de las escuelas:

Sería imposible y no sería justo mencionar a uno solo de nosotros, porque toda la nación, la intelectualidad y el sentimiento cubano, comparten hoy el duelo que nos embarga. Sin embargo, desde anoche flota en nuestro espíritu la esperanza que animó en vida a estos dos seres, a Cintio y a Fina.

Cuando ya enfermo un médico preguntaba en el hospital, un médico que no conocía a su enfermo, datos generales, Fina respondía por él: "Abogado, sí, y ejerció. Defendió a Juan Clemente Zenea."

En esas palabras estaba contenido el sentido de intemporalidad y de justicia de la obra de este maestro cubano que hoy depositamos. Por unas horas el paramento de la cultura cubana ha perdido una de sus columnas, pero no temamos, la sostendrá su obra. Una obra imperecedera, que nace de una vocación enraizada a lo largo del tiempo por varias generaciones.

Cuando nos acercábamos a este panteón, leíamos un nombre escueto: General José María Bolaños. Era su orgullo haber descendido de la sangre de uno y de los numerosos libertadores que se formaron en Matanzas, la Atenas de Cuba, cuna de tantos centros poéticos y de tanta grandeza para nuestra patria. Y ahora, en este último viaje y en el último reposo, está junto al General, que vuelve por los caminos de Cuba, con la cabeza descubierta, para saludar a uno más de los Vitier, a un Vitier Bolaños.

Y es que vienen ahora a la memoria Don Medardo, cuyo pensamiento y filosofía ayudó a formar el espíritu de la patria; viene a nuestra memoria el diputado a la Asamblea Nacional por Bayamo, de tantas glorias, por tantas razones históricas y heroicas, aquel que defendió el reconstruir su catedral porque allí, templo parroquial mayor de una de las siete villas, se cantó el 20 de octubre de 1868 el Himno Nacional, Día de la Cultura Cubana, admirable coincidencia entre la poesía, la música y el alma de Cuba.

Él percibió en aquellas alocuciones, en aquellos discursos en el seno del Parlamento –al cual se honró en pertenecer– la necesidad de profundizar en lo histórico; y como el padre Varela y como José Agustín Caballero, o como José de la Luz, que dio título a

¹ Eusebio Leal en la despedida de duelo de Cintio Vitier, el 2 de octubre de 2009.



una de sus obras más importantes *Ese sol del mundo moral*, que debía ser texto en nuestras escuelas, traza una parábola que identifica el sueño de la nación, desde sus orígenes hasta hoy. Su espiritualidad, su sentimiento, su pureza de miras, no esconde los defectos, al contrario, los toma como ejemplo, y ve, como pocos, con la atinada visión de los poetas, la luz en la sombra. Y solamente los que la buscan como él podrán encontrar algo más importante que él buscó siempre: la verdad de todas las cosas.

“Cuando un ángel cae, todo se pone oscuro”, dijo un poeta que está entre nosotros. Gran verdad. Por un tiempo, este sol fulgurante de Cuba, que hoy lo cubre, se verá eclipsado por la tristeza pasajera que nos embarga, mas luego, aparecerá de nuevo, radiante, la visión perfecta de su destino.

Hace horas, amada Fina, se ha producido un encuentro por largo tiempo esperado. Si esto no fuese así, si no fuese cierto, la muerte —como está escrito con letras de oro en la base del monumento a José Martí— sería una mascarada bárbara. Se ha producido un encuentro y han salido ante él sus padres, sus abuelos, los originistas, sus amigos. Todos le abrazan ahora, porque llega con laureles tan especiales: el laurel de la perseverancia y de la permanencia, el laurel que sobrevivió al agravio, y a veces, al desprecio de los que no entendieron su compromiso con la fe y con la patria. Él que supo defender todas las causas justas, que no le fue ajeno nada humano, él cuya bondad y cuya paternidad fue más allá de ustedes, hermanos queridos, se extendió a cada uno de nosotros.

¿Dónde encontró la fuente de esa verdad, de ese camino, de esa vida realmente eterna? Dos figuras aparecen en el perfil de este hombre. Por orden de jerarquía necesariamente está su sincera, permanente vocación evangélica “yo soy el camino, la verdad y la vida”, dijo el maestro al que siguió devotamente y en cuya fe ha muerto; y José Martí, Apóstol de la independencia de Cuba. Siempre se opuso a que se quitase de los hombros del maestro ese manto de estrellas que bordó la devoción de Cuba, la lealtad de Cuba. Él defendió de calumnia grave al ya mencionado poeta Zenea, usando para ello las leyes de la historia y analizando las circunstancias de su propia vida. Él sintió como propio el dolor descarnado de Heredia, el sufrimiento inmenso de Plácido, el exilio forzado de la Avellaneda. Él sintió como propio todo aquello que nutrió el alma de Cuba, pero particularmente entendió y comprendió la vocación de su maestro con título absoluto, Martí. Por ello, no podremos jamás leer su obra, ni sus discursos, ni su coloquio con cada uno de nosotros, ni su consejo a cada

uno de nosotros, sin recordar que nacía de él, como de fuente pura, esa bondad que, en última instancia, es determinante, porque como base de todas las ideas, de todas la fraternidades, de cualquier fe, está la condición humana, que él la tuvo en grado sumo.

No lloremos, pues, al que se ha ido. La patria hoy le recuerda inclinando su frente. Él, que luchó y levantó su voz por los Cinco que están prisioneros en cárceles distantes; él, que unió su corazón a los que sufren y padecen en cualquier rincón de la América o del mundo; él, que se convirtió, aun ya anciano venerable, sostenido en su bastón, en un caballero de las causas verdaderas, de los nobles empeños y de los sueños. Por eso, al despedir al poeta, al filósofo, al pensador y al maestro, las palabras son pocas y al mismo tiempo serían huecas, serían como dijo una vez otro gran apóstol, como una campana cuyo clamor nadie escucha. No, sintamos la tristeza brevemente. Él nos ha dejado un ejemplo, y no es palabra circunstancial, y no es tampoco palabra del momento, no es tampoco recurso oratorio, es verdad profunda.

Cuba, qué hermoso legado te deja este hijo tuyo que para siempre está en la memoria de su pueblo. ¡Que se lean sus obras! ¡Que la intelectualidad se inspire en su ejemplo! ¡Que tengamos su rectitud, su valentía, su decencia personal, su valor para decir “creo”, su valor para decir “muero por Cuba”, su valor para decir, cuando muchos piensan que ya al ser alguien muy mayor las ideas comienzan a hacerse conservadoras, que en ti padre querido, se hicieron más radicales! Tu pensamiento fue cada día más radical, por eso en tus últimas horas están acompañándote en el sitio donde recibieron ambos, Fina y tú, un último homenaje, en el mismo lugar donde una vez fue velado, y salvado también en gran medida por ti de la calumnia, José Martí y Zayas-Bazán (Ismaelillo), allí en aquel espacio que tanto quisiste, el Centro de Estudios Martianos, la Sociedad Cultural “José Martí”, todo lo que animaste, aun queriendo vender tu propio patrimonio, para que se publicasen libros y obras para los niños que necesitaban de lecturas y de anécdotas, y de historia verdadera; de todo eso hoy podemos decirte, sencillamente, gracias, gracias por tu ejemplo.

Allí junto a tu féretro estaba la corona de Fidel, al que quisiste con entrañable sentimiento. Ya anoche, en las últimas horas, un amigo inesperado llegó para tener el último detalle, para cuidar, en el último momento, a nombre de la patria, el General Presidente. Por eso, con emoción profunda, estas flores que hoy te depositamos, las marchitará el sol, pero jamás se marchitará tu memoria. ■



Triunfos y quebrantos: José Martí, cónsul argentino

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT

El amor a la Argentina, evidente en la copiosa producción periodística de José Martí, es solo comparable al que sentía por México. Intentaremos en esta presentación vincular esta bien conocida vocación de Martí a su proyecto revolucionario y a la decisión del gobierno argentino de designarlo cónsul en la ciudad de Nueva York en 1890, desarrollado en las complejas condiciones del precario equilibrio internacional de sus días, alterado entre otras razones por la amenazadora emergencia del imperialismo estadounidense. Utilizaremos para ello la colección de más de cien documentos aportados por el gobierno argentino a Cuba en 1991, cuyas fotocopias se encuentran en el Centro de Estudios Martianos.

En relación con la Argentina, lo más visible del empeño reformador de la década anterior a 1890 fue la consolidación institucional de la república unificada y la transformación de la sociedad y la economía nacionales. Fue un proceso seguido de cerca por José Martí. Esa es la Argentina que Martí conociera y que lo movió a escribir un crecido número de trabajos periodísticos sobre ese país, que reflejaron su amor por sus grandes héroes, su historia, sus tradiciones, su progreso económico y social, y por la esperanza de que el gran país suramericano pudiera algún día contribuir a la unidad y a la defensa de América Latina contra el asalto imperial, que ya se prefiguraba, por

el control de las riquezas y los mercados del Caribe y de Centro y Suramérica. A los efectos de esta investigación, lo más importante hacia finales de 1889 fue la convocación, bajo el liderazgo del republicano conservador James G. Blaine, de la Conferencia Internacional Americana.

Uno de los puntos más importantes de la Conferencia para Martí, aparte de la intención norteamericana de controlar los mercados, las riquezas naturales de la región, el transporte y el arbitraje, fue el propósito del gobierno norteamericano de lograr que un grupo de países latinoamericanos mediara entre Estados Unidos y España, a fin de lograr que esta le vendiera la colonia cubana. Martí reconoció que para evitarlo fue decisiva la ayuda de la delegación argentina, y en particular de su jefe, Roque Sáenz Peña, seguidor de Julio A. Roca, pero con ideas propias —durante la prolongada Conferencia designado ministro de Relaciones Exteriores—, con quien había intimado mucho más de lo que la documentación sugiere. En noviembre de 1889 Martí escribía a su discípulo, Gonzalo de Quesada: “¿Pues no se ha venido hablando en el paseo,¹ entre los mismos delegados, de la posibilidad y

¹ Martí se refería a la gira organizada por el jefe de la delegación estadounidense por los centros industriales del este de Estados Unidos, que duró semanas.

conveniencia de anexar a Cuba a los Estados Unidos? [...] Pero el Señor Sáenz Peña sabe pensar por sí, y es de tierra independiente y decorosa. El verá, y sabrá lo que hace".² Se percibe la confianza que en poco tiempo Sáenz Peña, hombre brillante y elocuente, se ganó en José Martí.

En definitiva, a la derrota de casi todos los planes de Estados Unidos también contribuyó el propio Martí con su vigorosa y persuasiva campaña periodística. Poco antes de las fiestas navideñas de diciembre de 1889, Martí le escribió a Gonzalo de Quesada sus impresiones de los primeros dos meses de debates: "En las cosas de la Conferencia, veo con júbilo que la Argentina crece en autoridad. Pero ¿no nota Vd. que está como vencida de antemano, y como rodeada, en las únicas comisiones trascendentales de la Conferencia? [...]" En cuanto a Brasil: "[...] puede rebelarse francamente contra su único mercado, y después de los agasajos de Henderson?"³ Aun antes del golpe de Estado en Brasil, que llevara al poder al general Deodoro de Fonseca, Martí confirmaba cómo la dependencia económica brasileña de los Estados Unidos condicionaba su política exterior hasta el punto de llevarlo a establecer una alianza estratégica con el imperio emergente y a la división consiguiente de la América Latina.

En ese momento, el Apóstol se enfrentaba a otras agresiones potenciales, estrechamente relacionadas con la Conferencia. Una de ellas era la actividad expansionista del grupo conservador del Partido Republicano, dirigida por James G. Blaine, que apoyaba la visión estratégica del contralmirante Alfred Thayer Mahan, dada a conocer a partir de entonces en varias publicaciones nacionales, acerca de la expansión norteamericana hacia América Central, el Caribe y después Suramérica y el Pacífico, por la vía de un canal interoceánico en Panamá o Nicaragua, lo que presuponía la "necesidad" previa de "controlar" sus aproximaciones en Cuba y Puerto Rico. A fin de cuentas, de regreso a Buenos Aires en junio de 1890, Roque Sáenz Peña fue nombrado ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, y el 24 de julio propuso y logró la aprobación de Martí como cónsul argentino en Nueva York. Menos de un mes después, Sáenz Peña renunció a su cargo.

Para contrarrestar las crecientes actividades de los conservadores republicanos, en agosto de 1890, cuando ya hacía un mes que era cónsul de tres países suramericanos, en Nueva York, Martí viajó al parque Crepúsculo, en las montañas Catskill, para reunirse con los influyentes intelectuales del Club Crepúsculo de esa ciudad, cuya variada membresía incluía poderosos empresarios estadounidenses, políticos, periodistas, militares y grandes escritores, como Mark Twain, Walt Whitman, John Burroughs, periodistas como el marxista John Swinton, y el dirigente obrero Vincent Terence Powderly, firmemente opuestos al curso imperial de Estados Unidos. En octubre, Martí pronunció un viril discurso contra el expansionismo estadounidense durante una cena de ochenta comensales del Club y fue aclamado. En diciembre del propio año recibió su certificado como miembro pleno del Club citado. La huella de Martí en esa influyente institución fue profunda. Un año después de su muerte sus directores, a nombre de todos sus miembros reunidos, en una declaración sin precedentes, solicitaron al gobierno norteamericano que reconociera la beligerancia del pueblo cubano en su prolongada lucha contra el colonialismo español.

A pesar de los obstáculos y dificultades, el año de su consulado argentino, uruguayo y paraguayo transcurrió para Martí sin mayores contingencias, hasta que las exigencias de su liderazgo revolucionario y la aceleración de los preparativos para el inicio de la "guerra necesaria" le obligaron a hacer uso de la palabra el 10 de octubre de 1891 ante los emigrados cubanos, catorce meses después de su designación consular, como había hecho en no menos de seis ocasiones anteriores, en conmemoración de esa efeméride patriótica.

La legación española lo había caracterizado como uno de los miembros más prominentes del Club Los Independientes.⁴ De manera que cuando se dirigió a los cubanos de la ciudad en la fecha patria del 10 de octubre de 1891, es evidente que la representación hispana había preparado una acción diplomática a fin de lograr la salida de Martí de su cargo.

El 8 de octubre, dos días antes de que Martí hablara, cuatro ciudadanos españoles se dirigieron al periódico integrista *Las Novedades* con una supuesta "protesta" en la que se quejaban de la posición asumida por el "cónsul de Argentina", que incitaba a la revolución contra España. El guión preparado por

² José Martí, Carta a Gonzalo de Quesada, [New York] noviembre 12 de 1889, en *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 6, p. 121.

³ J. Martí, Carta a Gonzalo de Quesada, [New York], sábado 14 de diciembre de 1889, en ob. cit. pp. 127-128.

⁴ Puede consultarse Ibrahim Hidalgo Paz, *José Martí 1853-1895. Cronología*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2003.

la legación española preveía que el documento fuera publicado el 10 de octubre, día en que Martí hablaría en Hardman Hall. Las palabras que Martí pronunció no faltaron al decoro de España; habían sido expresadas en una ocasión patriótica ya tradicional, aunque en su contenido podía percibirse la inminencia del intento independentista.

Pero si se toma como referencia el texto del 10 de octubre de 1890, a poco de haber sido nombrado Martí cónsul, y se compara con el de 1891, se verá que en esta ocasión las diferencias no justificaban una medida como la protesta diplomática española. Por qué se aplicó en 1891 y no antes, es otra interrogante que probablemente nos obligaría al estudio minucioso de la política exterior de Argentina, envuelta en ese momento en cruciales negociaciones con Brasil y Chile por el territorio de Misiones y la Patagonia, respectivamente,⁵ con su concomitante peligro de guerra.

De parte de España la hipótesis más razonable es que la queja contra Martí se proponía congelar el creciente interés de algunos políticos argentinos, e incluso norteamericanos, por Cuba revolucionaria y promover su desarme político. Al día siguiente, 11 de octubre, informado de la acción española y convencido de las intenciones del gobierno peninsular, Martí logró enviar, a pesar de encontrarse enfermo, un telegrama al ministro Vicente G. Quesada comprometiéndose a su renuncia formal al día siguiente.⁶ El gesto se proponía tranquilizar a la legación argentina y atenuar cualquier inconveniencia política para ese país. La práctica usual en estos casos es que el jefe de misión, salvo hechos de máxima urgencia, consulte al Ministerio de Relaciones Exteriores y por su conducto al Poder Ejecutivo Nacional, que es el que nombra al cónsul, acompañando un informe solicitado al funcionario concernido con los antecedentes de los hechos y criterios al respecto, al tiempo

que solicita instrucciones. Sorprende, sin embargo, la celeridad con que Quesada pasó a una actividad cada vez más agresiva y precipitada, no contra los provocadores españoles, sino contra Martí.

Exasperado, el 17 de octubre, Quesada escribe al vicecónsul, Félix L. de Castro, un cubano que trabajaba bajo las órdenes de Martí. Le informa que José Martí prometió mandarle su renuncia al día siguiente y no lo había hecho, de lo que había dado cuenta a su gobierno y le pide se dirija a Martí advirtiéndole que podía ser destituido.

En realidad, la situación no era tan grave y la "gestión entablada" no pasaba de una conversación amable que tuvo lugar el 14 de octubre entre dos diplomáticos profesionales que ya se conocían desde hacía tiempo. Martí, enfermo, no escribió la nota formal de la renuncia hasta precisamente ese 17 de octubre, seis días después de haberla prometido. El peligro de manipulación de su renuncia "demorada" era real. En buen castizo, "exonerar" del cargo, como advierte el jefe de la misión argentina al vicecónsul en la nota referida, suponía destituirlo, de hecho agredir a la revolución cubana. Cualquiera con alguna experiencia consular comprende que es excesivamente ofensivo comunicar a un vicecónsul una amenaza de posible destitución de su jefe a apenas cinco días de haberse publicado en un periódico español una protesta de cuatro supuestos ciudadanos españoles. Esto lo hizo Quesada sin tener una idea de primera mano de lo que Martí había dicho el 10 de octubre y sin siquiera solicitar primero su opinión. De hecho, el discurso de Martí en Hardman Hall no figura en la amplia documentación que el jefe de misión argentino envió a Buenos Aires.

En otras palabras, el jefe de misión argentino intentaba apaciguar a España, sin saber apenas lo que Martí en realidad había hecho y dicho el 10 de octubre. Del contenido real del discurso de Martí, ni el periódico español, ni la legación de España podían decir en ese momento una palabra, porque el mensaje que apareciera en el periódico *Las Novedades* está fechado un 8 de octubre, es decir, dos días antes de que Martí hablara, cuando se desconocía absolutamente lo que Martí se proponía decir y dijo ese día. Si el gobierno argentino hubiera deseado defender a su alto funcionario consular en Nueva York, le habría bastado señalar ese y otros errores gruesos de la legación española para fundamentar la hipótesis de una celada, por demás burda, contra Martí. Pero ello habría suscitado fricciones políticas consideradas inconvenientes en ese momento.

⁵ Véase el artículo del *New York Herald*, al parecer erróneamente fechado por Vicente G. Quesada el 9 de octubre de 1891, anexo a la nota del jefe de misión argentino del 20 del propio mes, que acompaña la documentación donada por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de Argentina acerca de la renuncia de José Martí.

⁶ Véase a continuación el texto brevísimo de su mensaje anterior: WESTERN UNION RECEIVED at 114 Conn. Ave. Oct 11 1891 Dated New York 11 OCT To Vicente G. Quesada 1822 Jefferson Place "Háblame articulo novedades sobre cubano incompatible cónsul renuncio mañana consulado argentino ante usted su amigo enfermo cariñoso, José Martí". (Tomado del expediente del caso. Aporte del Ministerio de relaciones Exteriores de Argentina.) (Se ha respetado la ortografía del documento. N. de la E.)

De cualquier manera, el 17 de octubre, Martí envió al jefe de misión argentino su renuncia formal, en su habitual alto relieve ético y literario. Conviene leerla íntegramente:

Tengo la honra de dirigirme a V. E. para ratificar, en testimonio de mi respeto y agradecimiento a la República Argentina, la renuncia del cargo de Cónsul argentino en esta ciudad que ansioso de evitar comentario alguno contra aquel agradecimiento y respeto, envié a V. E. por telégrafo el día 11.

Como el premio más honroso a mi cariño vigilante por los pueblos de mi raza en América, recibí y procuré justificar en su desempeño, el nombramiento, ni directa ni indirectamente solicitado y por eso mismo más halagador de Cónsul argentino en Nueva York. Pero se me dice que un periódico español en esta ciudad ha publicado un artículo en que intenta hallar incompatibilidad entre mi nacimiento de cubano, que me obliga a luchar por obtener para mi patria lo mismo que los padres de la patria argentina obtuvieron a su hora para su país, y mi carácter de Cónsul de la República en New York. Y como añade el periódico, a lo que se me dice, que pudiera mi permanencia en este puesto provocar un conflicto entre el país que me honró con él y la Monarquía de la Península, ni por un momento puedo consentir en continuar, por honrosa que ella me sea, en una situación por donde viniera ya a pagar con una controversia ingrata una distinción de tanto valer para mí, que contaré siempre entre las más caras y lisonjeras de mi vida.

Ruego a V. E. se sirva ordenar al señor Vicecónsul, se haga cargo del Consulado que renuncio, y creer que si en mi persona desaparece el Cónsul Argentino en New York, queda en mí siempre para la República Argentina un hijo agradecido.⁷

Normalmente la decisión final de las autoridades gubernamentales le era transmitida al interesado después de un proceso que podía demorar semanas, dado el lento sistema de comunicaciones de aquellos días. Nada de eso se hizo en el caso de Martí. El 19 de octubre el vicecónsul confirmaba a Quesada que había hecho llegar su carta a Martí y que este se había presentado en el consulado, desde donde le había reiterado su renuncia y se la había remitido ese día.

El propio 17 de octubre, cuando probablemente ya estaba en su poder la renuncia de Martí, Quesada insistía en sus comentarios nada constructivos sobre él al ministro de Relaciones Exteriores. Se quejaba de que Martí, "se dice", había pronunciado discursos a

favor de la revolución cubana. Comentando la enfermedad de Martí, añadía:

Paréceme que, no hay enfermedad que impida enviar una renuncia para evitar tal vez la destitución, pues la reclamación de la Legación de España y la gestión que hará el Gabinete de Madrid, pondrán a V. E. en el caso de resolver en justicia.⁸

Queda palmariamente aclarado por lo que afirma Quesada, que el 17 de octubre, cuando actuaba para producir la renuncia de Martí, no tenía en su poder una versión de su discurso, al referirse a las palabras que, "se dice, pronunció contra el gobierno español". Es igualmente evidente, por otra parte, que Quesada remitió a Buenos Aires el informe que antecede en el momento menos propicio, cuando se realizaba un cambio de la guardia ministerial en Buenos Aires. En lo adelante, tendría que dirigirse al Dr. Estanislao Zeballos, abogado, jurisconsulto, político formado en el principio de una Argentina poderosa, ingeniero, ensayista y veterano ministro de Relaciones Exteriores (1889-1890), con quien ya se había tropezado antes con pésimas experiencias. Una observación adicional a un incidente exagerado con todo propósito: entre las varias diferencias del Ministerio y la legación había una coincidencia que subyacía en ambos. Se percibe claramente que, en la escala de prioridades políticas, las relaciones con España, por las razones ya expuestas, pesaban más que una futura revolución en Cuba. No interesaban, pues, los hechos, sino impedir que las relaciones se afectaran por el incidente. Está claro que tenía lugar el gradual acercamiento de la Argentina a España y a Europa, a medida que se intensificaba el peligro intervencionista norteamericano en el Caribe y el istmo.

En fin, en nota fechada el 22 de octubre, el vicecónsul Félix L. de Castro pudo informar al ministro plenipotenciario en Washington que todas las formalidades de la entrega del consulado habían concluido. Pero Quesada, que no había recibido aún la opinión del Poder Ejecutivo de su país sobre la renuncia de Martí, mantuvo sus comentarios críticos sobre este en sus notas fechadas los días 20, 21 y 22 de octubre de 1891.

Conviene aclarar, al llegar a este punto, que es interesante que Guanes, el ministro plenipotenciario español, en su entrevista del 14 de octubre, protestara también por los "ataques" a España de Gonzalo de Quesada, que desde febrero de ese año había renun-

⁷ J. Martí, fragmento de carta a Vicente G. Quesada, ministro de Argentina en Washington, 18 de octubre de 1891, en ob. cit., t. 1, pp. 156-257.

⁸ Este importante documento no fue incluido entre los presentados en la revista *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, no. 14, La Habana, 1991, p. 260.

ciado a su cargo de cónsul en la ciudad de Filadelfia. El jefe de misión argentino, obsequioso, reveló que Gonzalo de Quesada hacía meses había presentado su dimisión "por cuya aceptación había últimamente insistido" él. Que el ministro argentino se sintiera obligado a informar al diplomático español que el incidente de Gonzalo de Quesada se había resuelto porque él lo había presionado para que renunciara, fue una iniciativa personal injustificada y una concesión innecesaria, pues revelaba disensiones internas que solo favorecían la labor de la legación española. La acción era inaceptable, pero fue tolerada por la dirección del Ministerio de Relaciones Exteriores argentino. Ese aserto seguramente le granjeó la simpatía del diplomático español, al colocarlo frente a Martí y del lado suyo, pero a costa de la imagen de la diplomacia argentina.

Lo que realmente se echa de menos en la entrevista es algún cuestionamiento del ministro argentino sobre la puesta en escena de la legación española; alguna preocupación por los puntos oscuros del guión grotesco detrás del incidente de José Martí, que no era un cónsul más, sino en la práctica el cónsul general de la República Argentina en Estados Unidos. Evidentemente el resultado neto de la acción diplomática fue un éxito de España frente a la diplomacia argentina y a la revolución cubana, a lo que se añade la aquiescencia ante las acusaciones, conscientes o inconscientes, del ministro plenipotenciario de la nación suramericana.

No es la precedente una conclusión, por demás obvia, del autor de estas líneas, sino la propia valoración del gobierno español. Así, en nota fechada el 27 de diciembre de 1891, la legación de España en Washington hace saber al ministro plenipotenciario argentino:

El Excmo. Señor Ministro de Estado, en Real Orden de fecha 9 del corriente mes, dice a esta Legación de S. M., lo siguiente:

"Me he enterado con interés del despacho de V. E. de 20 de Octubre último, en que da cuenta del resultado satisfactorio que han tenido las conferencias con el Ministro Plenipotenciario de la República Argentina, en esa Capital, obteniendo que renunciaran a los puestos consulares que desempeñaban los Sres. Martí y Gonzalo [de] Quesada. Encargó a V. E. de las más expresivas gracias a dicho Señor Ministro por esa prueba de deferencia y amistad hacia España, que el Gobierno de S. M. agradece sinceramente."

Al tener la honra de comunicar a V. E. lo que antecede, le ruego se sirva aceptar, a la vez, los sentimientos de cordial gratitud de esta Legación de S. M. por el

solicito interés con que acogió los deseos de la misma en el asunto a que hace referencia la preinserta Real Orden.⁹

Así, Vicente G. Quesada tuvo motivos para sentirse satisfecho. El éxito de España era también suyo: el incidente había sido zanjado con el sacrificio de José Martí, y así le fue reconocido por su gobierno, que después de concluida su misión en Estados Unidos y México lo propuso al gobierno de España como jefe de la misión argentina en Madrid, proposición que Madrid debió recibir complacido. En definitiva, el decreto del Poder Ejecutivo tranquilizó a Quesada y puso fin al incidente consular de Martí. Para el líder cubano la lección era clara: muy poco o nada podía esperar la revolución cubana del gobierno argentino. La Guerra de Independencia y la intervención estadounidense en Cuba demostraron hasta qué punto esa conclusión fue acertada. Es sin duda una necesidad histórica conocer qué pensaba Martí de todo lo acontecido, más allá de los escritos e informes consulares.

Claro que Martí no podía permanecer al margen de los acontecimientos en ese estado de postración física e intelectual, y se dirigió a Vicente G. Quesada en una carta privada fechada el 19 de octubre de 1891, después de presentada dos días antes su renuncia formal. Ya había tenido tiempo de leer y evaluar la carta personal que el ministro argentino le escribiera y que no hemos hallado.

El texto que a continuación presentamos no forma parte del grupo de documentos que el Ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina aportara en 1991, sino que se encuentra entre las cartas del *Epistolario* de José Martí. Se trata del fragmento principal de la misiva, fechada exactamente el 19 de octubre, seguramente copiada y preservada por Martí para constancia personal. El fragmento, cuyos puntos sobresalientes reproducimos a continuación, carece de encabezamiento y despedida:

[...] por el deseo de no mandarle la renuncia escueta, sino con carta tranquila y minuciosa—dejé sin abrir la generosa carta de usted del jueves, hasta hoy lunes 19 a las doce del día, en cuya hora rompí el sobre delante del señor Castro. [...] Y hartos sabe que no son estas temporalidades, que van y vienen, es lo otro, lo que no se puede decir. Rebasaré: ¡una empresa grande me da

⁹ Esta nota verbal, cuya fotocopia del original se encuentra en la Biblioteca de Centro de Estudios Martianos, es la única desconocida que se recibiera entre las donadas en junio de 2009 por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina.

fuerzas para rebasar! [...] Pero sabe por Batres¹⁰ cuán mal he estado y estoy [...] ¿No me conoce bastante para saber que un hombre como yo no cede un átomo a su honor por ningún beneficio humano? ¿Cómo sabe todo el mundo en Nueva York, y lo han escrito en periódicos, y lo ha dicho el telégrafo, que he renunciado? [...] Y pudo usted un instante suponer de mí que, por cualquier condición que fuese, había yo de poner, ni a usted, a quien quiero como sabe—ni a la Argentina en que esa distinción se hizo de mí, en el menor desagrado por mi causa? [...] ¹¹

¿Puede dudar, quien lea esa carta, que está ante un hombre de una humanidad excepcional? Alguien como Quesada, ensayista y poeta, tal vez haya vertido una lágrima discreta ante esas líneas de profundo sentido humano. En definitiva, Martí acepta haber demorado la renuncia. Una de las vertientes del carácter del ministro argentino era ciertamente la del creador literario, pero la otra era la de un astuto veterano del servicio exterior de su país, en el que la lucha despiadada por el reconocimiento y los privilegios entre los hijos de la oligarquía terrateniente eran muy frecuentes, y en esos círculos no se perdía tiempo llorando a las bajas. No era ese, ciertamente, un ambiente grato para Martí, aunque la experiencia vivida le enseñó que a veces la virtud no alcanza a vencer la ambición de los políticos profesionales del país que había servido con dedicación y lealtad.

El investigador tropieza, por otra parte, en la lectura del documento precedente, con interrogantes a las que no se ha hallado respuesta, en algunos casos por lo intrincado del estilo, que evidencia, como el propio Martí manifestara, una aguda tensión interior. En otras ocasiones Martí alude a asuntos desconocidos para los que en la actualidad no hay sustentación documental y que solo admiten conjeturas e hipótesis. Por ejemplo, Martí escribe que su preocupación no “son estas temporalidades, que van y vienen, es lo otro, lo que no se puede decir”. Es decir, Martí plantea que no eran las intrigas del incidente lo que le preocupaba, sino lo que no podía decirse. ¿Qué sería? ¿Sería acaso algún acuerdo político incumplido o a punto de incumplirse, de los que no se ponen por escrito, con Sáenz Peña?

En verdad, los asuntos de importancia capital para España —la gestación e inevitable inicio de la Guerra de Independencia de 1895, y la intervención de Es-

tados Unidos en Cuba en 1898— no eran temas que los círculos gobernantes argentinos, con la posible excepción de Roque Sáenz Peña y un grupo pequeño de seguidores, percibían como de importancia suficiente para figurar en la agenda internacional priorizada del país austral, por lo menos hasta la intervención de Estados Unidos en el conflicto. Hubo en las filas de los políticos en el poder cierta simpatía por Cuba, en buena cuenta resultado del talento periodístico de Martí, más que compensada por la influencia política y económica de la numerosa y creciente inmigración española, y los intereses inversionistas y comerciales peninsulares. La consecuencia de este complejo contexto argentino fue la estricta neutralidad del gobierno y la completa ausencia de posicionamientos políticos públicos a favor o en contra de los contendientes, cubanos y españoles, considerados miembros de una familia de iguales tradiciones culturales e históricas, pero preocupados manifiestamente por la probabilidad de una intervención de Estados Unidos en el conflicto, dado el peligro que ello podía suponer para las aspiraciones internacionales de Argentina y su propia supervivencia como nación independiente.

Es opinión del autor que esta realidad se haya reflejado en la exigida renuncia de José Martí en el incidente provocado por la legación española en Washington. Y también puede ser la causa de su dolor manifiesto al dirigirse al jefe de la misión argentina en Washington, patente en sus palabras ya citadas sobre “lo que no se puede decir”: los indicios de una posición argentina que evolucionaba en contra de los intereses revolucionarios cubanos. Se argumentará que no existen los documentos probatorios de la hipótesis de un entendimiento confidencial previo entre Martí y Roque Sáenz Peña, que parecía extinguirse. Es cierto. Pero de otra manera carecería de lógica elemental la designación de un escritor y revolucionario cubano, que preparaba a su pueblo para la lucha por la independencia y que era además un intelectual de méritos excepcionales de los que nadie dudaba, como cónsul a cargo del consulado general de la República Argentina en Nueva York. Y que, además, este aceptara el nombramiento sin un entendimiento previo en lo relativo a las condiciones en que desempeñaría un cargo, que no había solicitado.

Lo que está fuera de toda duda es que el 19 de octubre, fecha en que días más o menos recibió la carta personal de Martí, el ministro plenipotenciario argentino se sintió obligado a aceptarla él, no su Ministerio, y con ello se disipó su amenaza inicial de destitución.

¹⁰ Antonio Batres Jáuregui, ministro de Guatemala en Washington.

¹¹ J. Martí, *Epistolario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, t. II 1888-1891, 1993.

È inmediatamente después de zanjado el incidente consular, Martí, con la visión clara de que nada podía esperar de la política argentina,¹² se entregó enteramente al objetivo central de su existencia: la independencia de Cuba. La legación de la República Oriental de Uruguay retuvo su dimisión, hasta que Martí insistió en su aceptación en marzo de 1892. La emigración cubana le confirmó su confianza y el 7 de noviembre los intelectuales latinoamericanos en la Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York rehusaron aceptar su dimisión, hasta que tuvo que ratificarla irrevocablemente, para poder continuar con paso firme hacia la gloria de su destino en los campos de Cuba.

Conviene, al llegar a este punto, presentar un breve resumen que puede facilitar la comprensión y futuras investigaciones complementarias.

1. Los grupos de poder argentinos, dentro y fuera del gobierno, preveían que la cercana guerra de independencia de Cuba daría lugar a una intervención del gobierno estadounidense que conduciría a la humillación de España y no conseguiría la independencia de Cuba. Estados Unidos alcanzaría sus objetivos de controlar el Caribe, aproximación ideal para la seguridad del istmo y del Canal de Panamá o de Nicaragua. A partir del istmo se esperaba la continuación de la expansión estadounidense hacia Suramérica. Martí hizo cuanto pudo por llamar la atención del gobierno argentino hacia esa posibilidad, que, de haber sido aceptada, habría incorporado a Cuba a la estrategia defensiva de Argentina frente a la expansión estadounidense. Por eso afirmaba:

[...] los vecinos de habla inglesa [Estados Unidos] codician la clave [Cuba] de las Antillas para cerrar con ellas todo el Norte por el istmo, y apretar luego con todo ese peso por el Sur. Si quiere libertad nuestra América, ayude a hacer libres a Cuba y Puerto Rico.¹³

2. La documentación diplomática bonaerense, principalmente los informes políticos de Vicente G. Quesada, ministro plenipotenciario de Argentina

en Washington, indica cierta inquietud por la creación de una nueva área de influencia norteamericana en el Caribe, potencialmente peligrosa para la Argentina.

3. Esa inquietud se sustenta en las manifestaciones públicas de los políticos y estrategas navales norteamericanos, en particular, del contralmirante Alfred Thayer Mahan, que en los años 1889-1890 anticipaba la necesidad de controlar a Cuba, Puerto Rico, República Dominicana y Haití. Jamaica entraba en los cálculos pero era una complicación adicional porque podría provocar una guerra con Inglaterra. Con ello se garantizaría la seguridad en el Paso de los Vientos para la construcción posterior de un canal interoceánico que permitiría el tránsito rápido de las flotas del Pacífico y el Atlántico, entre las dos vertientes oceánicas, y el flujo de la producción desde los centros industriales del nordeste y centro del país hacia los grandes mercados asiáticos, pues los vastos territorios del Oeste estaban aún subdesarrollados e insuficientemente comunicados con la costa del Pacífico.
4. Martí, que conocía ese proyecto expansionista, concluyó que con la independencia de Cuba y Puerto Rico se podían detener o demorar los planes estratégicos norteamericanos, contando con el apoyo de algunos países hispanoamericanos, particularmente de Argentina, y de algunas de las grandes potencias europeas, sobre todo de Inglaterra y Alemania, con intereses contrarios a los norteamericanos en el Caribe, Centro y Suramérica, y el Pacífico. Hombres como Roque Sáenz Peña y algunos de sus seguidores llegaron a considerar factibles las reflexiones estratégicas de Martí, pero evolucionaron posteriormente hacia la posición de que la guerra liberadora de los cubanos, aunque justa, era "inoportuna", pues daría lugar a la intervención estadounidense, que sería el inicio del proyecto expansionista norteamericano. Por eso incluso el gobierno argentino no tuvo escrúpulos en vender armas a España durante la guerra del 95 y no reconoció la beligerancia del pueblo cubano.
5. El ambiente que prevalecía en el servicio exterior argentino en los días en que Martí fungió como cónsul general argentino, era desalentador. A ello contribuía la compleja personalidad de Vicente G. Quesada, cuya caracterización más aproximada incluye, aparte de su reconocido talento e inteligencia, su amistad con el influyente Julio A. Roca y la confianza que este tenía en él, realidad

¹² La necesidad de proceder con urgencia a la modernización del armamento de las tropas españolas, sobre todo en Melilla, y el Caribe, originó la importación de 10 000 fusiles y 5 000 carabinas Mauser del modelo 1891, fabricados en la Argentina bajo licencia, que su gobierno aceptó exportar a España, con lo que también estos modelos pasaron a formar parte del armamento del Ejército español, primeramente en Melilla, y posteriormente en Cuba, durante la Guerra de 1895. Por otra parte, Argentina estuvo entre los países que no reconocieron la beligerancia del pueblo cubano.

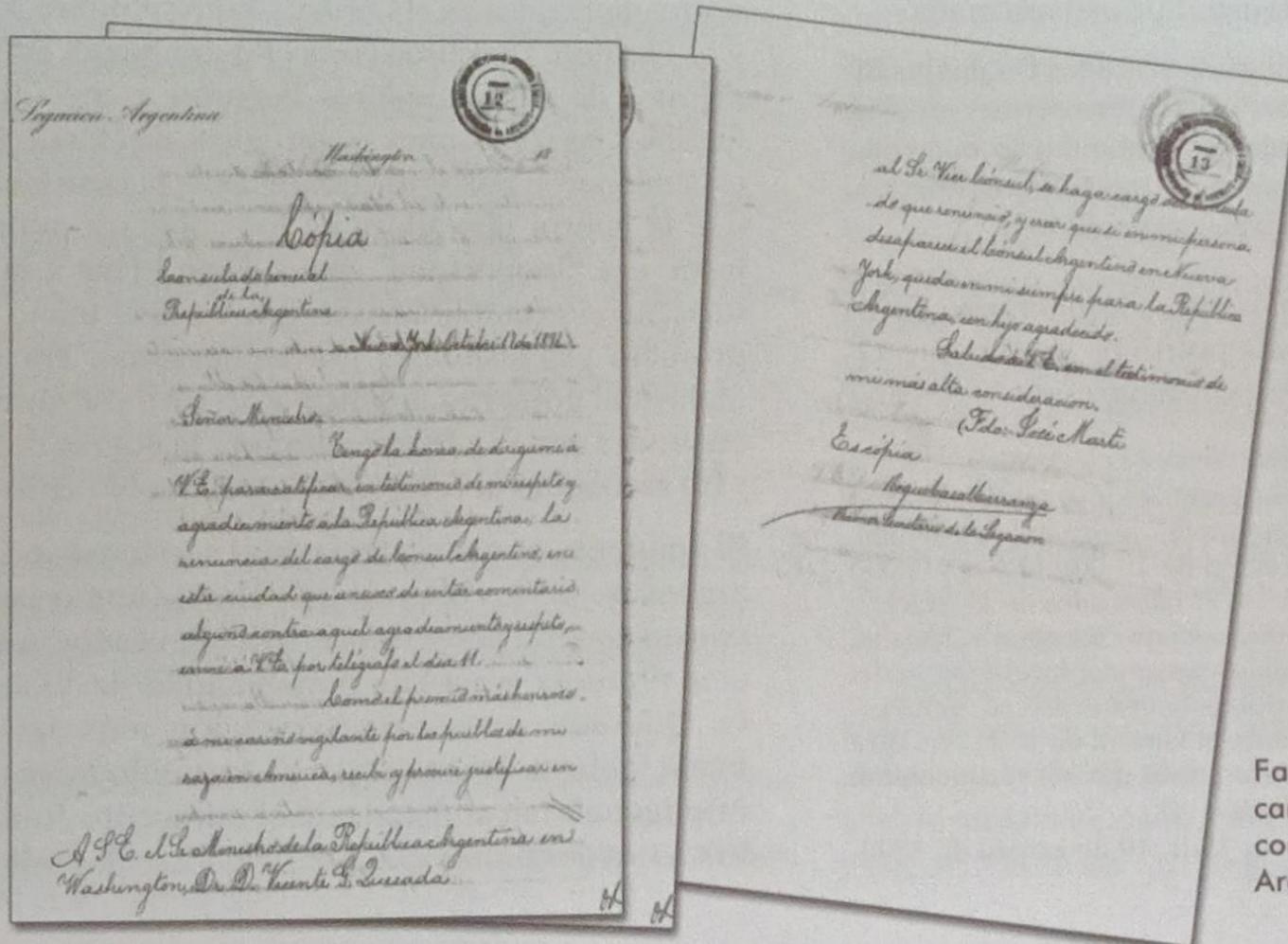
¹³ J. Martí, periódico *Patria*, Nueva York, 19 de agosto de 1893, en *Obras completas*, t. 2, p. 373.

que lo hacía un funcionario difícil de someter a la disciplina ministerial. La documentación revela problemas entre Quesada y los sucesivos ministros de relaciones exteriores de su país. Uno de ellos era el de jurisdicción y los privilegios que él como jefe de misión se atribuía para destituir, demover y proponer candidatos al servicio exterior. Tanto Gonzalo de Quesada como José Martí fueron víctimas de esas deformaciones burocráticas. Pero no fueron esos los conflictos decisivos en la renuncia de Martí, sino el curso de la política exterior argentina, que, ante el peligro estadounidense, se inclinó cada vez más marcadamente hacia Europa y España.

6. Dos eventos suscitaron en 1898 el interés de los centros de poder argentinos: las declaraciones públicas en varios de los grandes periódicos estadounidenses del senador John Tyler Morgan, uno de los más famosos racistas del Congreso norteamericano, y furibundo partidario del expansionismo yanqui, acerca de la eventual anexión de todo el hemisferio a Estados Unidos, y una reacción escuálida y no bien dirigida de la Argentina para convocar a un Congreso de Repúblicas Hispanoamericanas, que nunca llegó a cobrar cuerpo, a fin de enfrentar el peligro de la expansión estadounidense.
7. A pesar de las previsiones de José Martí y Roque Sáenz Peña, la realidad es que nunca se materializó el interés manifiesto del gobierno argentino

de crear un frente de unidad hispanoamericana como estrategia preventiva ante el avance de Estados Unidos sobre todo el sur del continente. Los centros de poder argentinos, en el gobierno y fuera de él, optaron por mantener, y de hecho fortalecer, los vínculos inmigratorios, económicos y culturales con Europa, España incluida. Rechazaron las aproximaciones panamericanistas de Estados Unidos, pero también los llamados a la unidad hispanoamericana de Martí.

8. En la documentación consultada no aparecieron notas, cartas, instrucciones u orientaciones que permitan afirmar que existió en algún momento la voluntad política en la diplomacia argentina de avanzar hacia la unión política con Hispanoamérica, a pesar del poder persuasivo de Martí y de una porción importante de la prensa más progresista y de la intelectualidad argentina.
9. Una conclusión postrera: la guerra del 95 se inició lastrada con la división profunda de América Latina. Los dos países mayores de Suramérica, Argentina y Brasil, siempre alentados por Estados Unidos, se vieron envueltos en un diferendo territorial en Misiones, con peligro de guerra. Argentina se negaba a la unión de la América hispana considerada inútil para enfrentar la agresividad expansiva norteamericana; Brasil, ya república, insistía en una alianza estratégica con Estados Unidos. La historia dio su veredicto, finalmente, entrado el siglo XXI. ■



Facsimil de una copia de la carta de renuncia de José Martí como cónsul de la República de Argentina.

Décimas en *Amor con amor se paga*. Estructura y lenguaje

ANTONIO GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ

Amor con amor se paga, de José Martí Pérez (1853-1895) es un gran romance lírico tratado en función del hecho dramático, que incluye dieciséis décimas. El antecedente más lejano de una pieza teatral cubana que incorpore esta estrofa, se encuentra en la comedia *El príncipe jardinero y fingido Cloridano*, de Santiago de Pita (1693?-1755). Aunque en esta obra se desmiembra la décima de acuerdo con los parlamentos, nunca se parte el verso para que dentro del octosílabo hable más de un personaje, lo cual sí realiza Martí para explotar al máximo las posibilidades expresivas del discurso. Ya desde los inicios este procedimiento es manejado por el autor:

Ella. (*Con interés mal disimulado.*) ¡Qué, amáis!

Él. (*Con intención.*) ¡Sí, amo!

Ella. (*Abandonando precipitadamente la idea.*)
Dejad

Inoportunas querellas

Que os distraerían... (p. 109.)¹

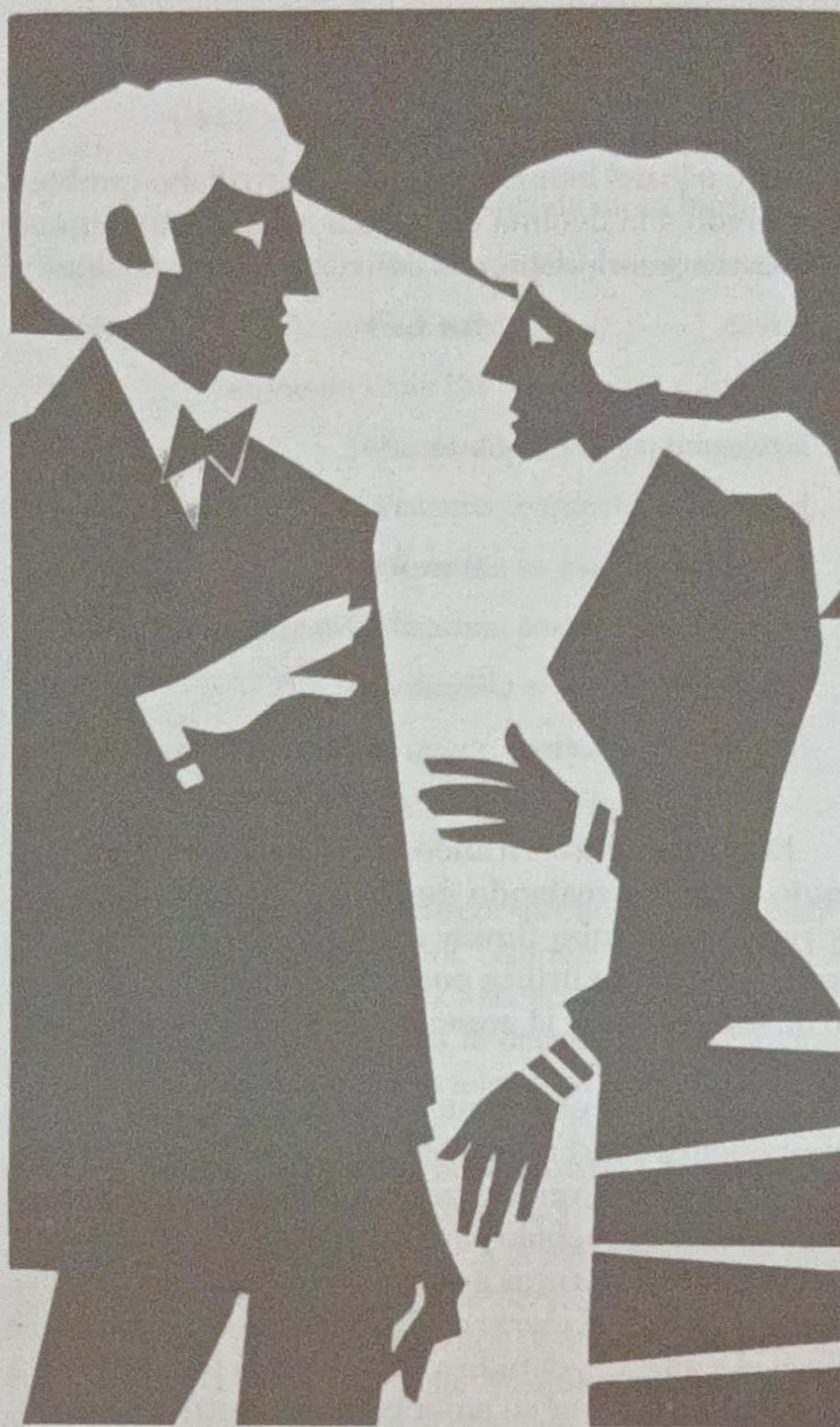
Aquí hemos visto como el octosílabo es fragmentado en tres: "¡Qué, amáis! / ¡Sí, amo! / Dejad". Acto seguido, complica más la estructura al encabalgár el verso, solución para llegar a la métrica del octosílabo y adecuarlo al tránsito de la idea:

Él. Y ¿a vos

No?

Ella. (*Sonriendo.*) Tal vez me distrajeran.
(p. 109.)

En este estudio he precisado que, a lo largo de los seiscientos veintitrés versos que componen el "acto único", existen cuarenta y tres octosílabos partidos, de los cuales treinta y uno presentan un hemistiquio a partir de la cuarta (17) o la tercera sílaba (14). Esto permite que el ritmo poético no sufra mayores afectaciones. Incluso hay zonas completas en las que el



verso se fracciona justo al medio en varias ocasiones y de forma consecutiva.

Ella. (Su nobleza,

El ánimo me cautiva,

Y la voluntad me prenda.)

Él. Otro refrán. (4)

Ella. ¿Otro? Mira

Con quién andas... (4)

¹ Todas las citas han sido tomadas de José Martí, "Amor con amor se paga", *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 18. Señalo entre paréntesis el número de la página.

- Él. Es conseja
Harto vulgar. (4)
- Ella. El que a hierro (p. 114.)

Y en ese momento cambia la partición del verso dejando solo el término "mata" para reforzar el concepto "muerte":

- Mata...
- Él. Por el hierro muera. (p. 114.)

Este uso del hemistiquio en el octosílabo también es llevado a la décima en la cual alterna, fundamentalmente, combinaciones de tres a cuatro sílabas:

- Teresa. Por sueño... (3)
- Julián. ¡El alma enamora!
- Teresa. Por encanto... (4)
- Julián. ¡Azul parece!
- Teresa. Por estrella... (4)
- Julián. ¡No anochece!
- Teresa. Y por sol... (3)
- Julián. ¡Alumbra y dora!
(p. 119.)

El tratamiento rítmico con el uso del hemistiquio lo va intercalando junto con décimas, puentes y redondillas, que fluyen con el ritmo clásico; este rompimiento lo utiliza como resorte para mantener o quizás recobrar la atención de algún oyente entretenido.

Al combinar el romance con la décima, se logran mutaciones e intermitencias que, sin variar el metro, permiten incentivar los mecanismos de comunicación en un texto concebido para ser escuchado en el teatro más que para lecturas gráficas. Esta intención del autor se explicita al cierre de la décima dieciséis cuando pasa al romance, debido a que el juego ha terminado y "Él" va a declarar su amor en serio. Entre décimas y romance el autor acota: "(Cambiando bruscamente de tono.)" (p. 121.)

No limitaremos nuestro estudio deteniéndonos en análisis dialogísticos sino, muy por el contrario, más que a lo dramático, nos remitiremos a valores poéticos específicos. Aunque el tono dialógico es natural que aparezca en la obra, debemos observar cómo el autor se aleja de este cuando se apropia del lenguaje de la poesía, en circunstancias tales que permiten a la imagen poética transgredir los límites que el concepto trata de imponerle. La relación idea-imagen

no queda textualizada en esos límites, sino que es la imagen la que abarca y contiene la idea para desbordarla, brindando posibilidades al receptor de crear su propia imagen en las disímiles lecturas que esta le propone. Aparece, entonces, la décima enriquecida por la polaridad léxica hacia la poesía. Solo citaremos algunos ejemplos que así lo demuestran.

La metáfora es el tropo escogido por Martí, con el que poetizando le atribuye a los ojos de la mujer el poder del fuego capaz de abrasarlo: "Verdad es ella, que el fuego / De vuestros ojos me abrasa". (p. 120.)

En estas recurrentes y paralelas mutaciones, la muerte suele provocar el surgimiento de la vida, a la vez que del árido y reseco mundo de la impiedad puede elevarse la frescura del amor, todo dado, al cierre de la décima doce, en una simbiosis de metáforas y símbolos que nos brindan un cierto trasfondo metonímico y paradójico: "Y de un campo sin verdor / Hace un raudal de fortunas / Y de un sepulcro, una cuna / Y ide una piedra, una flor!" (p. 120.)

La hipérbole es otro recurso que emplea y nunca de manera fortuita, sino que la coloca a punto de la intensidad que ha ido cobrando el ascenso lírico de las referencias emocionales, generalmente en la culminación de la décima. Así, nos dirá cerrando la estrofa quince: "Y cuando a verme se viene, / Viene convertido en llama." (p. 121.) O como ya lo había hecho al producirse el portazo de la tercera: "Y es más bella la beldad / Cuando da a un muerto la vida." (p. 117.)

Recordando el polisíndeton del que tanto gustara, Martí nos repite la "Y" de forma consecutiva, también al final de la más musical de las estrofas: "Y sueño que me fascina, / Y encanto que me seduce, / Y estrella que me conduce, / Y ¡hasta sol que me ilumina!" (p. 119.) Esta repetición de la conjunción copulativa que he subrayado, insufla a la redondilla mayor música y frescura, a la vez que hace fluir mejor los versos.

Martí mezcla los tropos como el mago que sabe a qué hora exacta ha de soltar la paloma o ha de sacar el as de espada. Otras décimas las termina con una ráfaga de símbolos, como en el caso de la novena: "Y ¡en luz de amores enciende / Tronco, arbusto, sol y piedra!" (p. 119.) La décima anterior también la culmina con un desencadenamiento de símbolos en los cuales repite el sustantivo sol, cuando lo cierto es que en muchos momentos compara al amor con ese elemento o con "incendio vivo y fugaz", o nos remite al "...fuego / Abrasador y voraz". En esa décima nueve finaliza con el personaje abrasado por el fuego

del amor, para dar entrada al desencadenamiento de símbolos ya referido: "Ve este amor en que me abraso / sueño, encanto, sol y estrella." (p. 119.)

El uso de los símbolos sol, fuego, estrella, llama, incendio, en sus posibilidades sémicas de transitoriedad, deslumbramiento, belleza, sufrimientos, etc., es obvio y no requiere comentario.

Significo el hecho de que Martí cierra todas las décimas (las dieciséis) con el tradicional portazo, usando alguna figura literaria, bien sea metáfora, imagen, hipérbole, símil, símbolos, polisíndeton o un proceso metonímico, como es el caso de "Ved, junto a troncos umbríos, / Amarse las amapolas.": broche de la cuarta estrofa. (p. 118.)

Hace varios años, en un aprendizaje personal, realicé un estudio del verso martiano para ver por qué vibra como la porcelana y posee esa sonoridad tan peculiar. En el análisis específico del verbo, encontré que Martí le da un tratamiento distintivo; luego, este procedimiento lo he aplicado en mi obra personal, pero además lo he encontrado en la obra del más grande decimista cubano del siglo XX: Jesús Orta Ruiz. El asunto es que Martí evita los sonidos agudos en la conjugación del verbo, afectación fonética que siempre ocurre al conjugar el verbo en el pretérito del indicativo, pinchazo auditivo que se evita con la conjugación en presente para siempre obtener palabras llanas (como bien se sabe, la poesía española es eminentemente llana y de ahí la ley del acento final). En el caso que nos ocupa, el Maestro, en el tránsito de las dieciséis décimas solo coloca cinco verbos conjugados en el pretérito del indicativo. Y me llama la atención que es en la fábula en la que los interpola: "llegó, acercó, pronunció, resucitó y debió", ni uno más; los demás los ubica en presente o conjugados en modos que dan palabra llana, con algunos esporádicos y dispersos en tiempo futuro.

El verbo posee una gran fuerza en los planos expresivos. Martí cierra la declaración de amor de Julián a Teresa con una décima fundamentalmente verbal, pues en los diez versos usa nada menos que veintitrés verbos entre conjugados, en infinitivo y dos gerundios con claros matices verbales. Pero además, se ha mantenido a lo largo de todo el poema la reiteración del imperativo "ved" a principios de verso

(quince veces en las dieciséis décimas), aunque ya a estas alturas lo repite por seis ocasiones en las diez líneas. Con este tratamiento del verbo no solo logra conservar la concurrencia de sonidos agradables, sino también incentivar la fuerza del discurso descansando su armazón sobre las formidables columnas del verbo. Recuérdese que a partir de aquí se producirá un cambio de tono y de intención para retornar al romance:

Julián.	¡Ved que es instante supremo Este, en que de mí os burláis!
Teresa.	¡Ved que ardéis y me quemáis!
Julián.	¡Ved morir
Teresa.	¡Ved que me quemó!
Julián.	¡Morir de desdichas temo!
Teresa.	¡Pensara yo que de arder!
Julián.	¡Miradme ya estremecer!
Teresa.	¡Miradme casi quemando!
Julián.	¡Vedme de amor expirando!
Teresa.	¡Vedme de miedo correr!
Él.	(Cambiando bruscamente de tono) (p. 121.) ²

José Martí Pérez—estudiado por muchos como un hombre plurivalente, admirado por Gabriela Mistral, Rubén Darío y sus continuadores, el más potente pensador del siglo XIX en América—aborda la décima con el cuidado literario que ella merece; no violenta su fórmula, pero sí adecua formalmente los versos a las exigencias expresivas de los personajes en el desarrollo dramático de la obra; y no subordina la estrofa al discurso sacrificando la poesía, sino que enriquece el proceso con la participación de una décima elegante y portadora de personalísimos valores literarios, tanto en la concentración de lo poético como en el adecuado manejo del lenguaje: búsqueda y creación que han terminado abrazadas en el conjunto presente en *Amor con amor se paga*. ■

² Los destacados en las formas verbales son míos (A. G. R.).



Alba de Céspedes y su amor por Cuba

NYDIA SARABIA

A Emilita de Céspedes Cedeño

El 14 de noviembre de 1997 dejó de existir físicamente en París, a los ochenta y seis años, la escritora cubano-italiana Alba de Céspedes. En Italia fue una popular novelista, así como en Francia, Suecia, Noruega, Grecia y otros países.

Era hija de Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada y de la italiana Laura Bertini. Alba nació en Roma, en 1911, porque su padre era entonces embajador de Cuba en la capital italiana, de modo que le tocó crecer en los tiempos del fascismo de Mussolini. Céspedes de Quesada había sido un presidente de Cuba, pero su presencia en la dirección de aquella maltratada república, en los turbulentos años que siguieron a la caída de Machado en 1933, fue efímera.

La vena creadora de Alba le venía por parte de su ilustre abuelo paterno, Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, que además de patriota, fue poeta y escritor. Según nos confesó en una entrevista que le hicimos en La Habana —publicada en la revista *Bohemia* el 21 de agosto de 1970— empezó a escribir a los cinco años. Lo hacía en italiano, aunque en su casa se hablaba en español. Ella ha referido que su padre le preguntó por qué escribía en italiano y que le contestó: “Papá, la poesía es italiana.” Y argumentó: “Yo creía eso porque en Roma los libros de los niños eran en italiano. Pero mi padre me compró libros en español, sobre todo de poesía.”

Alba hizo periodismo y escribió cuentos cortos y luego sus novelas. Durante la Segunda Guerra Mundial pasó a la resistencia y estuvo con los guerrilleros. Después se exilió en Londres y tuvo un programa de radio, bajo el seudónimo de Clorinda, para combatir al enemigo nazi.

Al ser liberada Europa por los aliados, la escritora sobresalió como una de las promotoras del neorrealismo italiano, y junto a Suso D’Amico, escribió guiones cinematográficos que hicieron historia en el cine italiano de su época.

En su última visita a La Habana, invitada por el presidente cubano Fidel Castro y la heroína Celia Sánchez Manduley —cuyo padre, el doctor Manuel Sánchez Silveira era amigo del doctor Carlos Manuel de Céspedes de Quesada—, Alba nos invitó a realizarle una visita a su prima por la vía materna, la poeta y novelista Dulce María Loynaz. Recuerdo que fue una



Alba de Céspedes en La Demajagua.

tarde agradable verlas conversar de su familia, de la niñez y la juventud de ambas. Evocaron asuntos familiares en una charla distendida entre aquellas dos extraordinarias mujeres, de un talento creador y casi de la misma edad.

Sobre su abuela paterna, Ana de Quesada y Loynaz, ella refería: “Era un carácter. No era una mujer dulce, sino fuerte, dura, porque se quedó sola en el mundo luchando por sus hijos en el exilio, mientras mi abuelo peleaba por Cuba. Pero era una gran patriota.” Apuntó, además: “Creo que su hija Gloria de los Dolores ha escrito una de las mejores biografías de Céspedes. Lo ha retratado muy bien. Es una novela.” Gloria de los Dolores se casó en París con Anselmo von Minden y falleció en esa capital europea. Dejó su hijo Jean von Minden.

Poco antes de su deceso, Alba de Céspedes participó en Roma y en París, en debates y entrevistas por televisión, en especial, sobre la literatura del momento. Algunos críticos apuntan que ella estaba impregnada de cierta sensiblería en sus novelas, pero era el efecto de los tiempos en que se desarrolló y escribió su obra. Sin embargo, sus novelas gustaron y en numerosos países llegaron a ser verdaderos *best sellers*.

Alba dejó un solo descendiente, el conde Antonio Antamoro, quien visitó Cuba en varias ocasiones. Su nieto, Marcos Antonio Antamoro, estuvo en Bayamo durante la Feria Internacional del Libro de 2002, cuando se le brindó un merecido homenaje a su ilustre abuela.

En otro viaje que realizó a La Habana, Alba nos ofreció un valioso testimonio sobre su abuela, la

patriota Ana de Quesada y Loynaz. Fueron apuntes, sugeridos por la historiadora Hortensia Pichardo y su esposo, el también historiador Fernando Portuondo (ya fallecidos), quienes nos legaron un espléndido e irrepetible trabajo que ha venido a enriquecer la historiografía cubana, al publicar los documentos de la Guerra de los Diez Años (1868-1878), y por lo tanto su principal protagonista, el Padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo. Para rendirle tributo a estas dos creadoras, Alba y Hortensia, damos a conocer esos apuntes que tal vez puedan brindar un aporte testimonial o, por lo menos, el mensaje que Alba de Céspedes quiso transmitir en su último viaje de amor a Cuba:

"Ana de Quesada y Loynaz, mi abuela, vivía en Nueva York en una casa de huéspedes en la calle 28, cuando el 12 de agosto de 1871 nacieron a las 6 de la tarde los mellizos. Primero Gloria de los Dolores y luego Carlos Manuel.

"Gloria de los Dolores era una niña de ojos azules y pelo rubio, como su padre, y el hermano Carlos Manuel tenía el pelo negro, como su madre.

"La niñera que los cuidaba se llamaba Rosie, una irlandesa de mucho seno. Ella tenía un coche para sacar a los niños. Gloria de los Dolores siempre hablaba del padre y le gustaba la música española. Mi abuela me contaba la vida de mi padre por las noches con narraciones, como si fueran cuentos de hadas. Ella les decía [a sus hijos]: 'Volveremos cuando Cuba sea libre, pero no antes.' Sus ojos brillaban de emoción. Ana les enseñaba con su mano pequeña la fotografía de mi abuelo y les decía: 'Este es vuestro padre, un gran hombre, un héroe' y se lo repetía a Carlos Manuel y le indicaba que debía amar a Cuba y a menudo le añadía que tenía que continuar el trabajo de su padre.

"Mi abuela era hermana de Manuel y Rafael de Quesada, dos generales del 68. Mis abuelos se casaron en Guáimaro, el 4 de noviembre de 1869. Manuel les dio una comida en su casa, en su hacienda. Mi abuela siguió a Céspedes en la guerra, en la manigua. Les nació un niño, pero a las pocas horas fue atacado el campamento y ella tomó al niño en sus brazos y escapó del bohío incendiado. El niño murió a los pocos días. Ella iba a caballo huyendo de las tropas españolas que los perseguían. Esto ocurría en 1870. Mi abuela Ana de Quesada no era mujer muy fuerte y por eso



Alba con Armando Hart, en La Habana, 1978.

Carlos Manuel, mi abuelo, tenía mucho miedo de perder al niño y a ella también.

"Juan Clemente Zenea¹ llevó correspondencia para Céspedes y otros patriotas. Lo recibieron en el campamento mambí y allí lo trató mi abuelo. Le dieron a conocer todos los planes de las expediciones, y le entregaron hasta dinero para los exiliados que vivían en Estados Unidos. La madre de Ana de Quesada ya estaba en Nueva York y es por eso que se aprovechó el regreso de Zenea para que acompañara a mi abuela a salir de la Isla. Ana no quería subir al barco español cuando los atraparon. Ella tenía mucha fiebre y llamó a su sirvienta para que preparara los caballos, pues quería regresar con su marido. Pero ya estaba todo acordado. El 31 de diciembre, al atardecer llegaron a Santa Rosa de la Guanaja.

"En Nueva York mi abuela aprendió a bordar con su cabeza de pelo negro reclinada sobre los finos bordados que vendía a la iglesia. Ella trabajaba como una esclava; cocinaba, lavaba, lo hacía todo, pero vestía decente y mandó a los hijos a la escuela, una llamada Carlos Manuel de Céspedes y la otra Cuba Libre.

"Carlos Manuel era delicado de salud, se cayó y partió el cuello y fue enyesado y con un hierro. Por eso no iba a la escuela. Entonces una señora americana le ofreció cogerlos, a Carlos Manuel y Gloria de los Dolores, por módico precio con un cesto de almuerzo que les servía en la nieve sucia.

¹ Sobre el caso Zenea, uno de los más lamentables de la historia de Cuba, escribió el historiador Ramiro Guerra Sánchez en su obra *Guerra de los Diez Años*, t. II, p.16: "Envuelto en las mencionadas dificultades, Valmaseda tropezó con otras muy serias de carácter enteramente imprevisto. Fue la primera la captura del poeta Juan Clemente Zenea; de la esposa de Céspedes, Ana de Quesada, y de algunas otras personas, en la costa septentrional de Camagüey, al tratar de salir oculta-mente para Nassau. Zenea escapó de ser muerto en el acto de su captura, o de ser fusilado inmediatamente, como lo fue el práctico naval del grupo, porque mostró a sus aprehensores 'un salvoconduto de puño y letra del ministro español en Washington, Mauricio López Roberts. En ese documento, autorizado por el regente Serrano, Duque de la Torre, a nombre de S. A., o sea de la nación española, mándabase a todas las autoridades de mar y tierra, y a los voluntarios de Cuba, dejar libre el paso a D. Juan Clemente Zenea, para entrar y salir de la isla por el punto de su elección y en la forma que creyese conveniente'. Comunicada la noticia de la doble captura al capitán general, en La Habana, dispuso este el traslado de la esposa del presidente Céspedes y de Zenea a la capital. Ordenó alojar a la señora Ana de Quesada en la Casa de Beneficencia y Maternidad, bajo custodia, y encerrar al poeta en un calabozo de la fortaleza de la Cabaña". El poeta Zenea fue fusilado por los españoles el 25 de agosto de 1871. Ana de Quesada fue desterrada a Estados Unidos por su estado de gravidez. Ella falleció en París de diciembre de 1910. Está por escribirse una más completa biografía de la patriota.

"Después del Zanjón (10 de febrero de 1878), la madre de Ana de Quesada regresó con una tía, pero Ana no quiso volver, así como sus hermanos Manuel y Rafael, quienes se marcharon para Suramérica con negocios. Ellos les enviaban dinero a su hermana Ana. Entonces ella residía en el viejo hotel Victoria, en la calle 17 esquina a la 5ta. Avenida, en Nueva York, lugar donde se reunían muchos patriotas cubanos. Así se sentía menos exilada y atendía a Carlitos que era muy enfermizo. En el verano pasaban las vacaciones en Long Brauch o en Saratoga, entonces lugares de moda. Ana siempre estaba en compañía de familias cubanas.

"Un periódico decía en su columna social: 'Miss Gloria está siempre acompañada por su mellizo. Él es media cabeza menos que ella y también menos desarrollado, pero, sin embargo, él tiene mucha dignidad y cumple su deber de protección y autoridad con su hermana y siempre la saca de un grupo que le parecía demasiado masculino, muchos muchachos'.

"Carlos Manuel era el jefe de la familia. Era muy serio y cubano. Sus ideas sobre las mujeres eran que estas debían ser protegidas y quedarse en casa al amparo de peligros. Pero la descripción del periódico no fue una realidad.

"En 1885 fue elegido presidente de Estados Unidos, Cleveland² y visitó Nueva York. Paró en el hotel Victoria. Mi abuela tuvo la oportunidad de presentarse ante el Presidente para hablarle de Cuba libre. Ella tenía esperanzas en el movimiento por la independencia que se hacía en el interior y el exterior de Estados Unidos, en favor de la libertad cubana a la cual se oponía España. Gloria de los Dolores la acompañó. Cleveland era un hombre alto y estaba sentado frente a una mesa cuando las recibió. Ella le hablaba al Presidente en español y Gloria de los Dolores era su intérprete. Cleveland la escuchó atento y luego se levantó y les dijo: 'Nosotros no podemos hacer nada', despidiéndolas. Luego, Ana, en su cuarto lloró mucho.

"Rafael de Quesada, que vivía en París, le escribió a su hermana Ana para que mandara a Carlitos, ¡oh! para ponerlo en un colegio en Suiza, a fin de no perder el francés y aprender el alemán. Todos se fueron en el barco *The City of Roma* hacia Londres. El viaje duró trece días.

"Pasaron un mes en Londres y así los niños tenían más libertad que antes. A Ana no le gustaba salir del

hotel, se la pasaba mirando afuera la neblina, imaginándose tener delante de sus ojos el cielo azul y las palmas ondulantes por el viento de su patria.

"En París ella se quedó con la protección de Rafael. Estaba más cerca de su hijo que estudiaba en Suiza. En esa época París estaba lleno de cubanos y Ana se sintió por ello feliz, tan feliz como el día que nacieron Gloria y Carlitos. Este volvió a París e ingresó en el colegio Stanislas, de Cannes. Preocupada por el éxito del hijo con las muchachas, lo mandó a Venezuela donde pasó con el tío Rafael tres meses trabajando. Volvió a París de vacaciones y residía en un apartamento de la Avenida Kibler. Carlos quería escribir, pero primero pensó en ser diplomático. Sin embargo, Ana, su madre, pensaba que primero debía estar en Cuba. Ella poseía documentos muy interesantes, cartas de Céspedes. Ana y su hijo hablaban horas y horas. Ella estaba contenta porque Carlos empezó a escribir la biografía de su padre³ y se identificaba con los pesares y alegrías de Cuba.

"Trabajó dos años en la biografía y se publicó en 1895. Muchos hablaron de volver y vinieron, mas Ana decía que no volvería hasta que Cuba no fuera libre. El 24 de febrero de 1895 se había levantado la nueva revolución y el líder José Martí era motivo de información en la prensa diaria, y el hijo de Ana de Quesada expresó que su deber era ir a Cuba y así lo comunicó a la madre. Ana lloraba de alegría, de orgullo. Ella había dado el marido a la causa y tenía que darle también a su hijo. Ana consintió bajando la cabeza.⁴

"Carlos se iba y tenía poco dinero. La primera venta del libro fue para fondos de la causa, y los muebles del apartamento se vendieron para la revolución independentista. Ana dejó todo para marchar a Nueva York y dejar la casa de París. Le llegaron noticias de que Rafael de Quesada había brindado de nuevo sus servicios a Cuba y el dinero que él mandaba se acabaría. Carlos Manuel salió para Nueva York y Ana y Gloria se prepararon para seguirlo."⁵ ■

³ Debe referirse a la biografía *Carlos Manuel de Céspedes*, P. Dupont, París, 1895.

⁴ Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada vino a Cuba como jefe civil, encargado de la expedición del vapor *Laurada*, que salió de Estados Unidos y llegó a La Caleta, cerca de la punta de Maisí, provincia de Oriente, el 28 de octubre de 1895. Céspedes alcanzó el grado de coronel del Ejército Libertador cubano. Falleció en La Habana, el 28 de marzo de 1939.

⁵ Ana de Quesada y Loynaz nació en Puerto Príncipe (Camagüey), el 14 de febrero de 1843. Falleció en París, el 22 de diciembre de 1910.

² Stephan Grover Cleveland fue presidente de Estados Unidos de 1885 a 1889 y de 1893 a 1897.

La luz y sus entornos en los *Versos sencillos*

MARITZA BATISTA BATISTA

*Si no fuera por el sol, sería imposible la vida.
A veces, aunque el sol salga cada día,
cuando los hombres son malos, o cuando
no comprenden lo que es justo, también parece
que estamos en la oscuridad. Es como si faltara
la luz en la inteligencia, en el sentimiento.*

JOSÉ MARTÍ

La palabra es esencia del pensamiento, es fundamento en la función comunicativa del lenguaje, y Martí, maestro en el manejo del léxico tanto desde el nivel semántico como morfológico y sintáctico, hizo presencia de un estilo único e inagotable para servir como paradigma de un pensamiento lingüístico en el que esta se utiliza teniendo en cuenta propósitos socioculturales, estéticos, lógico-históricos y gnoseológicos que la sitúan en el centro de atención del lector.

Luz resulta una de las palabras y, a la vez, uno de los conceptos más usados por el Apóstol, no obstante, para ello recurre a la exquisita utilización de diferentes recursos y matices semánticos y estilísticos, tanto en su obra en prosa como en la poética, por lo cual su empleo adquiere posibilidades semánticas y hermenéuticas nuevas con las que se enriquece el propio lenguaje. En *Versos sencillos* se aprecian, a través de este término, disímiles valores sémicos, con lo cual el poeta ofrece diversas dimensiones al hecho literario a partir del hecho lingüístico.

Si tenemos en cuenta los significados de la palabra *luz* en los que resultan vitales: claridad, resplandor, esplendor, rayo, brillo, destello, día, aquello que ilumina los objetos hasta hacerlos visibles, podemos explicarnos entonces la razón de ser de este concepto en los *Versos sencillos*, libro escrito con toda intención ideoestética, desde la madurez de un poeta que conoce su oficio y sabe cómo hacer llegar el verso a los más y a los menos cultos; así como también sabe la manera en que puede llegar a un público, desde los distintos significados de la lectura, esta palabra monosílaba –pero polisémica– a partir de su utilización con un enfoque semiológico, uno de los que se hace más recurrente en este libro.



Obra en casa de Isabel Santos.

Utilizando el paralelismo antitético, se advierte la presencia de la luz ya en la cuarta estrofa del poema I:

Yo he visto en la noche oscura

Llover sobre mi cabeza

Los rayos de lumbre pura

De la divina belleza.¹

Con la expresión “la noche oscura” de un lado, oponiéndose a “los rayos de lumbre pura” del otro, establece un equilibrio estilístico para dar testimonio de una imagen literaria magistralmente lograda con respecto a lo bello, más aun si esos “rayos de lumbre” los complementa con el adjetivo *pura* para el sustantivo *lumbre*, y si además estos rayos los ve “llover sobre mi cabeza”. Nótese la identificación del poeta con la del sujeto lírico mediante el empleo del pronombre posesivo *mi*. Sin lugar a dudas es una sorprendente visión la que se experimenta a través de la lectura de la quarteta, pues el autor logra una imagen que deviene en un hecho estético.

Pero la reiteración del concepto no se hace esperar; le otorga la distinción especial que ya va evidenciando su encuentro con el Modernismo, donde la

¹ Todas las citas pertenecen al libro de José Martí, *Versos sencillos*, Centro de Estudios Martianos, La Habana, 2002.

luz y otras palabras asociadas al concepto influyen en posesionarlo dentro del movimiento literario.

Teniendo como base gnoseológica una de las características que definen la luz y que es precisamente su rapidez, aparece de nuevo este concepto, pero ahora lo imbrica dentro de un símil:

Rápida, como un reflejo,
 Dos veces vi el alma, dos:
 Cuando murió el pobre viejo,
 Cuando ella me dijo adiós.

La textura del recurso literario propicia una representación psicoimaginativa que contribuye a que el hecho poético se fije con mayor intensidad en el lector. El nivel de lectura permitirá que quien se apropie del texto, se apropie también de esta representación donde el reflejo es luz, luz que se trasmite con esa velocidad propia de ella. Mediante esta misma función expresiva en que la metáfora se advierte única en el estilo martiano vuelve el concepto, pero desde otro sema:

*Yo he puesto la mano osada,
 De horror y júbilo yerta,
 Sobre la estrella apagada
 Que cayó frente a mi puerta.*

Ahora la dimensión semántica se precisa en una imagen visual y destellante para el receptor del texto. Aunque esa estrella se acompañe del adjetivo *apagada*, la imagen de luminosidad quedará latente en la visión que se hace el lector del recurso metafórico, resulta una contraposición que se advierte entre los dos primeros versos y los dos siguientes: esa mano osada ante una estrella pierde su razón, pierde su osadía, puesto que es impresionante contemplar una estrella ante la puerta, aunque esta se encuentre exenta de luz, lo que se halla implícito en los versos.

Desde reflexiones filosóficas, con las que va culminando el poema primero de *Versos sencillos*, se recurre a la luz. En este caso Martí busca que el interlocutor del texto reflexione también; es este su verdadero propósito cuando expone:

*Todo es hermoso y constante,
 Todo es música y razón,
 Y todo, como el diamante,
 Antes que luz es carbón.*

Obsérvese en los dos últimos versos de qué modo tan sutil el poeta pretende hacer reflexionar al

hombre en esa búsqueda de impregnar valores en su formación. Es interesante la relación que establece entre palabras relacionadas como *diamante / luz / carbón*, para provocar un llamado a la igualdad, y a valorar las cosas a partir de su significación.

En el poema III alude al término identificándolo con claridad:

*Denle al vano el oro tierno
 Que arde y brilla en el crisol:
 A mí denme el bosque eterno
 Cuando rompe en él el sol.*

Es interesante observar cómo sugiere en estos versos dar el oro al vano, pero para referirse al oro lo explicita con la oración subordinada "Que arde y brilla en el crisol". La utilización de estos verbos de manera coordinada trasmite una idea de luz que se acrecienta por los valores semánticos que aportan las formas verbales *arde* y *brilla*; pero para contraponer el metal a su persona, restándole valor, entonces seguidamente sugiere: "A mí denme el bosque eterno" / Cuando rompe en él el sol". Y este último sustantivo con que termina el verso adquiere significados tales que provoca una representación estético-realista con la que el lector logra familiarizarse.

"Brillan", "fuego de la mañana", "la luz", "el sol," son otras palabras y expresiones que testimonian la presencia del concepto en este poema con los cuales, además de enfatizar el interés que provoca este en el autor, demuestra que la línea de composición enumerativa descriptiva puede valerse de ellas para lograr un efecto estilístico determinado. Así precisa:

*Y la luz viene del techo,
 Del techo de cielo azul.
 [...]
 Brillan las grandes molduras
 Al fuego de la mañana,
 [...]
 La gasa del horizonte
 Prende, de un aliento, el sol.*

En una continuidad de palabras y expresiones que sustentan el concepto de la luz siguen apareciendo como elementos cohesivos anafóricos en este poemario los términos *oro, estrella, sol, bronce candente, luz, llama de los ojos, día, luna, plata, relumbrante alfiler, diamante, ojos encendidos, tules de fuego, el*

rayo reluce, el rayo surca, alumbró, soles, aurora. Es innegable que la carga semántica se adhiere en todos los casos a las sensaciones visuales y sensitivas que provoca la luz desde el carácter polisémico con que el poeta hace uso del concepto, desde las particularidades estilísticas y literarias a las que recurre para conformar un hecho poético acabado y de una sólida textualidad en que la luz transmite diversos tipos de estados y sensaciones, entre los que no falta también el estado de libertad. Manifiesta en el poema IV:

- En un símil que produce idea de luminosidad y belleza:

Y un jazmín como una estrella

- En forma de optimismo, y, por tanto, de alegría:

¡Si hoy me gusta ver el sol!

- En el poema IX, que dedica a la niña de Guatemala, a través de un símil que denota ardor ante un beso:

Como de bronce candente

Al beso de despedida

- Para significar solemnidad y cierto misterio en el conocido poema X de la bailarina española:

Prehudian, bajan la luz

- O en ese mismo poema, en una metáfora que imprime brillantez y ardor a unos ojos:

Y va el convite creciendo

En las llamas de los ojos,

- A fin de demostrar cómo inicia el día con el que comienza la claridad (poema XI):

Si duermo, al rayar el día

Se sienta junto a mi cama

- Repetición anafórica y metafórica de la palabra sol a comienzo de un verso y final del siguiente, con la significación de brillantez en el primer verso y de nobles sentimientos en el segundo (poema XII):

Con el sol que era oro puro

Y en el alma más de un sol.

Mientras la noche y la oscuridad se asocian con el encierro y el presidio, la luz se asocia con la libertad, y se sabe que esta siempre resultó fundamento para el poeta, por tanto este es otro motivo para que el Apóstol enfatice en el concepto desde el plano semiológico. De tal manera, la luz y las palabras

asociadas a esta definición suelen significar para Martí: inteligencia, conocimiento, verdad, camino, libertad, sinceridad, transparencia, sustantivos todos, que, aunque abstractos, se refieren a una parte de la realidad tan importante y esencial en el hombre.

Más, de estas palabras, y por la significación que adquieren desde sus semas, las que más se reiteran son *rayo* y *oro*, en cuatro ocasiones cada una; *fuego* y *luz*, en cinco; y *sol*, en once momentos del poemario. Fíjese cómo estos morfemas lexicales tienen una característica que los semejan: el brillo. Nótese también cómo todos transmiten luminosidad, para de este modo poder reafirmar al Maestro como precursor del Modernismo a través del cromatismo que imaginamos con estos elementos.

Así dirá en el poema XVII, con el fin de transmitir el brillo de unos ojos negros en contraste con un cabello rubio:

Es rubia: el cabello suelto

Da más luz al ojo moro:

Y continúa con imágenes que explicitan la luminosidad que sobreviene del brillo cuando expresa:

¡Y brilla el iris, tendido

Sobre las hojas de plata!

Para terminar confirmando, en ese mismo poema, una frase que refleja la intensa vida del Apóstol y su preferencia por el sol, por todo lo que este puede significar desde sus semas y que el lector sabrá definir desde el conocimiento del pensamiento martiano:

Vengo del sol, y al sol voy:

Con esa importancia que, como se ha dicho, adquiere para el poeta la palabra *sol*, en este verso se explicita hasta qué punto le interesa que esa luz con que ha nacido el más grande de los cubanos del siglo XIX se mantenga, para seguir su camino y terminar en ella.

Obsérvese también la manera reiterativa de acudir al astro rey, precisamente por ser ese fenómeno tan grandioso, necesario, inexplicable, luminoso, de manera que se hace imprescindible en la vida del hombre. La utilización de este vocablo resulta aún más distinguible cuando lo emplea en la construcción del recurso literario, con lo que la dimensión de este se acentúa con toda la luminosidad que José Martí encontró en él.

A modo de ejemplo, nótese cómo la reiteración anafórica en forma de juego de palabras, unida al recurso metafórico imprime al vocablo nuevos signi-

ficados con lo cual se incrementa el sentido hermenéutico de la palabra y del texto:

Con el sol que era oro puro

Y en el alma más de un sol.

En realidad Martí nació con esa luz que da el sol y murió con ella misma, porque como su propio verso, su pensamiento fue luz para América Latina; en su propia poesía lo manifiesta y en ese verso archiconocido y repetido por cada cubano:

Moriré de cara al sol

A través de todo el poemario se encuentran otros versos que ejemplifican la importancia que ya venimos reiterando adquiere la *luz* y un grupo de términos asociados con esta, así como la forma de usarla mediante diversos recursos estilísticos y literarios que se ejemplifican a continuación en los versos del poema XVIII:

El alfiler de Eva loca

Es hecho del oro oscuro

[...]

Un relumbrante alfiler

[...]

Eva se prendió al oscuro

Talle el diamante embustero:

Y echó en el alfiletero

El alfiler de oro puro.

Alfiler, oro y diamante serán las palabras XVII que precisan el concepto, mientras que en el poema el XIX aparece mediante un verso de un hondo sentido metafórico:

Por tus ojos encendidos

Y vuelve en el XXII:

Pasan los tules de fuego.

En el XXVI:

Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve

Como de un baño de luz.

En el XXVII:

Nos pone fuego a la casa

[...]

La calle, al salir el sol,

En el XXVIII:

El rayo reluce: zumba

En el XXX:

El rayo surca, sangriento,

[...]

Rojo, como en el desierto,

Salió el sol al horizonte:

Y alumbró a un esclavo muerto,

En el XXXI:

¡Hijo, por la luz natal!

En el XXXIII:

Siento, oh estrellas, que muero

En el XXXIV:

Después del rayo, y del fuego

En el XL:

Con soles al rededor.

En el XLIV:

Tiene la aurora el mendigo:

[...]

Y un tesoro en oro y trigo:

En el XLV:

¡De noche, a la luz del alma,

[...]

El último fuego!: idicen,

[...]

El brazo, ¡el brazo le luce

Lo mismo que un sol!: resuena

De tal modo, *Versos sencillos* seguirá siendo ese libro del Maestro para precisar los destellos luminosos de su poética en una magistral unidad conceptual y estilística, donde matices de sensibilidad provocados a través de diversos términos y frases, como el caso de su conceptualización de *luz*, quedarán explicitados en el equilibrio estilístico y espiritual de un texto que como expresara Juan Marinello "es como la flor que nace en un campo labrado encarnizadamente".

Por ello esa luz, fuente enérgica del Apóstol queda a través de los *Versos sencillos* para los lectores, porque como su poesía, su figura es imperecedera, lo que se expresa en sus propias palabras "Hay hombres que hasta después de muertos dan luz de aurora". ■

Vigencia martiana en Cuba: 85 aniversario del primer Museo

José Martí

DIOLIS DELGADO MACHADO



Primeras noticias sobre la casita de Paula

El aniversario 46 del natalicio de José Julián Martí Pérez constituyó un acontecimiento sin precedentes en nuestra historia: en 1899, apenas iniciada la primera intervención norteamericana en Cuba, se preparó la primera Jornada Martiana en la capital, esta celebración contó con la participación de un grupo de patriotas y miles de cubanos que ofrecieron su sincero tributo al Apóstol. El programa de actividades se dio a conocer en el periódico *La Lucha*.

El viernes 27 de enero, la comisión que presidía el homenaje publica la convocatoria para todo el pueblo cubano. La jornada continuó el sábado 28 de enero, día en que se colocó la lápida preparada por los emigrados de Cayo Hueso –conservada actualmente en la fachada de la Casa Natal– para señalar

el lugar del nacimiento del redentor cubano. Así quedó perpetuado el primer encuentro en la cuna del Apóstol, protagonizado por algunos de los familiares y los miembros de la Comisión Martí, presidida en la capital por Juan Gualberto Gómez y Ferrer.

El domingo 29, a las doce del día partió una manifestación desde Prado hasta el Parque Central. Se fueron uniendo por el trayecto comisiones, juntas y clubes patrióticos. El recorrido incluyó la primera parada en la casita de Paula, continuaron hasta llegar a la Alameda, donde previamente habían organizado un escenario con una tribuna abierta. Desde allí se pronunciaron discursos inolvidables, todos enaltecieron el patriotismo y los valores humanos que habían aprendido al lado del líder revolucionario, unidos por la sabiduría de su apostólica obra. Entre los concurrentes, aparecieron Francisco Calderón, con la bandera que Martí había utilizado en la delegación del Partido

Revolucionario Cubano de Tampa; Francisco María González, el taquígrafo de las notas que hicieron posible la divulgación de los discursos pronunciados por Martí en 1891, conocidos como "Por todos y para el bien de todos" y "Los pinos nuevos"; Fermín Valdés Domínguez, su "amigo del alma"; y otros como Abelardo de León, Fernando Freyre de Andrade, Pedro González Llorente, Evelio Rodríguez Lendián, y Juan Gualberto Gómez y Ferrer –incuestionable patriota y amigo de Martí–, quien concluyó el acto, en su condición de presidente de la Comisión organizadora del homenaje.

La iconografía de la Casa Natal del Apóstol tiene sus inicios ese día de enero de 1899, momento en que la madre de Martí señala el lugar del natalicio de su Pepe. Por primera vez los diarios hicieron pública la imagen de la casita de Paula. Aparecían retratados en la habitación de la planta alta: Leonor Pérez, Rita Amelia Martí, Carmen Zayas Bazán y el joven José Francisco Martí; en otra imagen están asomados en los balcones; y una tercera recrea la fachada de la casa, con los emigrados de Cayo Hueso que acababan de colocar la lápida de mármol blanco. En esta fotografía se destacan: Juan Gualberto Gómez y Ferrer, Fermín Valdés Domínguez, Enrique Loynaz del Castillo, y otros que posteriormente se unieron en la Asociación de Señoras y Caballeros por Martí, iniciativa del matrimonio de Juan García Martí y María Gutiérrez Febles.

En los primeros dos décadas del siglo xx, después de fundada la Asociación –en 1900–, la tarea más difícil fue lograr la compra de la casa. Muchas personas se sintieron comprometidas con el llamado y con profundo sentimiento patriótico y martiano dieron su contribución, además de contar con los fondos de una colecta hecha por la emigración cubana, esencialmente en Cayo Hueso y Tampa, se destacaron delegaciones de la Asociación en toda la Isla, así como los trabajadores y la dirección del periódico *El Mundo*. De esa forma lograron recaudar los tres mil duros oro que pedía la congregación religiosa de las monjas de Santa Catalina de Sena, como propietarias de la casita.

La quinta cláusula del Reglamento de la Asociación, establecía que se le reconocía a la madre de Martí, señora Leonor Pérez y Cabrera, el derecho a usufructuar la propiedad mientras viviera, decisión tomada con el fin de no dejarla desamparada. A su vez, Leonor, anciana y casi ciega, se vio obligada a pedir a la Asociación que se le autorizara el alquiler del inmueble para recibir una ayuda económica que le permitiera sostener a varios de sus nietos, a causa

de que tres de sus hijas –Leonor, Carmen y Antonia–, habían fallecido en 1900.

Con la muerte de Leonor Pérez en 1907, la Asociación decide que la casa siga arrendada a los cinco nietos que estaban bajo su amparo, hasta tanto culminaran su educación. El inmueble siguió ocupado como casa de inquilinato, y se le hicieron varias modificaciones, a este período corresponden las alteraciones realizadas en la fachada y los balcones, donde aparecen las rejas de hierro fundido.

A pesar de los informes remitidos al Gobierno por diferentes asociaciones que conocían el estado ruinoso en que se encontraba la casa, la respuesta oficial siempre fue la indiferencia. No consiguen desalojarla completamente para comenzar las acciones de restauración, hasta que el fervoroso martiano, periodista y escritor Arturo R. de Carricarte y de Armas comienza a gestionar con el alcalde habanero Marcelino Díaz de Villegas, y otros funcionarios, para que lo apoyaran en esta tarea.

Por otra parte, Carricarte solicitó al presidente de la Academia de Historia, Emeterio Santovenia y Echaide, que ofreciera sus servicios legales como notario de La Habana en las inspecciones que requería la casa antes de reconstruirla. El ingeniero y arquitecto Emilio Vasconcelos y Fraide fue quien señaló las reparaciones que necesitaba la casa, que ya aparecía registrada a nombre del pueblo cubano desde 1918.

En 1924 Antonio Rodríguez Morey, director del Museo Nacional y reconocido pintor y profesor de la Academia San Alejandro, recibió la orden del gobierno de Alfredo Zayas, de trasladar todos los objetos de artes e históricos –incluyendo varios pertenecientes a Martí–, para un barracón de la fortaleza de La Cabaña; ante esta medida, responden enérgicamente Julio Antonio Mella y la FEU, quienes manifiestan su inconformidad a la presidencia del Gobierno. Acciones como esta contribuyeron a preservar la colección martiana que después se integraría al Museo José Martí.

El primer museo de Cuba dedicado a una figura histórica

Después de años de considerables esfuerzos, el 28 de enero de 1925 se abrieron las puertas de la casita de Paula al pueblo de Cuba. El empeño de un grupo de cubanos apoyados por la labor perseverante de Arturo R. de Carricarte, hizo posible que aquella vieja casita colonial, casi en ruinas, se reconstruyera para inaugurar el Museo José Martí como el primer recinto para el estudio y veneración del Maestro.

Carricarte desarrolló una labor intensa para lograr las primeras colecciones del Museo, en ocasiones a título personal, y fue el fundador de la Sociedad Martiniana —un movimiento que en aquellos tiempos llamaba a la unión de todos para conocer mejor a Martí—, promovió la primera ruta martiana por cada uno de los campamentos de Playitas a Dos Ríos, recorrido al que se unió Marcos del Rosario, uno de los expedicionarios que desembarcaron en Playitas; asimismo, fue coleccionando documentos, libros y objetos que habían pertenecido al patriota insigne; tuvo la oportunidad de entrevistar a Rita Amelia, la hermana de Martí que aún vivía, así como a parientes y amigos que conocieron a Martí; su tarea apenas reconocida, tiene hoy un extraordinario valor para el conocimiento de un patrimonio martiano que se pudo perder en el olvido, o dispersar en manos privadas para uso indiscriminado.

La pequeña edificación que incluye la casita natal, inicialmente comprendía también una galería iconográfica, la biblioteca y el archivo donde se organizaron varias funciones integradas al Museo.¹

El Museo José Martí no tenía crédito oficial, casi todo el personal que lo atendía lo hacía voluntariamente, en acto desprendido de todo beneficio personal, por amor a la patria y a su Apóstol, el único nombramiento fue el del cargo honorario de director técnico; la atención a los visitantes en muchas ocasiones la ofrecían, a modo de colaboración, estudiantes universitarios y obreros martianos. En los años cuarenta la Secretaría de la FEU tenía entre sus deberes ayudar a la conservación del Museo por medio de las recaudaciones y alistando a martianos dispuestos a laborar como vigilantes de sala.

Aunque el Museo fue inaugurado en 1925, no aparece legalmente instituido hasta 1928, fecha en que aparece registrado en la *Gaceta Oficial* no. 149, del 21 de julio de ese año, mediante el decreto 1187 del 11 de julio.

El natalicio de José Martí, una versión histórica de la década de 1940

A finales de la década de 1930 circularon rumores entre martianos en los que se cuestionaba el nacimiento de nuestro Apóstol de la independencia en la casita de la calle Paula, tema que fue bien abordado por los historiadores de aquellos tiempos, a petición

de la señora Sara del Prado quien ocupaba el cargo de secretaria de correspondencia de la Asociación de Señoras y Caballeros por Martí.

En el libro *Martí, hombre*, de Gonzalo de Quesada y Miranda, en la década de 1940, apareció publicada la referencia de que Carolina Fernández del Castillo (Cocola) —cuyo padre había sido compañero de Martí en el presidio— decía haber escuchado de Mariano Martí, durante su estancia en Nueva York, que su hijo había nacido en el barracón siete de la fortaleza de La Cabaña, esta publicación provocó cuestionamientos por todos los que profesaban gran respeto y honra hacia la casita de Paula.

La Academia de Historia de entonces se propuso crear una comisión para esclarecer el asunto. Participaron en esta tarea el capitán del Ejército Libertador Joaquín Llaverías, en su condición de director del Archivo Nacional; Emilio Roig de Leuchsenring, como historiador de la Ciudad; Emeterio Santovenia y Echaide, presidente de la Academia de Historia y secretario de actas; y Gonzalo de Quesada y Miranda, depositario del archivo de Martí, fundador de La Fragua Martiana y el Seminario Martiano de la Universidad de La Habana.

La comisión preparó un informe con todas las hipótesis posibles, partiendo de argumentos de personas que estuvieron relacionadas con el tema. Aquí desempeñó un papel importante y definitorio la información ofrecida por Arturo R. de Carricarte, sobre el testimonio que él había recibido directamente de Rita Amelia Martí, la única hermana que le quedaba viva al Apóstol para esa época. La conclusión de la comisión quedó fundamentada en un acta. El testimonio documental que se recogió en esa acta para demostrar el nacimiento de Martí, solo dejó un detalle para cuestionar: "...que no existe y que no se ha presentado ningún documento suscrito directamente por Leonor Pérez, la madre de Martí, donde esta hiciera constar que su hijo nació en Paula 41, luego 102 y hoy Leonor Pérez 214"—, esto fue argumentado seguidamente por el historiador Félix Lizaso y González, con un trabajo que tituló *La casa de Martí*, donde reconoce un testimonio escrito por Leonor Pérez que apareció asentado en una carta de solicitud de autorización a la Congregación Religiosa de Santa Catalina de Sena, para colocar la lápida que dejara marcada la casa donde nació su hijo.

Entre otros aspectos que motivaban la duda, estaba también el hecho de que había aparecido una certificación de bautizo de Martí en La Cabaña. Hoy conocemos, gracias al investigador Luis García

¹ El folleto *La casa natal del Apóstol. Inventario y distribución, 1925*, recoge croquis, fotografías y descripciones de las exposiciones en cada una de las plantas, así como el catálogo de la biblioteca.

Pascual,² la existencia de dos certificaciones de bautizo de Martí, una en La Cabaña y otra en la iglesia del Santo Ángel. Los capellanes de regimientos españoles tenían facultades para bautizar en otras iglesias, no exclusivamente en la parroquia correspondiente al lugar de nacimiento del bautizado, lo cual nos induce a reafirmar que el capellán que bautizó a Martí, Don Tomás Salas y Figuerola, tenía además un libro personal donde asentaba sus bautizos, como se prueba en uno de los documentos.

A pesar del tiempo, este tema ha trascendido hasta nuestros días. La adquisición de la copia del expediente militar de Mariano Martí, que aparece en el Archivo General Militar de Segovia, España, y donada al Museo Casa Natal de José Martí por los investigadores Adys Cupull y Froilán González, nos propone una nueva valoración, reseñada en parte por estos autores en su libro *Creciente agonía*.³

Para aquellos que precisan el detalle, pueden remitirse a la información que aparece en la tercera sección del expediente de Mariano Martí,⁴ la idea de que se está pidiendo un certificado donde conste que doña Leonor Pérez Cabrera ha estado hospitalizada en la enfermería de la Fortaleza de la Cabaña en los alumbramientos de sus dos primeros hijos, tiende a confundir a muchos —este es solo el segundo párrafo—, lo importante se consigna textualmente en la primera parte del documento: “El Ministerio pide certificado de la orden por la que se obligaba a los sargentos primeros de artillería destacados...”, no afirma que certifica, además, al final, con otra letra, aparece escrito “no hay nada”; a esto se puede añadir que Adys y Froilán realizaron una búsqueda en los expedientes de las hospitalizadas en La Cabaña y no encontraron ninguna referencia a Leonor. Este escrito solo representa una solicitud de certificación, de la que no conocemos respuesta, además, no aparece fechado ni firmado, detalles que ayudarían a precisar las razones por las cuales se debía expedir dicho certificado.

El Departamento de Artillería de la Isla de Cuba, registraba a cada uno de los soldados con sus méritos y ascensos, de aquí procede el expediente del padre de Martí. Por aquellos tiempos existía una orden que obligaba a residir en la fortaleza de La Cabaña a los que fueran destacados como sargentos primeros de artillería. Mariano Martí no se acogió a dicha orden;

desde 1852 alquiló la casa de Paula 41, junto a sus cuñados, a partir de su matrimonio con Leonor.

Por tanto, ese documento que algunos han querido utilizar no constituye prueba del lugar de nacimiento de Martí. Es innegable el argumento ya probado, sobre el que no se pueden cuestionar las esencias de la casita de Paula, se trata del testimonio de una madre.⁵

Para el pueblo cubano, el homenaje más sincero que puedan ofrecer a su Apóstol, es la visita a la casa que le sirvió de cuna, sobre todo en la infancia. Ese es un sentimiento de arraigo popular que se mantiene desde hace más de ocho décadas, por eso es oportuno explicar todas estas valoraciones, temas recurrentes entre los historiadores y estudiosos de la vida del Héroe de Dos Ríos.

Monumento Nacional desde 1949

Mantener el Museo abierto y al servicio del pueblo, no constituyó una preocupación para los gobiernos republicanos. Los horarios de apertura al público fueron cambiando: inicialmente abría martes y viernes en la tarde, y por la entrada se pagaban diez centavos por persona; el viernes los niños no pagaban porque coincidía con el día de la semana en que nació Martí; a los pocos años la apertura cambió para viernes y domingos, y por los años cuarenta también abría los martes.

La primera vez que penetré en la humilde vivienda convertida en museo, fue el 28 de enero de 1942, integrando un grupo estudiantil que tenía la tarea de cuidar el recinto. La frialdad histórica que emanaba de sus paredes me golpeó violentamente. En esa época ya había asistido a charlas sobre Martí del querido e inolvidable Juan Marinello y leído una decena de artículos y ensayos, entre ellos el de Ángel Augier; pero, sobre todo, conocía el *Martí antiimperialista*, de Emilio Roig de Leuchsenring, y el folleto de Mella *Glosando los pensamientos de José Martí*...⁶

La Comisión Nacional de Etnología y Monumentos, declaró la casa Monumento Nacional en 1949, ya había fallecido Carricarte. Ese año aparece un folleto publicado en La Habana el 28 de enero con el inventario de todas las piezas, entre las que aparecen objetos, libros y documentos que se atesoraban en el Museo. Este inventario fue dirigido por Joaquín Llaverías, designado

² Luis García Pascual, *José Martí: documentos familiares*, Ediciones Abril, La Habana, 2008, p. 153.

³ Adys Cupull y Froilán González, *Creciente agonía*, Editorial José Martí, La Habana 2007.

⁴ L. García Pascual, ob. cit., p. 55.

⁵ Ver el acta publicada en la *Bohemia* del centenario con las pruebas documentadas que presenta Arturo R. de Carricarte como director del Museo José Martí.

⁶ Armando O. Caballero, *La Casa Natal de José Martí. Breve historia del inmueble y del museo*, Ediciones Boloña, La Habana, 2008, p. 30.

por el gobierno de Prío Socarrás como su delegado para ocupar el Archivo y el Museo José Martí.

El folleto nos permite analizar cuántos objetos se perdieron y no fueron identificados en los posteriores documentos de la casa. Joaquín Llaverías hizo su esfuerzo para lograr algún presupuesto que sirviera para reparar el inmueble y restituir el Museo, apenas consiguió la aprobación de una cantidad de dinero, pero la reparación se hizo fuera de fecha, y en breve tiempo, a esto se debe que la Casa Natal ese año en el natalicio del Apóstol no abriera sus puertas. En los sucesivos años de 1950 a 1952, Llaverías pidió varias veces su renuncia, y el Museo apenas abrió.

En el centenario del Apóstol

Aunque para el año del centenario del Apóstol el Museo fue sometido a una reparación total, la dedicación mayor fue tomada por los martianos de entonces que se organizaron en una comisión de apoyo y exigieron presupuesto al Gobierno para que estuviera en condiciones de exhibir sus colecciones y biblioteca, que se estaban perdiendo en el olvido desde que se recogieron en 1949.

Ese año visitó La Habana María Mantilla, invitada a las celebraciones por la Comisión del Centenario. Trajo consigo el grillete que llevó Martí en presidio, y que, como reliquia, había guardado su familia por encargo del Apóstol. Fue colocado en el Museo, en una urna debajo de la escalera que conduce a la habitación donde ocurrió el nacimiento.

Mientras algunos pseudomartianos se sumaron a los festejos del centenario del Apóstol realizados en Cuba, un grupo de jóvenes se preparaba para dar un homenaje póstumo e inolvidable para el pueblo cubano. Ese preciso año la Generación del Centenario liderada por el joven Fidel Castro Ruz se convirtió en la vanguardia del ideario del Maestro, cuya presencia trascendió en aquella histórica defensa, cuando el líder de la Revolución lo evocó como "autor intelectual" de la heroica gesta que acababan de realizar.

Poco tiempo después, el Museo José Martí figuraba en un total abandono.

Gobierno Revolucionario. Período 1963-1977

Después de 1959 el Museo adquiere una dimensión social diferente, demoró un tiempo en abrir sus puertas al pueblo, actos terroristas ocurridos en 1960 –la explosión del vapor *La Coubre* y el arsenal del Ejército

Rebelde–, provocaron gran deterioro en edificios de la zona, hecho que hizo más complejo el proceso de reconstrucción.

El primer proyecto de restauración y rehabilitación del Museo recayó en el Consejo Nacional de Cultura –dirigido en aquellos tiempos por la doctora Vicentina Antuña–, a través de la Dirección de Museos y Monumentos, a cargo de la doctora Marta Arjona.

Ya el Gobierno en 1963 había nombrado como director honorario de la Casa de Martí a Waldo Medina, notable abogado y gran martiano que se ocupó del Museo del Abra en Isla de Pinos, y que en esos momentos trabajaba para la Junta Central de Planificación. Waldo presentó a la joven María de la Luz Ramírez Estrada (Lucy) para que comenzara a trabajar en la casita, y la llevó a conocer a Marta Arjona, en el Consejo Nacional de Cultura, donde le proponen oficialmente la plaza de administradora, pues no existía en ese entonces otro posible nombramiento. Con el tiempo, Lucy se convirtió en la directora, responsabilidad en la cual se mantuvo hasta 1990.

Antes de que el Museo se restaurara completamente, laboraban dos trabajadores ancianos como vigilantes de sala, desde la época de Llaverías, ellos se nombraban Armando y Teófilo: De esa etapa Lucy relató:

[...] como la casa no se abría, nada más que se ocupaban de limpiar, ellos se quedaron trabajando en el Museo, entonces Teófilo decía que la Casa Natal era su casa porque Fidel se la había regalado; él me contó que Fidel llegó un día de madrugada en uno de sus recorridos y lo dejó entrar –estaba todavía la casa restaurándose, no se había abierto al público–, entonces le dijo a Teófilo que era el más viejito: "Viejo cuídemela bien, que esta es su casa", y Teófilo se creyó que Fidel se la estaba regalando. Yo le decía: "Teófilo regrese a su casa que sus hijos se preocupan tanto de que usted se quede por la noche" y él me contestaba: "No, no, no, esta es mi casa porque a mi Fidel me la regaló" [...]⁷

Aunque demoró algún tiempo la restauración de la Casa, lograron rehabilitar nuevos espacios que le dieron otra apariencia y una mejor proyección. "Los primeros proyectos de la casa de Martí fueron ejecutados por el fallecido arquitecto Fernando Pérez O'Reilly."⁸

El lunes 28 de enero de 1963, en medio de los festejos martianos que se organizaron en todo el país, se celebró un acto motivado por la reapertura

⁷ María de la Luz Ramírez, directora del Museo de 1963 a 1990, en testimonio oral y escrito.

⁸ Daniel M. Taboada Espiniella, arquitecto, testimonio escrito, en Archivo digital del Museo.

del Museo, en homenaje al aniversario 110 del natalicio de Martí, al cual asistieron los embajadores que formaban parte del cuerpo diplomático acreditado en Cuba, junto a directivos del Consejo Nacional de Cultura y estudiantes de diferentes instituciones.⁹ El acto contó con dos discursos inolvidables, el primero fue el de la doctora Vicentina Antuña, quien reveló al pueblo lo que había sucedido con la Casa de Martí en la etapa prerrevolucionaria, la falsedad de las celebraciones del centenario del Apóstol y lo que el gobierno revolucionario se proponía con esta nueva apertura. El segundo fue pronunciado por el entonces rector de la Universidad de La Habana y fervoroso martiano, Juan Marinello Vidaurreta. Sus palabras dejaron marcada una nueva visión para proyectar el ideario del Apóstol, ahora con la seguridad de que serían escuchadas para honrarlo siempre:

[...] hoy nos acercamos a su luz inicial para alzar, en la fiesta de su natalicio, el mundo de superación incontenible que le andaba en la sangre y en la voluntad, en el quehacer y en el sueño. Ese mundo, el mundo de la liberación nacional y el socialismo, lo saluda en su aniversario y le reitera fidelidad inquebrantable.¹⁰

Después de esta fecha, se llamó oficialmente Museo Casa Natal de José Martí, con una connotación diferente porque desde entonces el Estado cubano se ha ocupado continuamente de mantener viva la memoria del Maestro, en esa la otrora casita de la calle de Paula.

El personal que necesitaba el Museo para proyectarse como tal se fue incorporando poco a poco: inicialmente fueron cuatro vigilantes de salas –como veladores– y en breve tiempo se aprobó el empleo de los técnicos. La Casita de Martí dejó de ser un almacén con vitrinas y objetos, que no permitían una comprensión adecuada del legado martiano. A través del Consejo Nacional de Cultura se logró rescatar la colección que estaba depositada en el Archivo Nacional y en el Museo Nacional de Bellas Artes, así como en otras instituciones y organismos del Estado.

Transformaciones en el entorno urbano de la Casa Natal

En los primeros años de la Revolución se produjeron grandes transformaciones sociales, y el pueblo fue

educándose para asumir cada tarea. El entorno urbano que rodeaba la Casa Natal de Martí en la primera mitad del siglo xx –en la actualidad Concejo Popular San Isidro, en La Habana Vieja, frente a la Terminal de Ferrocarriles–, socialmente resultaba complejo. Era un barrio donde proliferó el negocio de la prostitución, el juego y cuanta actividad ilícita aparecía, asediado por personas que llegaban a la capital en busca de posibilidades de trabajo, y que se quedaron a residir en condiciones marginales que indujeron un marcado deterioro social del lugar.

En la primera década de gobierno revolucionario el área que hoy ocupa el parque comprendía varios inmuebles que entorpecían el acceso al Museo, contiguo a la casita estaba ubicado un comercio en estado estructural precario, con unos billares y cafetería, frecuentados por una clientela de bajo nivel social. En la esquina hacia la calle Egido se encontraban cuatro viviendas de dos plantas que fueron dedicadas al negocio de la prostitución; en la otra mitad que ocupa actualmente el parque, existía un área de parqueo para camiones de carga del puerto y de los ferrocarriles. En los bajos del edificio donde se encuentra la librería, se localizaba un bar que después transformaron en cafetería; en los bajos del edificio 315, donde encontramos hoy el salón de actividades del Museo, también existía otro bar, que convirtieron en carpintería.¹¹

En medio de edificaciones, en un contexto urbano inapropiado, apenas se podía distinguir la Casa Natal desde la avenida que ocupa la calle Egido. En 1968, año en que se celebró en Cuba el centenario del inicio de la Guerra de Independencia, quedó terminado un proyecto de rehabilitación alrededor de los inmuebles que afectaban la visibilidad de la Casa Natal, con un trabajo integrado donde se incorporaron organizaciones políticas y sociales del territorio, se logró un espacio público abierto, destinado a un parque que facilitaría diversificar acciones culturales que apoyarían el trabajo del propio Museo. La obra fue concebida por la Comisión Nacional de Monumentos y ejecutada por los trabajadores de la Administración Metropolitana de La Habana (gobierno de la Ciudad antes de 1976). Este parque fue inaugurado oficialmente en un acto cuyas palabras de clausura estuvieron a cargo del entonces capitán Fernando Vecino Alegret.¹²

La casa contigua por la calle Leonor Pérez fue una tintorería que, de igual forma, transgredía con su apariencia a la Casa Natal. A finales de la década de

⁹ "Homenaje a Martí. La Revolución que continúa su obra. Celebran acto en la casa donde naciera el Apóstol", en *Hoy*, martes 29 de enero de 1963.

¹⁰ Juan Marinello, "En la Casa Natal de José Martí", en *Mujeres*, enero de 1978.

¹¹ M. de la Luz Ramírez, testimonio citado.

¹² Revista *Bohemia*, 9 de agosto de 1968.

1970 se transforma totalmente, su interior, adecuado para nuevas funciones. Inicialmente se utilizó como almacén de bienes del museo, y después se adaptó a biblioteca y salón de conferencias. Esto permitió que el Museo ganara en espacios para poder desempeñar su labor comunitaria.¹³

Entre las piezas que se introducen con la reapertura del Museo al pueblo, se encontraba el busto de Martí creado por Juan José Sicre, que procedía del Museo Nacional, así como objetos que se habían preservado de la exposición anterior del Museo, entre estos, el único óleo al natural que se le hiciera al Apóstol, del artista Herman Norman; el grillete que llevó en presidio el joven Martí; la trenza de pelo que le cortaron a los cuatro años; el gorrito de bautizo y otras piezas de mobiliario.¹⁴

En aquellos primeros momentos se preparó un guión con una museografía apropiada para exhibir y conservar la colección martiana. Se trabajó para lograr coherencia en el discurso museológico, aunque inicialmente predominaban los documentos y las fotografías. El recorrido se iniciaba por la planta alta, desde el cuarto natal, donde se colocó nuevamente la tarja que indica el lugar preciso del nacimiento de Martí. La habitación pequeña que se encuentra en los altos –hoy convertida en sala dedicada a la labor de Martí en Tampa y Cayo Hueso– en un inicio fue ocupada por la dirección, el almacén y el departamento técnico.

En los años setenta, se realizaron varias intervenciones en el Museo que propiciaron una mejor proyección, tanto en su aspecto arquitectónico como en el museológico.

En la década de los años 70 intervengo como trabajador de la CNM [Comisión Nacional de Monumentos] en una reparación capital anexando la parcela de la calle Egipto para área pública y actividades vinculadas a la Casa Natal. También se construyó la antigua edificación anexa por la calle Leonor Pérez, acondicionada para biblioteca y se construyó un cuerpo nuevo de edificio destinado a servicios sanitarios, fuera de la parcela de la Casa Natal y abriendo un vano de comunicación entre este y el patio. La antigua fachada con frontón fue intervenida en la década de los años 60 y nunca más fue objeto de trabajos constructivos. Solo se daba mantenimiento de pintura general, conservando aproximadamente los

colores tradicionales en la Casa Natal. Posteriormente el Dr. Arq. José Linares intervino en un nuevo montaje de exponentes museables.

La otra casa anexa por Leonor Pérez era una tintorería, que también agredía con su presencia la Casa Natal. La fachada fue rehabilitada, con una reja y el portón de la época en que funcionaba como vivienda. El interior fue remodelado, perdiendo sus características tipológicas para su adaptación a la nueva función bibliotecaria.¹⁵

La museografía contempló un nuevo diseño de vitrinas y paneles, la iluminación partía de cajas de luces y portadocumentos que permitían observar los textos originales de Martí que se exhibían en la exposición permanente.

En 1973 comenzó a trabajar en el Museo el historiador Armando O. Caballero, notable martiano que realizó una intensa labor como guía y comunicador excepcional de la vida y la obra del Apóstol, quien investiga y documenta la historia de la Casa Natal de Martí que nos ha llegado hasta hoy.

En 1977 nuevamente se realiza una restauración, ya en esa época se habían incorporado al Museo más piezas de la colección martiana que estaban dispersas en otras instituciones.

Período 1980-1990

A partir de 1980 el Museo había ganado varias áreas que le posibilitaron hacer un proyecto sociocultural más completo –aunque todavía permanecía abierto el espacio del parque–. En esa década existe otra visión integradora de la realidad cultural en Cuba: ya la dirección Municipal de Cultura, a la cual pertenecía el Museo, cuenta con un conjunto de instituciones culturales y condiciones objetivas para desplegar un amplio trabajo, que antes de esta fecha se realizaba de manera aislada y por iniciativas de algunas instituciones. Es por esa razón que la estrategia de trabajo del Museo se incorpora a la comunidad donde está enclavado, como vía efectiva para que la labor cultural logre una proyección más integradora y un alcance que trascienda a lo nacional.

El Museo fue pionero en la integración social de los diferentes sectores y grupos etarios de la comunidad. Se destaca en esta etapa la acción cultural “Sábado de la barriada”, que se extendió hasta los primeros años de los noventa, para cuya proyección se tuvieron en cuenta las desventajas sociales de muchos niños que vivían en el barrio; así, entre juegos, canciones y rondas, los niños disfrutaban de un ambiente cultural diferente,

¹³ “Quedaron inaugurados los locales de la Biblioteca y salón de conferencias Fermín Valdés Domínguez por el viceministro de Cultura Alfredo Guevara”, en *Granma*, 28 de enero de 1978.

¹⁴ “Aniversario martiano en Cuba socialista. Abren al público la Casa de Martí en el 110 aniversario del Apóstol”, en *Hoy*, domingo, 27 de enero de 1963.

¹⁵ D. M. Taboada Espiniella, testimonio citado.

que fue sensibilizando a los vecinos hacia el respeto y el conocimiento del patrimonio martiano, y el deber social de cada uno de ellos para conservar este legado.

También se realizaron actividades dirigidas a divulgar el conocimiento y la cultura martiana, se estrecharon relaciones con el Centro de Estudios Martianos, se ofrecieron conferencias en varias ocasiones, muchas de ellas impartidas por los mejores especialistas en temas martianos, entre ellos: Cintio Vitier Bolaños, Fina García Marruz, Pedro Pablo Rodríguez y Luis Toledo Sande. Se abrieron exposiciones de artes plásticas, y se dieron conciertos donde se incluían los versos sencillos musicalizados, así como encuentros con jóvenes trovadores, cancelaciones postales, campeonatos de ajedrez, y representaciones martianas que incluían lecturas por parte de los niños. Además, innumerables instituciones civiles y militares de nuestro país venían a las instalaciones del Museo a realizar sus actos solemnes y distinciones, acciones que todavía permanecen de manera tradicional en el Museo.

En cuanto a la conservación del patrimonio martiano documental, en la exposición permanente se sustituyeron por copias facsimilares los manuscritos originales de Martí, que pasaron a la Oficina de Asuntos Históricos del Consejo de Estado, para preservar en condiciones idóneas esta colección.

Después de 1990

En documentos archivados en el Museo, se describe la preocupación del personal que trabajaba por perfeccionar las acciones comunitarias. A inicios de los noventa, reorganizaron la animación cultural dentro del proyecto del Museo y prepararon espacios fijos dirigidos a los niños y la juventud, con el propósito de mantener vivo el ideario martiano, los cuales se mantuvieron dentro del programa de la institución por alrededor de cuatro años, se destacaron, entre varias acciones: La peña del roble, Encuentro con la historia, Te concierto, Jugamos y aprendemos, Haydeé Arteaga y los niños, círculos de lectura La Edad de Oro, cursos de pioneros guías del Museo, concursos de declamación infantil, y otras, que le permitieron una mayor promoción al trabajo sociocultural de la casita.

A pesar de las carencias económicas que han marcado a nuestro país, después de la ruptura del campo socialista, en los momentos más cruciales de inicios del período especial en Cuba, la Casa Natal de Martí siempre contó con el apoyo del Estado revolucionario, y la dirección del Gobierno.

A partir de 1994, el Museo dejó de ser administrado por el gobierno municipal y pasó a formar parte de la red de museos de la Dirección de Patrimonio de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, bajo la dirección de Eusebio Leal Spengler. En 1997 se produce otra intervención museológica y museográfica: se tienen en cuenta nuevos criterios para la preservación del patrimonio martiano, se reorganizan los muebles de la colección y se van ubicando según un guión museológico preparado por los especialistas del Museo y su directora Zenaida Gómez Taño.

El proyecto museográfico fue dirigido por el arquitecto José Linares Ferrera, en este montaje se incorpora un nuevo sistema de luminarias a través de carriles orientados, se ubicaron las vitrinas aprovechando los espacios permisibles en cada sala; la colección de objetos originales utilizados por Martí, sus familiares y amigos –la más completa que existe en Cuba y el mundo– fue estudiada con detalles, se logró una muestra más coherente en cuanto a precisión cronológica, se organizaron ocho salas para las que se escogieron nuevas piezas, se logró incorporar una sala ambientada, que recrea la oficina de Martí en 120 Front Street. En general, esta intervención museológica aborda a Martí desde múltiples facetas que lo vinculan a la historia latinoamericana y universal y que permiten proyectar la socialización del patrimonio martiano de manera más adecuada.

El parque dejó de ser un espacio público abierto, fue rehabilitado en 1999, protegido por verjas que hacen un conjunto más armónico con la casita, y, a su vez, permiten una mejor protección y conservación del lugar. El 19 de mayo de 2000 se develó en este patio el busto que dedicara al Apóstol el notable escultor santiaguero Alberto Lescaj Merencio. Hoy este patio se ha convertido en un escenario natural que identifica a la casita y permite la realización de diferentes actividades, desde los matutinos de la escuela Don Mariano Martí, hasta los actos y galas conmemorativas, culturales o solemnes de diferentes instituciones del país.

La estructura actual de la institución permite un trabajo mucho más integrador alrededor del Museo, con funciones que responden a un programa sociocultural que articula la Biblioteca Especializada “Fermín Valdés Domínguez”, el aula-museo (desde 1995), y el salón para exposiciones y actividades (situado en los bajos del edificio 315, inaugurado en 1998). El personal técnico que labora está compuesto por profesionales calificados como técnicos en bibliotecología, guías y especialistas en museología, didáctica cultural y conservación.

Un eslabón importante en la proyección socio-cultural del Museo y su impacto en la educación de las actuales generaciones de cubanos, ha sido la incorporación al programa de aulas-museos, desde hace más de una década. Una idea desarrollada en la Oficina del Historiador de la Ciudad y que en la Casa Natal cobra matices singulares por su conciliación con un programa completo y adecuado a los grados del segundo cielo de la enseñanza primaria, para el mejor conocimiento de la vida y la obra de José Martí, así como un acercamiento a algunas lecturas de *La Edad de Oro*. Esto, junto con la permanencia de los niños durante un semestre en el Museo, influye en su formación y constituye un estímulo entre las escuelas del territorio.

Para los adultos mayores, la institución mantiene un espacio especial, el programa Desayuno de los Abuelos, auspiciado también por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, y coordinado inicialmente con entidades de Salud Pública. A este programa responden semanalmente círculos y grupos de abuelos de diferentes municipios de la capital, con quienes se comparte la visita al Museo en un momento informal que propicia la oralidad, ejercicios de memorización, y los vincula con otras acciones del programa que desarrolla el Museo. Muchos de estos abuelos se han convertido en público cautivo que se incorpora espontáneamente a cualquier actividad.

Se han realizado otras acciones de animación cultural en la última década, algunas de las más reconocidas son los concursos de la jornada martiana de enero, que constituyen verdaderos festivales martianos por la frescura y la elegancia que mantiene la nueva generación al expresar a su Martí, tanto en las artes plásticas con "Pinta mi amigo el pintor", como en declamación, con "Verso amigo", donde además de interpretar la poesía martiana se les permite crear o improvisar. Los ciclos de conferencias y eventos científicos como encuentros entre casas natales y memoriales, han sido también destacados dentro del quehacer de la Casa Natal.

Permanecen entre las acciones culturales más frecuentes los talleres, los círculos de interés y las tertulias, enriquecidas con galas infantiles y homenajes, así como las exposiciones, conferencias, la Ruta de Martí en La Habana, y otras iniciativas que se van incorporando en cada programación.

En la actualidad, la "Casita de Martí", bautizada así por el pueblo cubano, es uno de los museos más conocidos y visitados del país, arraigado en la tradi-

ción patriótica de varias generaciones de cubanos. Al año recibe como promedio alrededor de setenta mil visitantes, fundamentalmente niños y jóvenes. Importantes personalidades e instituciones educativas nacionales e internacionales han visitado este museo.

El Museo, como entidad martiana, tributa el plan nacional "Para continuar estudiando a Martí", rectorado por la Oficina del Programa Martiano y su director el doctor Armando Hart Dávalos. Se organizan y articulan acciones que permiten sostener relaciones de intercambio y colaboración, tanto académica como cultural, con otras instituciones nacionales que responden a este plan, entre ellas, el Centro de Estudios Martianos, la Fragua Martiana, el Memorial José Martí y, muy especialmente, con la Sociedad Cultural José Martí en Ciudad de La Habana.

Por la sostenida calidad de su trabajo la institución ha obtenido diversos reconocimientos nacionales, entre los que sobresalen: El Premio Abril (1995), entregado por el Buró Nacional de la UJC; la réplica del Machete de Máximo Gómez (2000), entregado por el Ministro de las FAR; el Premio del Barrio (2001), que otorga la Dirección Nacional de los CDR; el reconocimiento La Utilidad de la Virtud (2003), entregado por la Oficina del Programa Martiano; la condición de Vanguardia Nacional del Sector de la Cultura (2003); y el premio Los zapatos de Rosa, otorgado por la Organización de Pioneros José Martí (2006).

La proyección del legado martiano en esta casita tiene una connotación diferente: además del conocimiento de la vida de nuestro Héroe Nacional, el de aquellos detalles que lo vinculan y lo identifican con tantas otras figuras históricas de evocación universal. La Casa Natal mantiene vivo el corazón de Cuba, para honra de ese sabor que deleitó al Apóstol, y que se trata de transmitir a todos y cada uno de los que la visitan: "¡De todos los cubanos! ¡Yo no sé que misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni que sabor tan puro sobre la palabra misma de hombre [...]"¹⁶ ■

¹⁶ Fragmento del discurso "Con todos y para el bien de todos", pronunciado por Martí en el Liceo Cubano de Tampa, el 26 de noviembre de 1891, tomado por el lector de Tabacquería Francisco María González. Se reprodujo en hoja suelta con el título "Por Cuba y para Cuba" (ver, José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 4, p. 271.)

Presencia

La fiesta de Bolívar en la sociedad Literaria Hispanoamericana¹



La América, al estremecerse al principio de siglo desde las entrañas hasta las cumbres, se hizo hombre, y fue Bolívar. No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. A veces está el hombre listo y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo y no aparece el hombre. La América toda hervía: venía hirviendo de siglos: chorreaba sangre de todas las grietas, como un enorme cadalso, hasta que de pronto, como si de debajo de la tierra los muertos se sacudieran el peso odioso, comenzaron a bambolear las montañas, a asomarse los ejércitos por las cuchillas, a coronarse los volcanes de banderas. De entre las sierras sale un monte por sobre los demás, que brilla eterno: por entre todos los capitanes americanos, resplandece Bolívar. Nadie lo ve quieto, ni él lo estuvo jamás. A los diecisiete años ya escribe, pidiendo a su novia, como un senador, y de la primera frase astuta descabeza la objeción que le pudiera hacer el suegro prócer; poco antes de caer de su fogosa monocracia al triste tamarindo de San Pedro,

¹ Tomado de José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 8, pp. 251-253.

de la lava del poder al delirio de la muerte, escribía a menudo a un general para que herrase los caballos de este modo o de aquel y les bañara los cascos con cocuiza, y a otro le dice, en carta larga y sutil, que aproveche para su objeto, para hacer una república del Alto Perú, todos los recursos y todas las pasiones: con Olmedo se cartea muy por lo fino, quitándole o poniéndole al canto de Junín, como pudiera el más gallardo crítico: y de nervudo análisis, escueto y audaz, hay pocas muestras como su memoria, un tanto malhumorada, de las causas por que cayó la primera república de Venezuela. Pero la naturaleza del hombre, como la de América en su tiempo, era el centelleo y el combate: andar, hasta vencer: el que anda, vence. Su gloria, más que en ganar las batallas de la América, estuvo en componer para ellas sus elementos desemejantes u hostiles, y en fundirlos a tal calor de gloria, que la unión cimentada en él ha podido más, al fin, que sus elementos de desigualdad y discordia: su error estuvo, acaso, en contar más para la seguridad de los pueblos con el ejército ambicioso y los letrados comadreros que con la moderación y defensa de la masa agradecida y natural: mas para ver estas cosas hay que ir a lo hondo, y obligar a la gente a pensar, que es trabajo que suele agrandar menos a los petimetres literarios y políticos que el de ponerle colorines y floripondios a la fachada de la historia. Por sus hazañas vistosas y pasmosas es más conocido Bolívar. Del historiador Gervinus al *cholo* del Perú, todos le ven desensillando el caballo en la agonía de San Mateo, pasando los torrentes y el páramo para ir a redimir a Nueva Granada, envolviendo con las llamas de sus ojos y con sus escuadrones a los realistas de Carabobo, hablando con la inmortalidad en el ápice del Chimborazo, abrazándose en Guayaquil con San Martín entristecido, presidiendo en Junín, desde las sombras de la noche, la última batalla al arma blanca, entrando de lujo al Potosí, a la cabeza de su ejército conquistador, mientras los pueblos y montes le saludan, y en la cumbre del cerro de Plata ondean las banderas nuevas de sus cinco repúblicas. Otros lo ven muerto, casi sin ropa que ponerse, en el espanto de la caída, al borde de la mar: ilos cubanos lo veremos siempre arreglando con Sucre la expedición, que no llegó jamás, para libertar a Cuba!

La "Sociedad Literaria Hispanoamericana de Nueva York" convidó el 28 de octubre a una fiesta en honor de Bolívar, y fue la ocasión digna del héroe. Henchido estaba el salón histórico de la Sociedad.

Altivos argentinos, cultos colombianos, venezolanos valientes, cubanos silenciosos, todos, de toda nuestra América, se saludaban como una nación sola. Nuestra mujer, más galana que nunca, fue, cargada de flores, a la fiesta de aquel que escribía tan abrasantes cartas de amor, y habló tal vez mejor que nunca cuando anunció la libertad a "las hijas del Sol". Presidía, con la faja del mar entre el amarillo y el rojo, y con las siete estrellas blancas sobre el azul, la enseña de Venezuela. ¿Qué tiene, que todos los americanos la ven como la bandera madre? Y la fiesta entera brilló por su dignidad singular, y por un amor como de hijo al que echó el mundo viejo e inútil de nuestro continente. Música escogida llenó los descansos breves del pensamiento. Decir Bolet Peraza es como haber dicho que su discurso presidencial, de oportuna historia y cincelados engastes, fue sobrio y majestuoso tributo al creador americano: era como rosa de oro cada latiente párrafo. Un hombre de armas y letras, con el apellido del redentor de la esclavitud en su república, el descendiente de un hombre que astilló mucha lanza española cuando Bolívar, el general Domingo Monagas, leyó un trabajo de peso, en estudio de las fuerzas sociales, y demanda de más realidad y conjunto, y de más oído a la conciencia colectiva, en el arte de gobernar los pueblos que emancipó el caraqueño luminoso. De los poetas de Bolívar presentó cumplidas muestras el señor Enrique Trujillo, que en el correcto discurso halló manera propia de recordar la servidumbre y las esperanzas de Cuba. De noble prosa, realzada por conceptos felices de la obra del Libertador, fue la ofrenda del señor Carlos Benito Figueredo, calzada cuerdamente con unos párrafos como diamantinos sobre la vida de Bolívar, de Eduardo Calcaño, aquel que nos escribía, cuando los años de nuestro honor, su artículo de "¡Fuego!" La cercanía de *Patria* a José Martí prohíbe decir más ahora que la ternura visible con que, de sus labios de cubano, oyó el discurso ferviente aquella compañía de toda nuestra América: de él solo recuerda *Patria* estas palabras: "Quien tenga patria, que la honre: y quien no tenga patria, que la conquiste: esos son los únicos homenajes dignos de Bolívar." ¡Y eso, y no palabras, es lo que bulle en el pecho cubano, al recordar aquella solemne noche!: esta es hora de andar, más que de decir: el que anda, vence. La hermana de Bernabé de Varona estaba en la fiesta, y el presidente le regaló las flores de Bolívar. ■

Patria. Nueva York, 31 de octubre de 1893



A la de colibri

A CARGO DE ALPIDIO ALONSO GRAU

EL PALENQUE

Si de alguna cualidad puede ufanarse la poesía cubana de hoy es de su diversidad. Al menos siete generaciones conviven en el presente en nuestra escena literaria donde –en una rica amalgama de tendencias y estilos–, es posible apreciar el particular vigor que mantiene el género de mayor tradición dentro de la literatura escrita en la Isla.

“A la de colibri” propone una breve muestra de textos poéticos que, muy a su manera, dialogan (polemizan) con esa tradición. Una evidente voluntad de ruptura con el discurso lírico prestigiado por el canon; la específica confluencia que logran de elementos

de nuestra oralidad con algunos provenientes de la poesía norteamericana contemporánea y de otras latitudes; todo ello unido a una similar postura en la asunción y uso del lenguaje –aquí empleado con la mayor amplitud y libertad posibles como parte de un testimonio atravesado por una honda eticidad–, distingue la labor de estos poetas cuya identidad grupal y transgresora actitud frente a la escritura, alguien ha querido denominar (connotaciones étnicas incluidas) con el apelativo de El Palenque. En la confrontación con la gestualidad de este decir provocador, rebelde, conscientemente cimarrón, hallará el lector una de las líneas más interesantes dentro de la experimentación y exploración poéticas cubanas de estos tiempos.

Caridad Atencio (1963)

Como una especie de terror en el tamiz que soy para absorber el mundo. No descanses, entrega tu laboriosidad. Pisa la alfombra del sentimiento desde el silencio más solemne hasta toda el alma pisotear. Si estoy labrada en un encaje, si la fidelidad es el escudo que hace estallar mi pecho... lo que existe es la luz que agranda la ceguera, lo que existe es la luz que la ceguera legitima.

Con lo que hiere me oculto. En la plaza de la mente se ve tan claro. Su fuerza volcada contra mí. La voluntad contra el discernimiento. Velocidad y ceguera contra del sacrificio. Como si el mundo se negara con tus ojos, has de saber en el vientre que estás: *el sitio donde la esquiadora y la lisiada deben reconocerse*. Como el arrobamiento que le falta. Como el árbol del plátano que conserva sus hojas mucho después que mueren.

Julio Mitjans (1965)**Los negros galantes**

El tumulto solitario, lo que ves son los negros galantes
esa puñalada arde y no sabemos dónde.

La vida más breve que ellos es una garra que los atraviesa:
negros del puerto, lumbres en la noche, negros en la esquina
miran y lo saben todo.

El gesto infinito de sus músculos
enhebra, acecha el deseo de cada quien.
Velan los sueños de su amante, desesperados
como si no encontraran la madre o algo remoto
esa es el arma, la impudicia.

En el mercado, en la fe, en la autopista
bajo el sol: negros, el jornal les ocupa, dan la espalda
queda un viento escurridizo.

Árbol perenne, negros
juntos caen de sus ramas sombra y pensamiento
acaso no puedes, o no quieres entenderlos
cuida que no te falte ese fuego
aunque solo sea la encrucijada
no hay más remedio.

El ladrón del mercado

Hermoso, los brazos largos y firmes
de quien ha recibido suficiente de la vida,
nada perturba el abandono que lo envuelve;
a su paso unos gritan: mercancía fresca y barata, se confunden
las manos durante el regateo; mientras él en un descuido
alcanza la guayaba y muerde, definitivamente.
Un anciano que lo ha estado mirando
toma al joven del brazo, y no sabe si es el aroma de la
fruta
o el ámbito del mancebo lo que el señor respira...ya se
alejan;
el viejo deja oír de sus labios expertos y cansados:
Siempre se puede más, y más barato.

Antonio Armenteros (1963)**Profeta de consuelo**

No sé explicarme el delta de esta mañana
pero se siente el fervor de los vencedores,
y observando mis débiles manos

los objetos yacen sobre ellas
sin facilidad / sin pasión

—hasta que se desprenden— ...

Mañana perderé a un amigo,
la ceguera de sus ojos me persigue.

Nociones de patronato

“No tengas miedo. No llores, no grites”.

“Ven conmigo. La moneda estallará”.

De cualquier modo esa implosión nos acecha.

Chisporrotea en el límpido apetito de los amores.

Córtame, haz en rebanadas mi felicidad.

Y luego exponla.

Educada con ese color mecánico

Y después acúsame de esclavo,

De sirviente entrado en años.

Ven a vigilarme que la cocción ya esté

por dinamitar / por amontonarse.

Ven, que el cuchillo se vea largo, afilado.

“No tengas miedo. No llores, no grites”.

“Ven conmigo. La moneda estallará”.

Y de cualquier modo —miserable— cercenaremos tu cuello.

Ismael González Castañer (1961)**Novela**

Cada cuatro meses llega una canción de los pechos desangrantes.
Llegan y atraviesan el dolor/ corazón/ sentimientos.
Lo sabemos por las chicas que utilizan Pre-
solo por las que Lo utilizan.

Cada cuatro meses llega una canción.
Lo sabemos por las chicas que en inglés me dicen "Cháon, leiri éraun"
lo sabemos por las chicas que en inglés me dicen algo
algo así como "el camino".

Y bailamos "California" y eso es malo. Eso es malo
porque andamos atrasados. Nos ponemos a bailar
y bailamos hacia un tiempo en que Berta provocó/ provocara
vahos y ganancias / las canciones de los pechos.
Cancioncita de los pechos.
Llega una canción/ y me siento poseedor/ de unos cuadrados blancos.
Y después muy solo como algunos perros. Como algunos perros
a los que por cierto
no le faltan unos huesos.
Unos huesos enterrados por doquier.

El mundo está mejor que nosotros

El mundo está mejor que nosotros

se mueve entre la gente/ que balancea su cuerpo
leve
de una pierna a otra/ mirando la bombilla azul.

Cuando le vi juré montarlo en el traspatio
sobre dos viejas cajas/ de mi juego infantil
para tenerlo a solas/ para mí y para mí
como se tiene bien colgado usted
su espejo contemporáneo.

Pero la música no puede estar en todas partes

y todavía queda muy lejos mi corazón de otro aún.
Entonces vi que el mundo también era mejor
pero (como el ensayo, algún tipo de este, por supuesto)
supe igualmente cómo/ no alcanzaríamos a explicarlo
en uno muy sencillo para todos.

Dolores Labarcena (1972)

No, la casa no murió de muerte natural
Sostenida por vigas
que no atraviesan jamás
(como piernas)
ningún callejón
prefirió
imitando a un soldado
o a un hombre demasiado cívico
levantarse
la tapa de los sesos
sólo tuvo que burlar por un segundo la meditación
abrir la puerta (como una boca)
para que el objeto golpease
dentro
en la cavidad craneal

Era tan humillante doparse
y contar hasta 3...

Desahogo

a mis hermanos

Cuando el perro envenenado en nuestra infancia
-por la vecina
envenenada igualmente
por otros
fármacos
no menos nocivos
que la culpa-

no dejamos de gritar "despeñadero"
fosa/pabellón/declive
como si supiéramos la palabra:
ausencia

esa -según mi madre-
no se puede ocultar
en cualquier bolsa de plástico.

Rito Ramón Aroche (1961)

Tela bruja
 si no duermes está el saco
 tela bruja
 como la Quinta como la Quinta
 digo
 -si no sueño?
 Tragaluz son los bordes las paredes
 como la cerca
 -como la casa?
 Tela bruja
 cielo lleno de estriadas la casa
 el agua? Tela bruja
 Si no sueño si no sueño?

Lejos -de yo apuntar con esas (mis) dos mil palabras, de tono y trazo sentenciosos... "tendenciosos" según esa manera tuya de contradecirme, y de expresarte el-otro-día tumbada en la sala de bain y-al-otro-día con ese paño que tú o alguien llama (llamaba según tú, y entonces) "un paño koljosiano" tumbada aviesamente aviesa sobre esas (mis) dos mil palabras, se habría notado, afuera, seguramente un viento muy terroso, un poco antes, de caediza el agua, la oscuridad del agua, el cielo, un poco antes, caedizo.

Julio Moracén (1967)**¿DICHTUNG und WAHREIT?**

Construyendo objetos muertos
 Sustituyo la lógica del descubrir por una lógica del inventar
 ¿Invención como redención?

Pregunta:

NUNCA HE IDO AL ÁFRICA

Respuesta:

IR A - ÁFRICA (a veces) ES IR [A] UNO MISMO

¿Envejecimiento del discurso?

El discurso como concepción occidental del observar

Discurso que ata y al romperlo te destruye

CANCION POPULAR

"Cuidado con cuidado"

Ma'rifah/Zisa

Para ser sultán Para ser sultán
 caminar como araña Para ser profeta
 profeta sobre el oro y caminar como araña sobre el oro
 para ...
 morir en una nube, un oasis
 al alba, quitarse el velo
 en silencio beber el vino
 en silencio como un lagarto
 al alba
 a la muerte, danzar en muerte que me voy
 a la muerte, muerte que me voy
 a la muerte.

Intimando

A CARGO DE RAFAEL POLANCO

Entrevista a Léster Campas

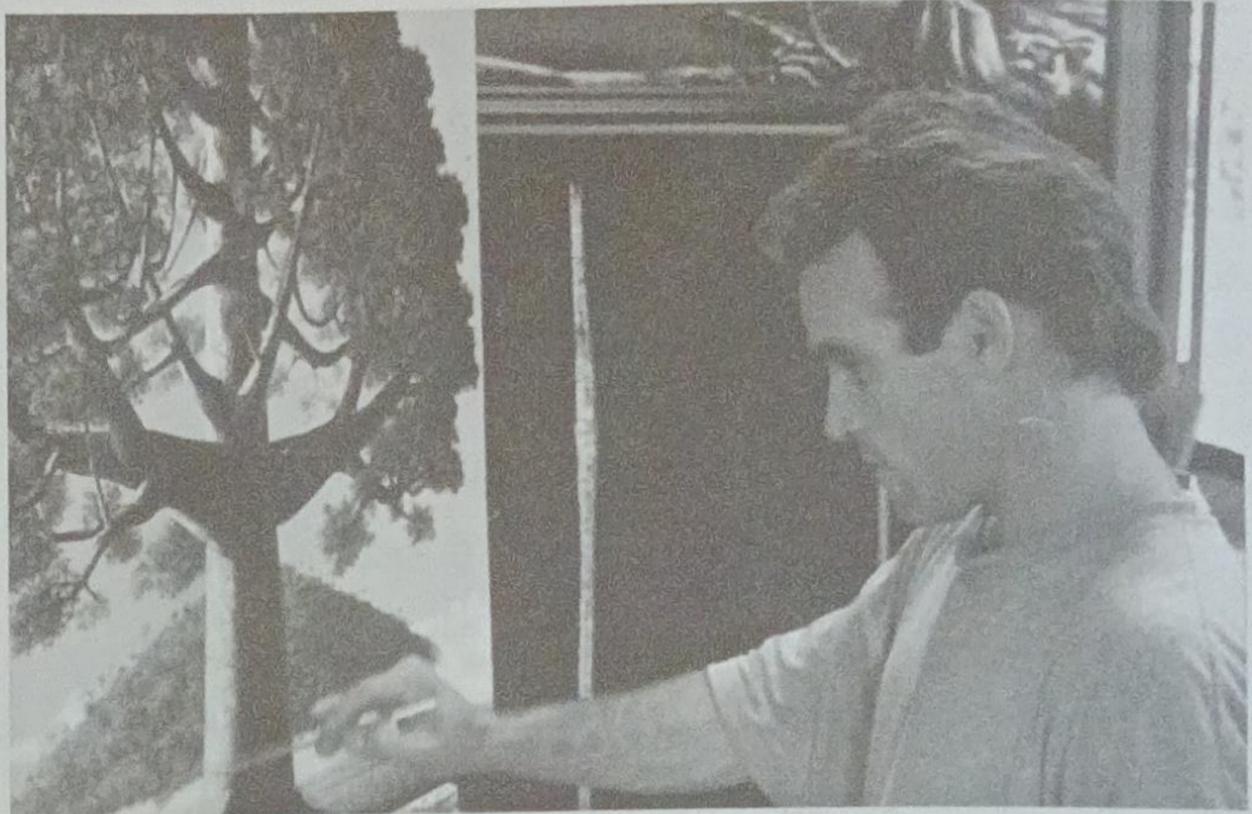
Esta vez la sección Intimando se complace en entrevistar para los lectores de *Honda* al pintor y grabador Léster Campa, quien ha accedido gentilmente a responder nuestras preguntas.

Nos interesa conocer cómo te inicias en la plástica.

Como todo niño que empieza a pintar, a dibujar, como un juego, y que continúa y se le va convirtiendo en un tema obsesivo, en un profundo deseo incontenible. La formación viene con las escuelas de artes plásticas cubanas, con tres años de entrenamiento en la Escuela Provincial de Arte de Pinar del Río —mi ciudad, mi provincia—, y después cuatro años en la Escuela Nacional de Arte, donde ya me formo como grabador, dibujante, pintor, diseñador, fotógrafo. Así me gradúo como un grabador dibujante. Me gustaba mucho la gráfica y me sigue gustando.

Has convertido al paisaje en el tema central de tu creación artística. ¿Crees que haya una cierta predisposición al paisaje a partir del entorno en que te has desarrollado?

Lo primero que caracteriza a un artista que vive a través de los ojos, que se nutre de la belleza, es su sensibilidad para captar lo bello. Desde luego, la cercanía y el roce diario, la vida cotidiana con ese paisaje asombroso y alucinante, que no puedes dejar de mirar, es algo que te motiva mucho y a lo que no es posible darle la espalda. Y uno tiene un compromiso, no solo como artista que siente el goce de trabajar para uno mismo, sino de darles una imagen bella a otros que



no se percatan de esa belleza o que no la tienen cerca.

Mencionaste tu formación como grabador, diseñador, ¿tú pintas paisajes bellos o haces bellos los paisajes?

No, yo creo que la naturaleza es el elemento más poderoso en mi creación artística. Yo soy un servidor de ella.

¿Pero no hay una especie de diseño...?

Sí, desde luego, en toda obra hay un diseño, hay una intención de aprovechar los elementos del paisaje y a partir de ellos motivar en el espectador de la obra de arte pensamientos, provocaciones, sensualidades, a veces. Y también, en ocasiones, hay hasta pretextos para, a través de elementos del paisaje, provocar reflexiones sobre temas sociales, referidos incluso a la

Cuba de hoy. Las palmas y los árboles son símbolos, son una excusa para expresar lo bello. Hay detrás una intención de que el espectador se encuentre con algo que no es lo fotográfico.

Sé que eres un martiano apasionado y lo tienes como fuente de inspiración. Como tú relacionas a Martí con tu obra.

Para mi Martí es el precursor de ideas y pensamientos, el hombre obsesionado por la belleza en todos los aspectos de la vida: la mujer, el hombre, la naturaleza, el arte, la cultura, la arquitectura, en toda la vida humana. Y he abordado a Martí, y vamos a ver qué pasa, porque siempre estoy nutriéndome de él; soy un bebedor de sus pensamientos y sus ideas. En sus cuarenta y dos años nos dejó una obra impresionante. Necesitaría uno tres

vidas para conocer toda la grandeza de este hombre.

Llama la atención que siendo tú un artista joven hayas decidido permanecer en ese medio natural de Las Terrazas. ¿No te ha tentado La Habana?

Sí, yo mantengo un vínculo con la ciudad todo el tiempo, tengo mis amigos, las galerías. Me encanta la ciudad, puedo vivir en la ciudad, y paso por ella y nadie reconoce que vivo en el campo. La verdad es que no estoy tan lejos tampoco, estoy apenas a una hora de la ciudad. Sin embargo, estar allá me da la posibilidad de analizar y reflexionar acerca de mi vida, de mi obra, en ese silencio, y de pensar dos, tres veces la misma cosa, que a veces la ciudad no te lo permite. Mi vida transcurre a una velocidad lenta. No quiero esa cámara rápida que atropella la vida. Entonces tengo esa posibilidad de repensar las cosas y de vivir una vida mucho más simple, sin desbocarme hacia lo material, hacia cosas propias de la ciudad que te llevan a una vida mucho más rápida y tal vez más creativa. Que yo lo he conseguido sin atropellar mi pensamiento y ni mi sentido humano.

En cierta medida la ciudad te aleja de lo que ha sido la fuente de inspiración principal tuya.

Por supuesto. A mí me encanta la arquitectura, me encanta la ciudad de La Habana, me encanta la parte vieja de la ciudad y tengo buenos vínculos con mis amigos que me hacen beber de eso, y es un pretexto para venir a la ciudad siempre, porque me encanta ese Malecón, ese mar que a veces no tengo. Pero, por otro lado, tengo una tranquilidad y un mundo silencioso que me llena, me llena mucho el espíritu. No necesito totalmente la ciudad para sobrevivir a mi gusto. Eso no quiere decir que rechace la ciudad, porque ella también hace falta.

De todos modos, Las Terrazas y su entorno forman parte de una región privilegiada, ¿no?

En Las Terrazas y en algunas zonas de la región occidental encuentras una historia muy interesante relacionada con los cafe-

tales que se desarrollaron en el siglo XIX allí. Todo el entorno tiene su encanto. Hay una vegetación, una reserva natural pura, ahí todavía la civilización no ha aplastado tanto el entorno. Y la cercanía me permite un vínculo diario con esa realidad, con esa belleza natural. Por otra parte, estar allí no significa en modo alguno estar aislado, porque dispongo de los medios de la tecnología en la comunicación, la computación, etc. Por eso no es un problema la distancia.

En cuanto a la temática, ¿hay alguna evolución aparte de los temas tradicionales que tú tocas?

Voy en busca de lo más sencillo. A medida que va pasando el tiempo, que voy reflexionando con el pincel y el lápiz, busco lo más simple para alcanzar la síntesis de ideas con un diseño muy sencillo, a partir de los mismos elementos de la naturaleza. La síntesis, la síntesis del diseño. Creo que lo grande está en lo sencillo. No es pretensión ni vanidad. Es alcanzar con pocos elementos una lectura mayor para diferentes pensamientos. La gente se acerca a la obra y está abierta ahí a cualquier tipo de idea.

Veamos ahora los planes futuros. Se que estás preparando una exposición. Háblame de ello.

Trabajo para un proyecto interesante en Nueva York, una exposición en mayo de

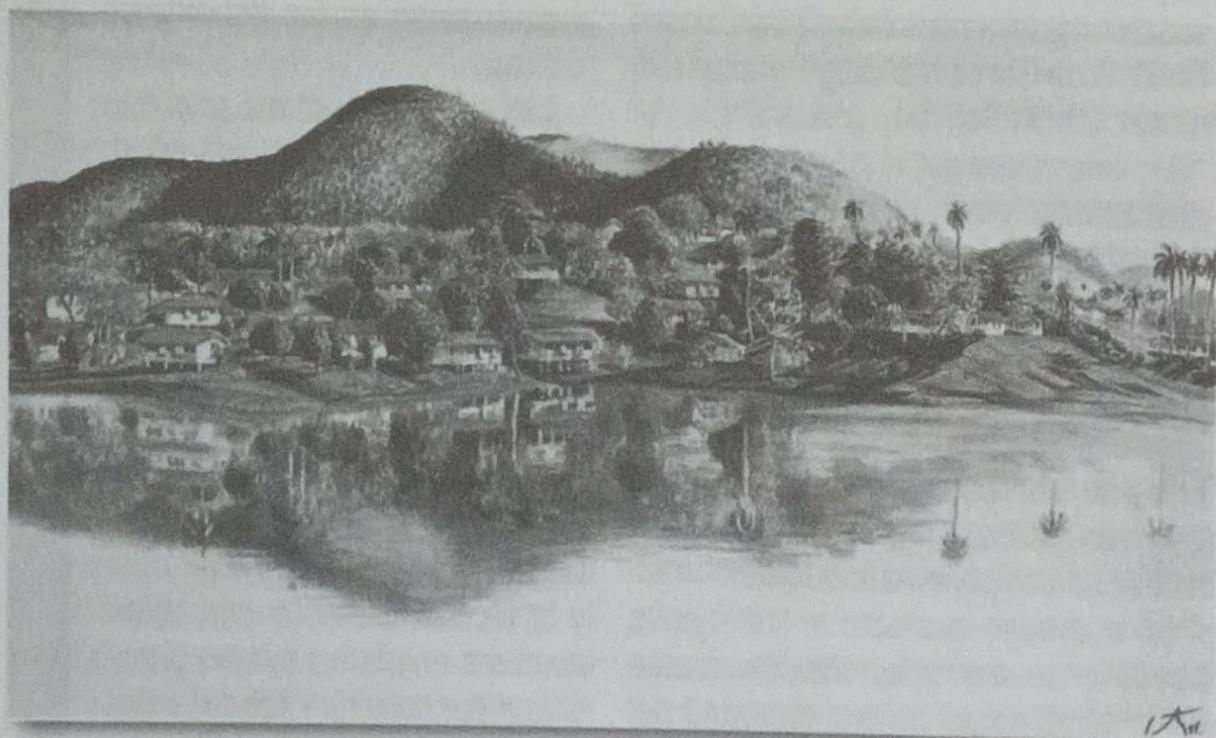
2010, y ya me comprometí a presentar varias obras. Quiero llevar unas tres o cuatro obras en blanco y negro, y alguna en color para dar un poco de felicidad...

¿Siempre también con los elementos del paisaje...?

Sí, sí, los elementos del paisaje. Ellos se separan del panorama. O sea, el paisaje está integrado por elementos unidos que componen una panorámica ante los ojos humanos. Yo me robo esos elementos y los aparto, en una obra que está dentro de un marco, y tú lees todo tipo de intención.

Con esta entrevista pagamos una vieja deuda. Porque cuando preparamos el número 12 de Honda, dedicado a Alejo Carpentier, quise huir de las columnas y los medio puntos, y me apoyé en la descripción que él hace en la Consagración de la primavera cuando debajo de una ceiba se descubrió por vez primera a sí mismo. Y aquello me pareció tan sugerente, que quise entonces representar ese momento con una ceiba tuya. Quedó pendiente la entrevista. Esa es la vieja deuda a que nos referimos y que esperamos saldar ya ahora en este número de Honda.

Agradecemos mucho a Léster su amabilidad para responder estas preguntas, seguros de que será de mucho interés para nuestros lectores. ■



Las Terrazas, acuarela/papel, 1994.

Páginas nuevas

Utopía, identidad e integración en el pensamiento latinoamericano y cubano, de Joaquín Santana Castillo

El libro que nos presenta Joaquín Santana, profesor titular de la Universidad de La Habana, con una ya extensa vida profesional en la que destaca su dedicación al estudio del pensamiento latinoamericano y cubano, reúne un grupo de ensayos que versan sobre el tema (o los temas) que anuncia en su título. Son 15 ensayos que van desde la conquista con el imaginario que esta genera en el propio conquistador y lo que denomina "las visiones del otro", hasta las búsquedas más contemporáneas de alcanzar la utopía de la integración en nuestra región, pasando por estudios particulares referidos a la identidad cultural, la modernidad, la construcción del concepto de Caribe, en particular el hispano, y la reflexión acerca de pensadores individuales o representativos de un grupo, tales como José Enrique Rodó, José Carlos Mariátegui y, especialmente, Simón Bolívar y José Martí.

En este paseo por el pensamiento latinoamericano y cubano, el tema de la modernidad ocupa un lugar importante, por cuanto es uno de los problemas presentes en los diversos proyectos que atraviesan el mundo de las ideas y de las propuestas concretas desde el siglo XVIII hasta nuestro presente, en lo que la polémica en torno a la contradicción civilización-barbarie resulta un componente ineludible.

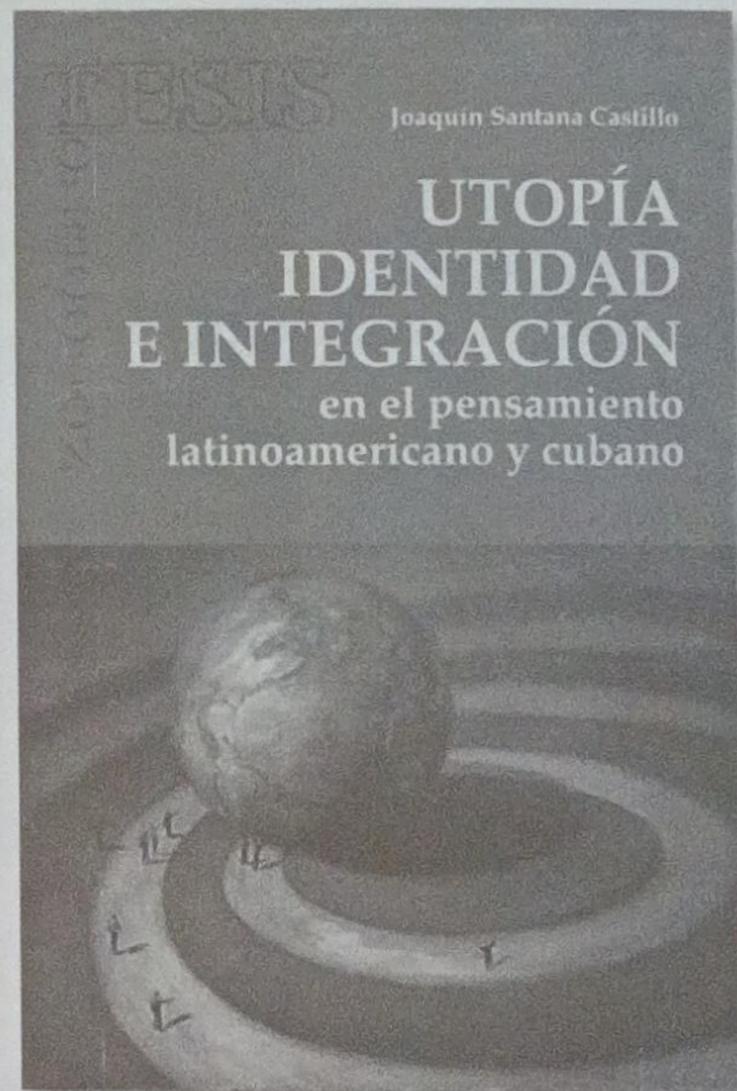
En el ensayo que abre el libro, ya se puede encontrar una reflexión acerca de la complejidad de la mentalidad del conquistador alejada de todo maniqueísmo.

Aquí encontramos un recorrido por los llamados "cronistas de Indias" para encontrar las tesis esenciales que conducen a la inferiorización del "otro", ese otro que habitaba estas tierras y que sería sometido por "la espada y la cruz" en un mundo que imponía el mercantilismo del capitalismo de la época. La complejidad de este pensamiento puede apreciarse en la contraposición Sepúlveda/Victoria y Las Casas en cuanto a su mirada acerca del "indio" americano, en la Polémica Doctrinal que trasciende hacia el futuro en la percepción de lo americano y lo que el autor denomina su "feminización", en la mirada eurocéntrica sobre este "nuevo mundo" y sus gentes, en las expresiones de la cultura dominante y la dominada y su impacto en las denominaciones.

Las denominaciones, precisamente no inocentes, se convierten en un asunto de no poca importancia para adentrarse en los problemas de identidad que se abordan en este libro. Desde la manera de nombrar a este supuesto "Nuevo Mundo" o "Indias" se construye también una dominación cultural que tendrá su contrapartida en las búsquedas de la integración y la identidad común con otros nombres aportados por los paradigmáticos constructores de la utopía de nuestra América. El autor

aborda los problemas teóricos acerca de la identidad para adentrarse en este asunto respecto a América Latina planteándolo desde la perspectiva cultural.

El tema de la identidad del conjunto tiene que verse dentro de la heterogeneidad en su interior, en la identificación de sí mismo frente a lo que se empieza a identificar como "el otro", es decir, la América sajona. El surgimiento del americano o lo americano lleva implícito el proceso de diferenciación entre lo que Martí llamó "las dos nacionalidades" que cohabitan en este continente, en un proceso de larga duración y que tiene hitos esenciales como los procesos independentistas en ambas partes. El pensarse a sí mismo constituye factor de importancia relevante en la



América española, como contenido de los proyectos emancipadores e integradores, lo que a su vez incluye necesariamente la mirada al otro.

En este aspecto, Santana nos presenta las distintas maneras de esa mirada hacia adentro y sus consecuentes proyecciones de construcción del futuro, con el acento puesto en aquellos pensadores que marcaron posiciones esenciales; en especial, los distintos ensayos que se compilan aquí ponen énfasis en Francisco de Miranda, Simón Bolívar y José Martí, para contraponerlos con la construcción de otra mirada como la de Domingo Sarmiento, por solo citar algunos de los más paradigmáticos, entre los que son analizados. La ubicación de los más conocidos constructores de la idea integracionista en el contexto del pensamiento y las circunstancias de su época enriquece sobremanera el análisis de esta problemática, más allá del estudio aislado de las personalidades más conocidas y generalmente estudiadas en solitario, como es el caso de Bolívar y Martí.

El latinoamericanismo y el panamericanismo se contraponen para establecer sus significados dentro del devenir de esta nuestra América, concepto que me parece el más incluyente y preciso para los pueblos al sur del río Bravo. Esto implica, a su vez, contraponer la cultura de la emancipación con la cultura de la dominación.

Los problemas abordados conducen a la reflexión en torno a las alternativas, las propuestas diferentes y los obstáculos internos y externos para la consecución de la utopía de la integración; al diálogo con autores que han abordado estas cuestiones como Roberto Fernández Retamar o Leopoldo Zea; a las consideraciones acerca de la modernidad, su influencia, sus paradigmas y las asunciones de esta, así como los dilemas que plantea al pensamiento latinoamericano, dedicando particular consideración a la siempre renovada contradicción civilización-barbarie—aunque se vista con nuevos ropajes a través del lenguaje de cada época—; y a la factibilidad de alcanzar esos paradigmas de modernidad dentro de las estructuras

de nuestras sociedades. Esto, a su vez, conduce al análisis del pensamiento desarrollista, sus contenidos, implicaciones y resultados. Las opciones actuales no quedan fuera de la atención del autor para explicitar su criterio de que

[...] resulta en extremo difícil que la utopía de la integración latinoamericana pueda realizarse plenamente, pero su concreción parcial no solo es factible, sino que puede llevarnos a un mundo diferente al trazado para nuestros países por el Primer Mundo [...].

Dentro del pensamiento latinoamericano, no puede estar ausente el análisis del liberalismo (o los liberalismos) que ha estado presente a lo largo de nuestro decurso como pueblo (o pueblos), con sus distintas vertientes y proyectos. También se atiende el pensamiento marxista creador, en especial el de Mariátegui, ubicado en su contexto epocal y cultural, lo que permite adentrarse en su vínculo con Antonio Gramsci y la importancia de conocer y mirar la realidad latinoamericana y sus particularidades para buscar los caminos de creación a partir del marxismo, como también anticipó el cubano Julio Antonio Mella, su contemporáneo muerto muy tempranamente. El rechazo al calco, a la copia de realidades ajenas a partir de un instrumental teórico sólido y el estudio de las condiciones específicas de nuestras sociedades y sus problemas, es consustancial al pensamiento creador de los más altos exponentes del pensamiento emancipador nuestro, en lo que se destaca Mariátegui en el siglo xx.

La inclusión del Caribe en estas reflexiones resulta de gran actualidad para el lector cubano y caribeño. El sentido de la "caribeñidad" es fenómeno reciente pero de significativa importancia en nuestros días. Lo que Santana asume como "invención del Caribe" en el siglo xx, a partir de las propias denominaciones precedentes, es parte de este autorreconocimiento de lo que nos une como espacio y conjunto humano con historia y cultura comunes. Aunque limitado al ámbito del Caribe hispanoparlante, es un fenómeno que concierne a todo el conjunto, especialmente desde los años sesenta

del siglo xx, cuando se inició el proceso de independencia política de un grupo de islas angloparlantes en este ámbito. El contenido de resistencia ante los imperios dentro de la creación del sentido Caribe y la generalización de su denominación en tanto tal, no es asunto de segundo orden para la explicación de la construcción de la identidad caribeña y la identificación, el reconocimiento de pertenencia a una cultura común, aunque diversa, con historia, presente y futuro que nos unen desde lo interno y en la mirada de los otros.

El libro dedica espacio particular al pensamiento cubano, desde los fundadores (de José Agustín Caballero en adelante), para adentrarse en las consideraciones acerca de sus expresiones en la república burguesa, partiendo de las contradicciones internas de esa república—denominada indistintamente en nuestra historiografía seudorrepública o república neocolonial o mediatizada, lo que implica un problema conceptual que no es del caso dilucidar aquí, pero que es parte del debate historiográfico cubano— y las expresiones en el mundo de las ideas. La sincronía y diacronía entre Cuba y América Latina se ponen en evidencia, especialmente a partir de la separación de época en sus respectivos procesos independentistas, lo que pudiera extenderse a otros procesos revolucionarios posteriores y sus expresiones ideológicas.

Con un análisis crítico de los problemas abordados, este autor nos presenta los temas a partir de la consulta de numerosas fuentes de diverso orden en cuanto a latitud, filiación y asuntos tratados por los distintos autores; expone su propia visión crítica de las tesis, planteamientos y clasificaciones para dotarnos de un instrumento muy valioso en el estudio del pensamiento latinoamericano y cubano referido a los problemas de identidad e integración.

Como el propio Santana señala en su Introducción, no tiene todas las respuestas, deja algunas interrogantes o adelanta criterios que deben seguir trabajándose para arribar a conclusiones más definitivas, dentro de lo que en la construcción del conocimiento puede llegar a ser definitivo, en este caso, en las ciencias sociales.

Es de agradecer que se presenten estas "reflexiones críticas" de conjunto, que se rescate no solo el análisis de los problemas apenas apuntados en esta reseña, sino también algunos pensadores poco conocidos hoy como Rodó, de tanto

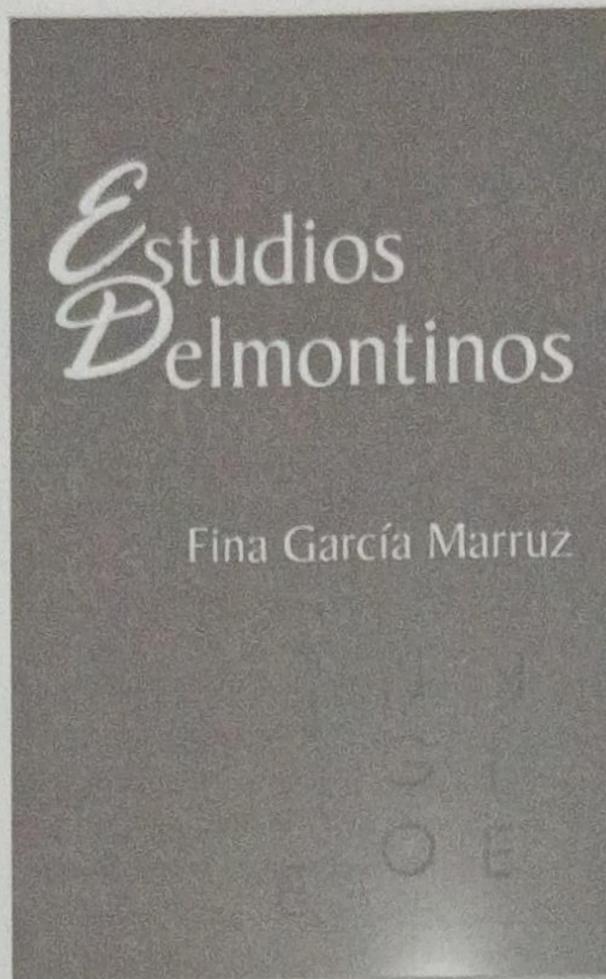
impacto en su contemporaneidad especialmente con su *Ariel*, o Mariátegui, o los propios contemporáneos de Bolívar y Martí, los que anticipan y los que continúan, aunque su autor nos diga que tienen "un carácter preliminar y no acabado". Desde

la propia afirmación de que esto es parte de la realidad cambiante, nos permite dialogar con estos textos y abrir caminos para el análisis. ■

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

El caso de Domingo del Monte¹

Todos sabemos que fue uno de los cubanos más influyentes de su tiempo —"el más real y útil" del tan citado elogio de Martí—,² que en sus famosas tertulias se leyó, se alentó, cuanto se produjo en Cuba de algún valor literario por aquellos años; todos sabemos de la red de mil hilos de su correspondencia, en la que vemos reflejarse toda la vida del país en sus sucesos mayores y menores: la elección de los diputados a Cortes o la construcción del Palacio Aldama, las arbitrariedades de Tacón o la llegada a La Habana de la Condesa de Merlin. Familiarizarse con su vida es familiarizarse con la primera mitad de nuestro diecinueve. No fue Del Monte ni "el mejor" ni "el más sabio de los cubanos de su tiempo", título que nadie osará regatearle a José de la Luz, pero sí el que recoge una suma mayor de inquietudes diversas, el más contradictorio y múltiple. Tan pronto se ocupa de revisar el último grabado de *La Moda*, destinado a las bien vestidas minorías ciudadanas, como de velar por la instrucción primaria urgente de que carece la población rural del país. Tan pronto polemiza con Luz sobre el origen de las ideas como crea un gimnasio. Recibe, en cómodas babuchas de casa, a sus amigos, en su gabinete lleno de libros, en cuya pared había un mapa de Cuba, o casi solo, en el destierro, ayuda a Saco a librar su vasta campaña



contra la anexión. Le interesan las últimas publicaciones literarias y científicas de Europa y el progreso de Puerto Príncipe; los dramas anteriores a Lope de Vega y el estado actual de Jamaica. Se ocupa del camino de hierro de Güines y de que le envíen las obras de Tocqueville o los cuentos fantásticos de Hoffman.

Vanamente buscaríamos el secreto de su influencia en su breve obra: ensayos críticos o memoriales patrióticos. Del Monte no influye desde arriba, desde la posición del maestro, como Varela o Luz, o desde la tribuna oratoria, como más tarde los autonomistas Montoro o Giberga. Cuando le ofrecen una cátedra de Humanidades la rechaza. No sabe monologar y si enseña es solo involuntariamente, conversando, intimando, poniendo al servicio de todos, su biblioteca, hecha con tan sagaz instinto de lo esencial. Es digno sin solemnidad y orienta sin petulancia, con tacto exquisito.

Sabe sugerir la lectura de una obra como si su interlocutor hubiese descuidado su lectura y no ignorado su existencia. Llega a Matanzas, a Madrid, a La Habana, y enseguida hay un círculo animado a su alrededor: uno se decide a empezar la novela proyectada hace años; el otro a publicar el libro arrumbado de versos. Este hombre que apenas escribe, crea siempre una enorme actividad literaria en torno. Su influjo es sutil, jamás directo. No tenía su conversación ese hechizo inigualable que tuvo, según cuentan, la de Martí. A su lado son los otros los que hablan. Conocemos casi todas las cartas que escribió Martí y casi ninguna de sus correspondientes. Conocemos casi todas las cartas que le escribieron a Del Monte y solo unas cuantas suyas. El hecho, aunque azaroso, es revelador. Sin duda escucha mejor que habla, y sabe conciliar y servir del modo menos ostensible. Solo cuando parte al exilio es que sus amigos se preguntan extrañados por qué se sienten como privados del foco que les daba luz y calor. Uno se vuelve a su empleo de comercio; el otro, a su bufete de abogado. Nadie se anima a reunirse en tertulias o a sacar revistas. Suárez y Romero le escribiría: "Su presencia de Ud. aquí era un bálsamo para mí." Cuando estaba a su lado "los nublados se disipaban y respiraba más alegre el ambiente de la vida". Tiene, como en una dimensión mayor tendría Martí, lo que definió con acierto Federico Milanés al evocarlo: la propiedad irradiante.

El que quiera conocer cómo se desarrollaba la tertulia de Del Monte, que lea las páginas del prólogo de Federico Milanés a las obras de su hermano,³ o el

¹ Introducción de la autora a su libro *Estudios delmontinos*, publicado por Ediciones Unión, La Habana, 2008, pp. 5-14.

² José Martí, *Obras completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 5, p. 282.

³ Federico Milanés, *Obras de Don José Jacinto Milanés*, 2da. ed., Juan F. Trow y Compañía, Nueva York, 1865, pp. III-XLVI.

que escribió Suárez y Romero a las de Ramón Palma,⁴ cuadro acaso exagerado y demasiado "compuesto" a lo académico, pero de todos modos revelador, o el trabajo de Emilio Blanchet "La tertulia literaria de Del Monte",⁵ tal vez basado en los testimonios anteriores.⁶ Milanés nos hace entrar en "aquel entresuelo guarnecido de balaustres antiguos que miraba a la calle de La Habana", al interior de su gabinete repleto de libros y de estampas curiosas. Creemos mirar el contraste significativo del mueble sólido, propio del bufete del abogado, con el diván elegante, en el que se encuentran, en agradable desorden, publicaciones extranjeras acabadas de llegar. Las evocaciones se complementan. En la de Blanchet, vemos a Cintra y a Escobedo que hablan acerca de un pleito; González del Valle y el presbítero Ruiz, de un tema filosófico; mientras, entre un chiste de José Victoriano Betancourt y una fábula de José María de Cárdenas, conversan de agronomía el Conde de Pozos Dulces y El Lugareño; se ensimisma Villaverde en algún episodio de su novela o conversa con José Silverio Jorin. En la de Suárez y Romero, de la que se burla un poco Zenea en las páginas de su *Revista Habanera*, por la ingenua pretensión del evocador de pintar a La Habana de Del Monte como si fuera la Atenas de Pericles, creemos entrar físicamente en la sala la mañana en que Del Monte, con su agradable voz pausada, comenta con Palma los versos que escribiera Byron a una joven griega. Uno de los niños de la casa coge de la reja de la ventana una especie rara de mariposa, que el naturalista Poey clasifica calmoso, y se cree ver entrar, cohibido, a Plácido, haciéndose insistir para que se siente; y se imagina a Milanés leyendo las primicias

de su *Conde Alarcos*, o a Echeverría las de su *Antonelli*, o a Palma las de su *Pascua en San Marcos*; y se cree oír la voz grave y dolorosa de Manzano, leyendo, a su sobrecogido auditorio, el quevedesco soneto a sus treinta años: "Tiemblo y saludo a la fortuna mía / más de terror que de atención movido..."

No importa que con estos elementos reales la memoria compusiera un cuadro no del todo exacto. Tan real resulta un hecho como la fascinación agrandada que ejerce con el tiempo en el que lo vivió. Seguramente tiene razón Azcárate cuando niega el carácter de "tertulia" (al estilo madrileño) a las reuniones informales y sin carácter periódico que daba Del Monte, llenas de habanero desgaire. Como dice Milanés, allí entraban y salían todos "con cariño y sin ceremonia". Tiene ese supremo modo de atender que consiste en no abrumar con una cortesía excesiva. Todos están a sus anchas, pero a la vez, dando de sí su mejor medida, haciéndoles disfrutar de la perfecta sazón de ese equilibrio de abandono y disciplina tan típicamente delmontino. Su labor de escritor acaso se resintió un poco de esta dedicación preferente suya al magisterio amistoso. Pero por ninguno de sus trabajos críticos quedará acaso más Del Monte que por esta atmósfera de creación y simpatía que supo suscitar. A él no le interesa "lucir lengua" sino servir, y muchos de sus artículos corren anónimos o con falsas firmas en periódicos y revistas. En una ocasión en que Saco le manifiesta sus escrúpulos por utilizar datos ajenos en un artículo propio, le responderá extrañado que lo esencial es que esas ideas llegaron al público y no quien fuera su autor. No es necesario subrayar lo raro de este superior desinterés. Ayuda a publicar lo de sus amigos y no se cuida de publicar lo suyo. De "largo y engorroso" califica su utilísimo informe sobre la enseñanza, y a su trabajo sobre el destino de la poesía en el siglo XIX lo llama "artículo" como si se avergonzara de él. Sus libros lo son de todos. Como Luz, podría decir: "Si me dan la ciencia a trueque de no enseñarla, la desprecio."

Lo vemos provocar, involuntariamente, una de las polémicas más interesantes de

nuestra breve historia filosófica, la sostenida por Luz acerca del origen de las ideas y el eclecticismo de Cousin. Algo al parecer tan distante de su actividad como la publicación de los grabados de Mialhe, no se hubiera producido de no haber hecho él las gestiones para establecer en Cuba nuestro mejor establecimiento litográfico. Se puede discutir si su influencia sobre Heredia y sobre Milanés fue más bien de orden negativo para sus poesías. De todos modos, sus obras hubiesen sido distintas de no haberlo conocido. Lo vemos ayudar al pintor Peoli en Roma y adivinar las posibilidades musicales de un Saumell. Vemos también cómo en esa forma indirecta típica suya, decide la libertad del poeta Juan Francisco Manzano y la publicación de sus poesías en el extranjero, dando los materiales necesarios a Richard R. Madden para su libro a favor de la abolición de la esclavitud.⁷ Su antiesclavismo no se manifiesta en vastos tratados como el de Saco, a cuya *Historia de la esclavitud* ayudó con sus datos, sino en el informe secreto al comisionado Madden, en los consejos que da a Suárez y Romero acerca de su novela *Francisco*, donde mucho antes que en *La cabaña del Tío Tom* se trató el tema negro, en las efusiones de sus versos tachados por la censura oficial, en donde da rienda suelta a sus verdaderos sentimientos. Cuando quiere actuar en forma personal y directa, fracasa. Lo suyo no es ser nombrado Diputado a Cortes sino el lograr que otros cubanos lo sean, o que repitan en la Asamblea los Diputados españoles Olózaga, Izardy, o Martínez de la Rosa, lo que él ha tenido el buen cuidado de sugerir en la sobremesa oportuna o en el tejido sutil de las cartas amistosas. Lo suyo no será labor de cátedra ni de Parlamento, sino que estará en la ayuda económica prestada a una campaña política, en la labor anónima de la revista, o el periódico, en la creación del clima previo, favorable a un

⁴ Ramón Palma, *Obras*, prólogo de Anselmo Suárez y Romero, Imprenta del Tiempo, La Habana, 1861, t. I, pp. III-XXXV.

⁵ *Revista de la Facultad de Letras y Ciencias*, Imp. El Siglo XX, La Habana, 1912, vol. XIV, pp. 49-56. No hemos podido consultar el estudio de Blanchet "Domingo del Monte: su vida y su obra", premiado por el Colegio de Abogados en 1908.

⁶ Hay otra referencia de Cirilo Villaverde a esta tertulia en "Colección de artículos de Anselmo Suárez y Romero", *Cuba literaria*, Imp. La Antilla, La Habana, 1862, pp. 33-40.

⁷ Richard R. Madden, *Poems by a slave in the island of Cuba, recently liberated, translated from the Spanish by R. R. Madden, M. D. with the early life of the negro poet written by himself, to which are prefixed two pieces descriptive of Cuban slavery and the slave traffic*, Thomas Word and C., London, 1840.

acontecimiento, en los diálogos creadores de su tertulia culta.

Esta naturaleza apacible y activa, que tiene fe en la reforma educacional o política hecha siempre y solamente a través de las vías pacíficas, desencadena, sin proponérselo, dondequiera que se encuentre, el suceso cultural o político. Por el trasfondo de esta vida tranquila se ven transcurrir los episodios más agitados de la primera mitad del siglo: conspiraciones, como la de los Soles y Rayos, que decidirían el destierro de Heredia; polémicas como la ocasionada por el incidente de la Academia Cubana de Literatura, que determinaría el destierro de Saco; procesos violentos como el de La Escalera, del que resultaría la muerte de Plácido y su propio destierro definitivo del país.⁸ No estando, por temperamento, vocado a la acción revolucionaria, pero siendo a la vez todo lo contrario de un conformista en materia política, no le quedaba más vía que la de tratar de viabilizar las reformas que quería para Cuba valiéndose de los medios permitidos por la colonia. Agrupa a la intelectualidad criolla haciendo a Heredia tomar conciencia de lo americano, convirtiendo a Milanés en moralista y a Suárez y Romero en denunciador del más profundo de nuestros males: la esclavitud. Pero solo él posee la ecuanimidad que faltó al exaltado Heredia o al impetuoso

Saco, para acercarse, sin riesgo, a la linde máxima de lo permitido: de ahí que sea él el que pudo permanecer más tiempo en el país.

Sus mismos *Memoriales* famosos, como el que dirigió a la Reina en 1836 pidiendo leyes especiales para Cuba, los hace a título solapado de hijo fiel que quiere ser tratado en Cuba como lo son los españoles en España y que se propone solo el "adelanto del país". Pero a este "español", como ya ha observado Fernández de Castro, se le escapan en una carta a un madrileño amigo suyo las expresiones "mi patria" y "tu patria", y contiene mal la indignación cuando ve al de veras español La Sagra, censurar, no por cierto con exceso, las poesías del cubano Heredia, calificándolo violentamente de "gallego criticatizante". Como sus gestiones amistosas o patrióticas son siempre indirectas, su actitud frente a cualquier problema resulta en extremo compleja, no siendo siempre fácil desentrañar los verdaderos móviles de su acción. Algunas de las contradicciones aparentes de su vida se aclaran a la luz de este doble juego político suyo por el que habla de "nuestra amadísima Reina" a la vez que se burla, en carta privada, de los títulos de nobleza; se presenta como súbdito fiel de la Corona y da un informe secreto sobre el verdadero estado de cosas en la Isla; aspira a diputado por una provincia española y pide antes de morir que le lean los versos del cubanísimo Milanés.

Estas y otras contradicciones hacen que haya sido Del Monte una figura en

extremo discutida. Se le reprocha su incompreensión de Plácido y el duro juicio que hiciera sobre Heredia, con motivo de la carta que el poeta escribió al general Tacón. Algunos le han negado el título de cubano y recuerdan la carta a O'Donnell o su responsabilidad en los sucesos de La Escalera por la carta-denuncia a Mr. Everett. Pensamos, en sucesivos trabajos, detenernos en todos estos puntos. Para ello será necesario comprender que no basta averiguar año por año las vicisitudes de su vida, sino tomar cada punto como el itinerario de un proyecto que no está a la vista, comprender que sus posiciones son estratégicas, nunca finales. De él podría decirse lo que Claudel del poeta Jules Supervielle, y es que, a semejanza de esos pájaros engañosos que dan un rápido silbido casi humano y nos hacen volver la cabeza, como si hubiéramos sido llamados, su canto indica solo el lugar en que no está. Siempre hay que partir, en su caso, del hilo que une las posiciones más opuestas. En sus informes públicos habla de "nuestro gobierno", pero en sus cartas privadas da rienda suelta a su indignación. Es miembro de la Real Sociedad Patriótica, pero trata de crear ese conato de vida intelectual independiente que fue la frustrada Academia Cubana de Literatura. Alaba la literatura española pero escribe los *Romances cubanos*. Se vincula a la asentada familia de los Aldama y a su fortuna esclavista, pero defiende el cese de la trata y muere en el destierro. ■

FINA GARCÍA MARRUZ

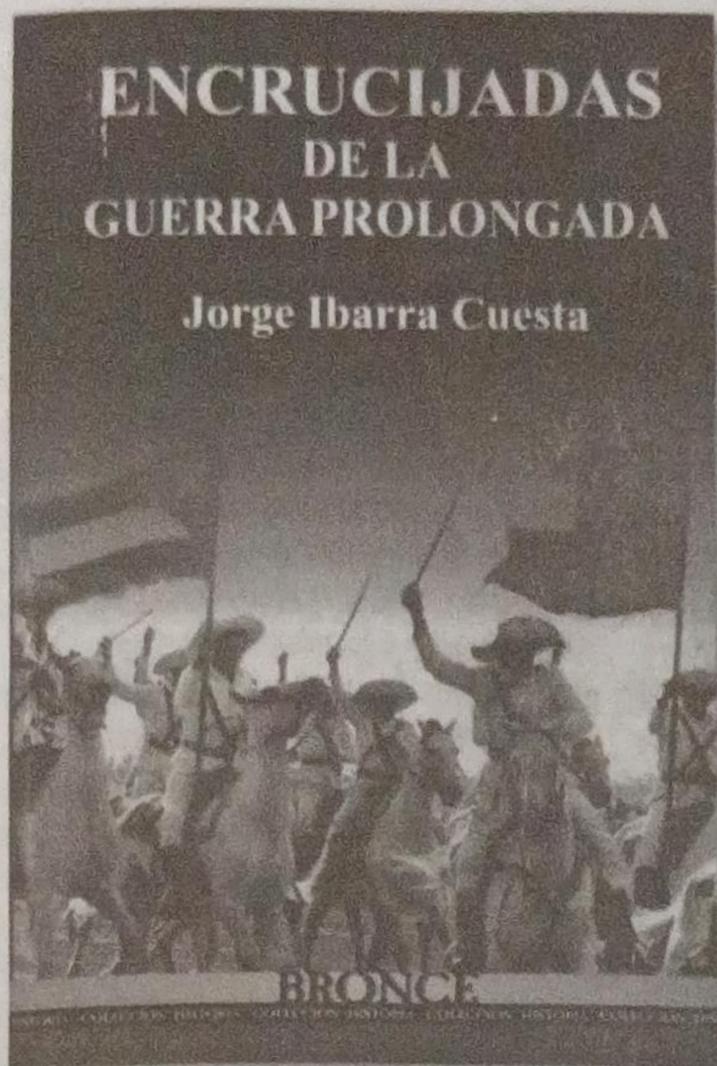
Encrucijadas de la guerra prolongada, de Jorge Ibarra

La presentación de un nuevo libro de Jorge Ibarra es siempre una buena nueva para quienes apreciamos su labor historiográfica. Para el reseñador la tarea no es fácil. No se trata simplemente de hablar del profesional y su obra. No puede olvidarse al hombre que modestamente se jugó la vida, junto a héroes como Frank País, Pepito Tey, José Antonio

Echeverría y Jesús Suárez Gayol, no una, sino tantas veces, empeñado en liberar a la patria de un tirano impuesto por una poderosa vecindad y devolver al pueblo su dignidad negada. La impresión que se deriva de la lectura de sus obras es que la coexistencia de su vocación por la historia con su protagonismo histórico puede haber contribuido a crear en él una

sensibilidad especial para penetrar hondo en los procesos históricos de liberación de nuestro país y, en particular, en el misterio de las ideas, las motivaciones y, sobre todo, las acciones de los héroes y líderes cubanos, en este caso de la Guerra de los Diez Años.

Para quienes no lo conocen, recordemos que Jorge Ramón Ibarra Cuesta se graduó de abogado en 1956 y obtuvo su doctorado en Ciencias Históricas en 1997. Fue miembro de la Dirección Política de



las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) donde trabajó entre 1959 y 1963. Laboró después en el Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba y allí alcanzó la categoría de investigador titular. Su vocación profesional se reflejó rápidamente en el número y la calidad de sus investigaciones. Entre las más notables, recordamos su *José Martí, dirigente político e ideólogo revolucionario*; *Historia de Cuba, un análisis psicosocial del cubano: 1898-1925*; *Nación y cultura nacional*; y *Cuba: 1898-1958, estructuras y procesos sociales*. Ha recibido numerosos premios nacionales. Ha escrito más de una docena de libros, varios de ellos premiados por la crítica, y un crecido número de artículos para prestigiosas revistas especializadas de Cuba y el extranjero. Recibió la Distinción Por la Cultura Nacional y la medalla "Alejo Carpentier". Ha sido profesor en universidades extranjeras, y participado en diversos congresos, conferencias académicas en Cuba y en otros países.

En cuanto a la obra que nos ocupa, hay que decir que *Encrucijadas de la guerra prolongada*, alcanza 356 páginas distribui-

das en cinco capítulos, cada uno de ellos con varias secciones y una enjundiosa introducción, todo ello bajo el esmerado cuidado de la editorial Oriente.

Puedo manifestar de inmediato que este libro de Ibarra que hoy reseñamos constituye un paradigma investigativo que ningún historiador cubano, sobre todo los jóvenes, debe dejar de leer y releer. El objeto de su indagación fue "el estudio de la coyuntura histórica que representó el fin de la Guerra de los Diez Años", así como de "los hechos que condujeron al Pacto del Zanjón y a la Protesta de Baraguá". Estamos ante un tema desgarrador pero de vigencia permanente, cuya elucidación ayudará a mantener vivo en la memoria histórica del pueblo el alto precio que debe pagarse por la claudicación.

Se trata de una de las aproximaciones más significativas en Cuba hacia la realidad de una derrota con escaso paralelo en la historia de la Isla. La riqueza documental con la que Ibarra sustenta su hipótesis impresiona como irrefutable. No se trata de los conocidos simulacros de fuentes secundarias, sino el hallazgo de nuevas fuentes primarias sometidas al escrutinio sistemático de una inteligencia que penetra en lo profundo de las motivaciones de los actores del drama bélico. ¿Cómo puede explicarse, se pregunta, cuando a fines de 1877 ya se había derrotado la contraofensiva española en Las Villas y las fuerzas cubanas se habían reorganizado, el deterioro de las armas cubanas y la desmoralización que culminaría en la paz del Zanjón? Uno por uno los argumentos que hoy constituyen un lugar común de nuestra historia tradicional —la falta de parque y otros pertrechos, el hambre, el descenso del número de expediciones, la baja moral de lucha de los combatientes y consiguiente aumento del número de presentaciones, la ofensiva del ejército español y el regionalismo de Vicente García— los disecciona Ibarra y los reduce a su verdadera dimensión con ayuda de

centenares de documentos —las cartas personales y oficiales de los jefes de las dos fuerzas combatientes, los diarios de campaña, informes y partes militares, actas de sesiones de la cámara, estadísticas oficiales, económicas, sociales y militares, alocuciones, los artículos de prensa—, todo documento, en fin, que, debidamente evaluado, contribuyera a una reconstrucción objetiva del contexto histórico.

Dicho en otros términos, a diferencia de otros historiadores, Ibarra no se limita a señalar los hechos, sino que se detiene a analizar cómo llegaron a serlo, mediante convincentes hipótesis calzadas con documentos primarios. En sus métodos investigativos, por otra parte, observamos con satisfacción que el autor concede mayor trascendencia a las acciones de nuestros personajes históricos, que a sus versiones, acusatorias o apologéticas, frecuentemente justificativas, que a menudo aparecen en los incontables documentos personales de las más importantes figuras de la Guerra de los Diez Años. En el desempeño de su notable investigación Ibarra comprobó las diferencias entre las notas y los documentos similares en los días en que ocurrieron los hechos, y lo que sus protagonistas escribieron sobre estos en artículos, libros y cartas posteriores, razón adicional para insistir en una revisión de toda la documentación disponible. Pero Ibarra comprende que la verdad puede hallarse también en las cándidas opiniones escritas en la correspondencia personal e íntima de los más modestos testigos de la grave coyuntura histórica. En un investigador como él, discernir entre el elemento subjetivo y el objetivo en los textos no es un generoso don natural, sino la realidad de su excelencia en la técnica investigativa y su conocimiento del contexto histórico.

No quiero correr el riesgo de violar la tradición de no adelantar demasiados elementos del contenido del libro que el lector debe hallar en su diálogo silencioso con el autor de la obra, pero debo decir que coincido con una de la tal vez más importante de sus conclusiones sobre las razones del descalabro independentista: "El sistema de relaciones sobre el que estaban normadas las relaciones entre

los jefes regionales, la Cámara y los jefes partidarios de un mando único, entró en crisis por ser orgánicamente incapaz de mantener la unidad del campo revolucionario." Fue por cierto para eliminar esta disfunción, nos dice Ibarra, que la próxima generación de revolucionarios, en primer lugar José Martí, resolviera eliminar la Cámara y dar lugar a un equilibrio mayor en las relaciones del gobierno y los jefes del Ejército Libertador, la primera, consagrada a las relaciones internacionales de la revolución y los suministros bélicos, y los segundos, responsabilizados con la conducción de la guerra sin la interferencia perturbadora y divisionista que frecuentemente ejerció la Cámara durante la Guerra Grande. Martí y los líderes de la Revolución del 95 intentaron iniciar las hostilidades simultáneamente en varios puntos entre el Oriente y el Occidente de la Isla y como esto resultara inviable, inmediatamente se dieron a la tarea de organizar una columna invasora hacia el Occidente del país. Políticamente se declaró una guerra enérgica contra el autonomismo y la anexión.

Por otra parte, lo que el autor llama "civilismo a ultranza" en la Guerra de los Diez Años es un acabado examen del problema capital de la lucha estéril de la Cámara y los "civilistas" atrincherados en ella, contra los oficiales del Ejército Libertador empeñados en el principio del mando militar único. No hay espacio para las dudas cuando Ibarra nos demuestra que estamos ante una causa relevante de la derrota del empeño revolucionario. Y probablemente la más significativa: cómo la incapacidad para dirigir la guerra se evidenció en la tendencia de los "civilistas" a dejar hacer a los militares en sus regiones,

fortaleciendo el regionalismo estéril frente a los intereses de la "patria grande".

Pero lo expuesto no es sino un atisbo de la riqueza de las observaciones de Ibarra sobre el microuniverso de los diez primeros años de una guerra que continuó con la Guerra Chiquita, la Guerra del 95, y el triunfo del pueblo cubano en 1959 y que hoy asume la forma de una lucha por la continuada unidad de nuestro pueblo y la salvaguarda de nuestra libertad e independencia. Muchas son las aristas negativas del proceso bélico que la aguda penetración de Ibarra nos propone.

Pongamos por ejemplo el efecto adverso de lo que Ibarra llama "el resurgimiento del anexionismo", con la visita del obispo norteamericano William S. Pope a Cuba en 1876, promovida por Miguel Aldama y José Antonio Hecheverría desde la Junta Revolucionaria de Nueva York. Era una trampa que ya perfilaba la continuada e intensificada ingerencia estadounidense en Cuba de años posteriores, con su plan de mediación financiera animada por el sueño imposible de asegurar la independencia a Cuba con 150 millones de dólares, que después de la hipotética independencia se convertiría en préstamo a la nueva república. Si algo garantizaba esta patraña era el nacimiento de una república lastrada por la dependencia de una deuda entonces colosal a un país debilitado por ocho años de guerra. Y Pope no se limitó a ese objetivo, advierte Ibarra, sino que difundió profusamente el rumor bajo tutela norteamericana del fin de la guerra en tres meses. Conviene subrayar que todo ello se realizaba con el activo beneplácito del ciudadano Estrada Palma, notable por su admiración de Estados Unidos.

También interesa la amplia información y análisis de Ibarra sobre el efecto de la agudización de las tensiones raciales en el seno del pueblo combatiente: el engendro de que negros y mulatos se apropiaban de las posiciones cimeras de la revolución y la lógica reacción de estos ante la infamia, lo cual suscitó la división profunda del pueblo combatiente cubano. Era evidente, aclara Ibarra, que el racismo ejercía durante la guerra una influencia sensible en la conciencia de ambos grupos raciales, en detrimento del esfuerzo bélico, y lo demuestra con abundantes ejemplos siempre bien documentados.

Siguiendo lo que llama "la lógica de los hechos" y el criterio de la verosimilitud, Ibarra llega a conclusiones aclaratorias en relación con Vicente García que de cierto modo aligeran el peso crítico de la historia tradicional sobre el controvertido jefe militar de Las Tunas; nos habla de la patética reunión final de Máximo Gómez con el propio Maceo; la protesta de Baraguá y el viaje de Maceo a Jamaica, que desató una ola incontenible de desertiones en las fuerzas cubanas aún sobre las armas en Oriente y puso punto final a la guerra.

Pudiera argumentarse que esta investigación no es definitiva, que quizás falten documentos. Es posible. Pero ciertamente nos acerca a la verdad como ninguna de las investigaciones anteriores de mi conocimiento. No creo equivocarme, en conclusión, al afirmar que la obra de Jorge Ibarra que hoy reseñamos es probablemente la historia más seria y documentada del fin de la Guerra Grande y la Protesta de Baraguá hasta hoy escrita en Cuba. Quien desee confirmar mis aseveraciones, lea el libro. ■

RODOLFO SARRACINO





Un Hemingway en tierras del Quijote

No sé si comenzar este pequeño homenaje a Domingo Ramírez comparándolo con el Quijote o haciéndolo con Hemingway, puesto que cualquiera de los dos sería un buen referente para hablarnos de su vida.

Domingo Ramírez, caballero andante andaluz que abrazó las ideas del comunismo desde niño y a las que consagró toda su larga vida, dijo adiós el pasado 31 de marzo del año en curso. Dicen los que estuvieron allí que lo hizo con la misma ecuanimidad con que asumió su intensa vida: seguía confiado en que la Tercera República Española llegaría, su utopía no lo abandonaría nunca, fue consecuente con ella y fiel a sus ideas hasta el último instante.

La prensa española reflejaba esa fatal mañana de primavera en las páginas de sus diarios:

Siempre luchó por una izquierda auténtica, la que vivió y ejerció con toda su crudeza. Dejó sus huesos en las frías arenas de los campos de concentración franceses sobreviviendo de ellos y arriesgando siempre la vida por su partido Comunista.

Domingo, "el abuelo", como le decíamos todos los que tuvimos la suerte de conocerlo y gozar de su amistad, fue el protagonista de la novela *El corazón helado*, de la reconocida y multipremiada escritora española Almudena Grandes. Este título, que hoy es un *best seller* en la vieja Europa, cuenta la historia de su vida, como él mismo la narrara sin darle el más mínimo valor, cuando decía:

Yo salí por Francia y me cogieron prisionero, me mandaron para Saint-Cyprien, un campo de concentración nazi del que me fugué en una noche de tormenta, después



El autor con Domingo Ramírez.

de mucho bregar y de estar escondido con familias francesas que me ayudaron, pude llegar a España donde estaba fichado por el franquismo y fui nuevamente tomado prisionero y confinado en la cárcel franquista El penal del Duero, donde cumplí condena por más de cinco años.

Todo ello como si escapar de un campo de concentración nazi lo hiciera cualquiera o haber sido prisionero del franquismo más de cinco años solo haya sido un segundo en su azarosa vida.

Hombre de vasta cultura, así era reconocido sobre todo por sus análisis de la realidad de hoy, siempre enriquecedores. Fueron famosos también sus debates con el poeta español Gonzalo Martínez Sadoc, al que lo unía una sincera y probada amistad.

Una calurosa tarde de verano conocí a Domingo hace más de cinco años, en el

portal de su casa en Bajo de Guía, barrio de pescadores de Sanlúcar de Barrameda. Alguien estaba interesado en que nos conociéramos por nuestra filiación militante. Allí, en la desembocadura del río Guadalquivir, parecía que vigilaba el cruce de los barcos que salían a cumplir su faena. Se le perdía la vista a lo lejos, quizás sus pensamientos estaban más allá de la reserva ecológica de Doñana, al otro lado del río. ¿Sobre cuál de todas sus epopeyas estaría posado? Nos hicimos de una vez y para siempre "abuelo y nieto". Desde ese día siempre estuvimos pendientes uno del otro, y todo el tiempo lo vi llevar en su chaqueta, magníficamente limpia y planchada, una pequeña bandera cubana. Así también se forjaron nuestras tertulias, que se remontaban a las frías madrugadas solo aplacadas con sorbos de manzanilla, la que nunca faltaba en

su pequeña pero acogedora morada. Me preguntaba por Fidel, por la Revolución, por cómo repartíamos solidaridad en el mundo, y luego me contaba alguna que otra historia, pero no todas eran bélicas. Contaba con emoción los muchos amores de mujeres que le cambiaron la vida y se entregaron por entero a él, me hablaba de viajes fascinantes, de su pasión por el fútbol y fidelidad infinita al Betty Balompié Club, del que fue uno de sus socios fundadores, pero, sobre todo, su dedicación al ideal en que siempre creyó. El amor fue el filtro a través del cual canalizó su vida, lo entregó todo con pasión absoluta.

Un día, y ya con ochenta y ocho años, el abuelo desapareció de su casa y nadie de su familia sabía su paradero. Todos, muy preocupados, lo buscaron hasta

la saciedad, pero no apareció y dieron parte a la policía. Una mañana, recibieron una llamada telefónica: no había ningún problema, Domingo estaba en Cuba con su novia, una esbelta dama francesa de sesenta años. Quería ir a la tierra de Martí y de Fidel, ver con sus propios ojos lo que hacía una isleta pequeña pero inmensa al otro lado del mar, una tierra, un hombre y un pueblo que pudieron hacer realidad el sueño por el cual luchó. Y allí estaba, feliz, lleno de salud, con su bandera cubana en la chaqueta, vistiendo nuevamente su *short* de Hemingway, y montado en Rocinante cabalgó toda nuestra geografía, siempre con su Dulcinea al lado, y luchando contra el inmenso pez que fue su vida. Así lo recuerdo, como tantas noches de plática, sonriente y convencido, satisfecho

de todas y cada una de las cosas que hizo, sentado en su portal con la mirada perdida allá a lo lejos, volviendo a vivir algunas de sus miles de historias.

Hoy las campanas doblan por ti. A todos los que nos contagiaste con tu optimismo, los que pensamos como tú, los que quisiéramos tener una vida como la tuya para poder enfrentar la muerte con la hidalguía con que tú lo has hecho, solo nos queda ponernos en fila y hacer un disparo al aire cuando tu féretro nos sobrepase para entrar ya, y para siempre, en la eterna vida que tendrás en el pensamiento de todos los que te debemos el ejemplo que sembraste en nosotros, tus nietos discípulos. ■

ERASMO LAZCANO LÓPEZ

Evocando al amigo de siempre



Evocar el nombre de José Cantón Navarro entraña un sincero tributo a su memoria y un reconocimiento a un ejemplo de fidelidad a su responsabilidad como intelectual revolucionario. Sus numerosos aportes, preferentemente en el estudio y conocimiento de la historia y del pensamiento de José Martí quedan recogidos en una obra que incluye títulos de inestimable valor. Bastará recordar *El éxodo rural en Cuba* (1956), *El problema agrario en Cuba* (1968), *Algunas ideas de José Martí en relación con la clase obrera y el socialismo* (1970), *Influencia de José Martí en los revolucionarios del Moncada* (1983), *Historia del movimiento obrero cubano* (1985), *Los pueblos árabes en la pupila de José Martí* (1991), o hacer alusión a más de un centenar de artículos y otros escritos publicados en revistas nacionales y extranjeras.

En lo que constituye su más reciente obra, aparecen dos títulos imprescindibles que culminan la producción de José Cantón Navarro: *José Martí y los trabajadores* y *Una revolución martiana y marxista*. El primero de estos dos títulos, publicado en el año 2005 por el Centro de Estudios Martianos, es una nueva edición ampliada de una obra con más de tres décadas de escrita por el autor, que fue premio del Concurso 26 de Julio y cuya primera edición por la Dirección Política de las FAR en 1970 se agotó. Igual suerte corrió la segunda edición (Editora Política, 1981).

La edición ampliada de 2005 es de gran importancia histórica. Enfrenta la posición de muchos autores que por prejuicios, intereses, odios de clase, cobardía política o quién sabe qué otras razones —diría el autor—, ocultaron o negaron durante décadas la presencia obrera en la causa de emancipación nacional. Abordando aspectos prácticamente desconocidos de nuestro Héroe Nacional, Cantón aspira a que "la pequeña obra" sirva de base a estudios más amplios

sobre el tema, lo cual dice mucho de la modestia que lo caracterizó.

El libro comienza refiriendo las contradicciones en que se han sumido las valoraciones sobre el pensamiento de José Martí y la necesidad de no descontextualizarlo y valorarlo en la interacción del medio económico-social y la mente humana. En las primeras ideas brinda las concepciones de Martí sobre el trabajo y sus simpatías hacia los humildes. Con objetividad es capaz de reconocer, por una parte, el principio socialista de que el que no trabaja no come, y el martiano de que ni indirectamente debe la sociedad humana alimentar a quien no trabaja directamente en ella, y por la otra, considera que José Martí, sin embargo, no ve las causas objetivas de la transformación social, ni ve la función social del proletariado como clase que constituye un factor decisivo del desarrollo social. Aclara Cantón Navarro que no obstante, a medida que se compenetra con el problema social, va comprendiendo —aunque sin llegar a las posiciones del marxismo— el papel que corresponde a los obreros en la solución del problema.

Justamente cuando expone la concepción de José Martí sobre el problema social, trata la denuncia contra la explotación y la búsqueda de causas y remedios, para finalizar con su evolución: el proceso de Chicago. Ese es un capítulo lleno de argumentos para confirmar la evolución del pensamiento martiano al respecto.

Dedica un espacio al marxismo y los marxistas, en el cual analiza, según su criterio, por qué Martí no llega a comprender el papel que les corresponde a los obreros en la solución del problema social. Para Cantón, la relación Martí-Marx ha sido interpretada de manera que no corresponde a la realidad por parte de "estudiosos de la obra de Martí que, entusiasmados por muchas de sus ideas; lo califican de socialista y de materialista dialéctico"; aunque para él "es cierto que el realismo político-revolucionario de Martí lo lleva a coincidir frecuentemente con los métodos y apreciaciones del materialismo histórico".

Esta cuestión filosófica resulta una de las más complejas en el pensamiento

martiano, pero él contribuye a su esclarecimiento con nuevos criterios sobre el tema. Señala que también es cierto que habitualmente Martí hace gala de una dialéctica espontánea, sorprendente a veces. Considera también ciertas coincidencias esenciales en las esferas de "la educación, la cultura, la política, la economía, la historia, los principios éticos-morales, etc."; pero hay una apreciable diferencia en cuestiones capitales, sobre todo de carácter teórico" relacionadas con el tema: "no atribuye el origen de la explotación de unos hombres por otros, de la división de la sociedad en clases, a la propiedad privada de los medios de producción"; no es apreciable en Martí "la teoría de la lucha de clases", y tampoco el "papel del proletariado en la transformación de la sociedad y las vías y medios para lograr esa transformación".

La exposición de Navarro es tan cuidadosa, que alude a otros factores que influyeron en la no identificación de Martí con el marxismo y sí con los marxistas, con los que tuvo la oportunidad de relacionarse. Dedicó un espacio especial a los criterios de José Martí sobre Marx y Baliño.

En interesante aclaración, se refiere al anarquismo como una polémica necesaria al relacionar a Martí con los trabajadores cubanos, y advierte la diversidad de corrientes ideológicas que se debaten entre ellos. Presta atención a la política y el problema de la patria y de la independencia nacional como expresiones en las que más se contradicen los anarquistas y, en particular, al querer respetar lo que ellos llaman "libertad individual". En contundente argumentación, José Cantón Navarro, refiere un acuerdo del Congreso Obrero celebrado en La Habana en enero de 1982 y que considera "sería absurdo que el hombre que aspira a la libertad individual se opusiera a la libertad colectiva de un pueblo".

Cuando Cantón Navarro escribe sobre los trabajadores, la revolución y la República, podemos afirmar que estamos haciendo la lectura de la verdadera esencia del pensamiento martiano en relación con los trabajadores, a través de los siguientes momentos: la contribución principal, la

república de Martí y la frustración y la reconquista.

La grandeza de "la pequeña obra", como la califica José Cantón Navarro, se puede apreciar en el reconocimiento que la época en que vivieron José Martí y Carlos Marx fue determinante en sus respectivos pensamientos y en brindarnos una interpretación temprana de cómo enriquecieron Martí y Marx, cada uno desde su cultura, la concepción acerca de los trabajadores.

En la presentación del otro libro, *Una revolución martiana y marxista*, el Centro de Estudios Martianos nos dice que José Cantón Navarro comparte a plenitud la tesis de que la Revolución Cubana es martiana y marxista, y la defiende con pasión. Expone las principales ideas al respecto y desmantela con argumentos sólidos todo lo superfluo. Se agrega que en las circunstancias actuales de confrontación violenta de ideas, su aporte teórico es imprescindible, y al trascender los límites individuales tras su reciente fallecimiento, nos deja una última lección de generosidad y sacrificios a una causa común.

En una introducción necesaria el autor señala el porqué del tema cuando dice:

La reiterada afirmación de que la Revolución Cubana triunfante en 1959 es martiana y a la vez marxista [...] ha suscitado interesantes controversias sobre todo fuera de Cuba. Si José Martí no se declaró nunca partidario del marxismo, si abogó por constituir una república basada en el equilibrio de las clases sociales, ¿se puede reconocer el carácter martiano de una revolución que abolió las clases explotadoras, que proclama el papel dirigente del proletariado y construye la sociedad socialista?

No es una simple polémica como puede observarse, ello hace que el libro trascienda mucho más, es ante todo una necesidad histórica que él y otros autores han venido tratando en el desarrollo del pensamiento cubano, particularmente después del triunfo de la Revolución, y que desde la década de los noventa del siglo pasado se ha acentuado.

Muy bien estructurado en tres partes, que el autor considera pequeños ensayos,

la primera da título al libro; en la segunda analiza el pensamiento democrático-revolucionario de Martí, sus juicios sobre Marx y sobre varios marxistas conocidos, así como algunas concepciones específicas sobre patria, política, cultura y solidaridad de los pueblos, entre otras. En estos escritos se ponen de manifiesto numerosas coincidencias esenciales del ideario martiano con los postulados de la Revolución Cubana. Finalmente, en la tercera parte varios artículos ilustran cómo el pensamiento martiano ejerció una influencia vital sobre los comunistas cubanos y constituyó una de sus banderas de lucha durante toda la República, desde Baliño, Mella, Villena y otros grandes líderes, hasta Fidel y el núcleo principal de los moncadistas.

Podemos coincidir con Cantón Navarro en que:

El hecho de que los marxistas-leninistas cubanos de todas las épocas hicieran suyo y defendieran el legado martiano, es otra prueba irrefutable de la continuidad histórica del pensamiento revolucionario en nuestro país, y de la comunidad de ideas básicas y de principios éticos entre José Martí y la Revolución Socialista de Cuba.

Y coincidir también en que

[...] no existe antagonismo alguno entre el pensamiento radical de Martí y el carácter socialista de nuestra Revolución, e incluso han de corroborar —las páginas de este libro— el aserto de que si nuestra revolución no se nutriera sustancialmente de su raíz martiana, tampoco sería consecuentemente marxista.

Pero el tema requiere de un tratamiento priorizado, para ello ha dado Cantón Na-

varro un aporte sustancial en un momento histórico en que se hace ineludible.

Sobre este tema de manera recurrente Fidel ha caracterizado la recepción del marxismo en Cuba a partir de la síntesis del pensamiento cubano que representa José Martí en sí mismo, y ha considerado que su aporte a la Revolución Cubana: "[...] consiste en haber realizado una *síntesis* de las ideas de Martí y del marxismo-leninismo, y haberla aplicado consecuentemente en nuestra lucha".¹

Y en otro momento Fidel expresaba:

[...] hemos aplicado, de manera consecuente, las ideas revolucionarias y las ideas del marxismo-leninismo. [...] Nuestra Revolución se inspiró en las ideas martianas y en las ideas marxista-leninistas; es una *síntesis* de ambas, y sigue siendo esa *síntesis*, lo que debe ser más perfecta, más completa, más cabal. Sobre todo, hay que poner mucho énfasis ahora en lo propio, en lo nacional, en lo martiano, sin olvidarnos ni un minuto del marxismo y del leninismo. [...] Es decir que en nuestro país se interpretaron, de manera creadora, las ideas del marxismo-leninismo y las sumamos a ese tesoro inmenso que es el pensamiento martiano; creo que eso explica la fortaleza ideológica de nuestra Revolución y el espíritu de nuestro pueblo [...].²

Enriquecía la concepción sobre la *síntesis* al decir que:

¹ Fidel Castro Ruz, *Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 1985, pp. 163-164.

² Fidel Castro Ruz, Discurso pronunciado en la clausura del VII Congreso del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, la Ciencia y el Deporte, efectuada en el palacio de las convenciones, el 22 de diciembre de 1991.

¿Y por qué todo el énfasis y el acento que pongamos en el marxismo-leninismo tiene que llevarnos a ignorar las raíces de nuestro país, el camino heroico y glorioso seguido para llegar hasta aquí, para poder llegar a hacer esta *síntesis*? Desgraciadamente eso ocurría y nos duele mucho, y lo consideramos una tendencia sumamente negativa. Y no es ahora, ya veníamos hace algún tiempo, desde que tomamos conciencia de estos problemas, luchando por revertir la situación.³

La trascendencia del tema abordado en el libro de José Cantón Navarro puede apreciarse en la manera que estamos divulgando nuestra ideología martiana y marxista-leninista, a partir de la Oficina del Programa Martiano, el Centro de Estudios Martianos, la Sociedad Cultural José Martí y otras instituciones, particularmente, en las universidades.

Un solo ejemplo de lo complejo del tema, es la cosmovisión filosófica de esta ideología, pues algunos estudiosos del pensamiento martiano han considerado que José Martí no fue filósofo, a esto se agrega que quienes reconocen la existencia de una filosofía en Martí la califican de idealista.

Lo dicho hasta aquí resulta suficiente para destacar la trascendencia de la obra de José Cantón Navarro y es una invitación a la lectura de estos títulos imprescindibles y de toda su obra. ■

LEONARDO PÉREZ LEYVA

³ Fidel Castro Ruz, Discurso pronunciado en el encuentro 20 años después de la creación del Destacamento Pedagógico Manuel Ascunce Domenech, el 30 de mayo de 1992, en *Granma*, 2 de junio de 1992.



Asambleas de balance de las filiales de la Sociedad Cultural "José Martí" en 2009

Teniendo como premisa la convicción martiana de que "a la felicidad se llega a través del trabajo", los martianos de Cuba miembros de la Sociedad Cultural José Martí culminaron en días pasados las asambleas de balance en el nivel provincial, en cada una de sus catorce filiales y la del municipio especial Isla de la Juventud, correspondientes al cuatrienio 2005-2009.

Desde octubre hasta diciembre, se desarrollaron los balances de trabajo en cada uno de los clubes de base y asambleas provinciales, proceso que culminó con la participación de más de mil quinientos miembros. Fueron elegidos o ratificados los miembros de las Juntas Provinciales en cada filial, con lo cual quedaron fortalecidas sus directivas.

El próximo año efectuaremos el balance nacional, al cual estamos convocando como Congreso de todos los martianos, y desde donde podremos trazar el accionar de la organización para el período 2010-2014. Asimismo, celebraremos quince años de trabajo, durante los cuales, de una manera u otra, hemos podido realizar los más anhelados y realizables sueños de unir a los martianos y potenciar la difusión del ideario del Héroe Nacional, mediante acciones de carácter cultural, educativo e ideológico, preservando con ello los mejores valores del legado revolucionario de nuestra patria.

Al finalizar esta etapa, estamos más fortalecidos, tanto en membresía como en las líneas de trabajo para el futuro. Contamos con 8 953 miembros -2 280 más que en 2006-, agrupados en 618 clubes que conforman 35 Consejos martianos en varios municipios del país, lo cual nos permite apreciar que la familia martiana continúa dando pasos precisos en la sociedad cubana de hoy.

Dentro de los aspectos más debatidos, estuvo el de continuar perfeccionando la promoción de los eventos, los talleres, los

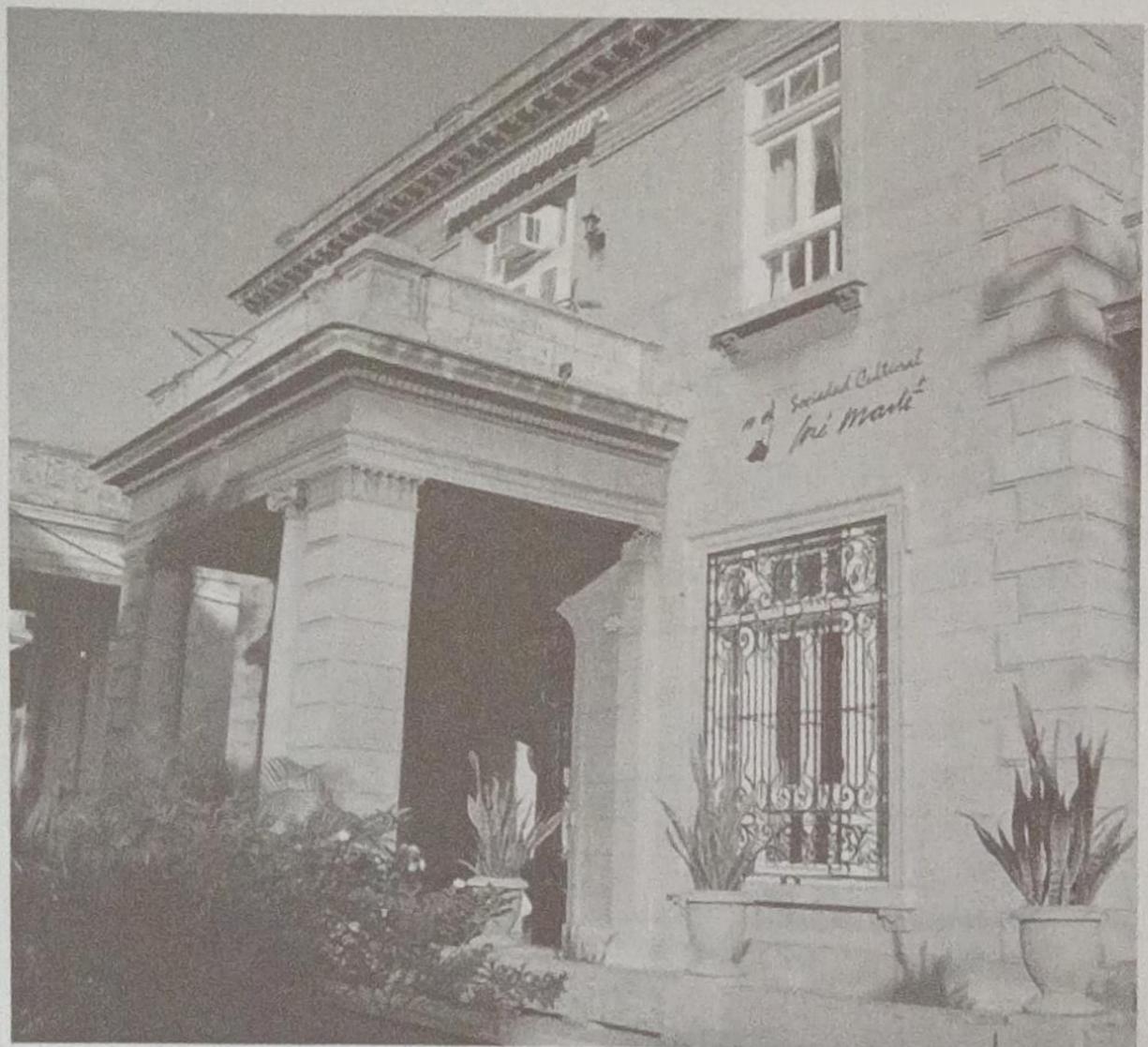
concursos y las acciones culturales para lograr un mayor número de espacios de reflexión y debate con los jóvenes, y como vía para el fortalecimiento de nuestra identidad. Continuar el desarrollo de los proyectos socioculturales en cada territorio mediante las acciones del Club, como espacio fundamental para irradiar nuestro trabajo. Estrechar las acciones con el Movimiento Juvenil Martiano, las cátedras martianas y demás instituciones del país. También fue debatida la necesidad de apoyo de los martianos en la formación y preparación de los futuros maestros y de los estudiantes universitarios en cuanto al conocimiento y la interpretación del pensamiento martiano, desde su cosmovisión ante los desafíos que libra la humanidad en esta época. Continuar el trabajo con el Proyecto de bosques y jardines martianos, dándole la proyección necesaria y

esencial hacia la formación de valores en una práctica consciente del cuidado y la protección del medio ambiente.

Para el año venidero, desde enero hasta mayo nos proponemos, además, desarrollar una amplia Jornada martiana, donde conmemoremos hechos importantes ocurridos en nuestra historia, en estrecha relación con la vida de José Martí; promover y desarrollar el II Coloquio Internacional José Martí: por una cultura de la naturaleza, y continuar fortaleciendo nuestra organización.

Lo más importante que se puso de manifiesto en las asambleas provinciales realizadas, es que existe la voluntad de fortalecer el trabajo que realizamos perfeccionando nuestros mecanismos organizativos, dejando atrás el formalismo y haciendo más eficaz las acciones que llevamos a cabo para vincularnos con todos los sectores de la sociedad y, de modo especial, con los niños, adolescentes y jóvenes. Esa será nuestra mejor contribución a la continuidad histórica de nuestra Revolución. ■

ADELAIDA RAMOS Leal



Nuestros autores

Alpidio Alonso Grau

Ingeniero, poeta y editor. Miembro de la Junta Nacional de la Sociedad Cultural "José Martí".

Maritza Batista Batista

Máster en Desarrollo cultural comunitario. Ensayista y escritora de literatura para niños. Profesora del Centro Universitario de Las Tunas

Dioelis Delgado Machado

Licenciada en Educación. Directora del Museo Casa Natal de José Martí.

Roberto Fernández Retamar

Doctor en Filosofía y Letras. Ensayista, profesor y poeta. Presidente de Casa de las Américas.

Fina García Marruz

Doctora en Ciencias Sociales. Poeta y ensayista. Fundadora del Centro de Estudios Martianos y una de las más agudas exégetas de la obra del Apóstol.

Eurídice González Navarrete

Doctora en Ciencias Históricas. Profesora del Departamento de Historia, de la Universidad de La Habana.

Sergio Guerra Vilaboy

Doctor en Ciencias Históricas. Profesor Titular y jefe del Departamento de Historia, de la Universidad de La Habana. Secretario ejecutivo de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC).

Antonio Gutiérrez Rodríguez

Licenciado en Español y Literatura. Poeta, editor, crítico e investigador del Centro Provincial del Libro y la Literatura de Las Tunas.

Armando Hart Dávalos

Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano. Presidente de la Sociedad Cultural "José Martí".

Erasmus Lazcano López

Máster en Ciencias Sociales y Políticas. Vicepresidente primero de la Sociedad Cultural "José Martí".

Eusebio Leal Spengler

Doctor en Ciencias Históricas. Ensayista e historiador de la ciudad de La Habana.

Francisca López Civeira

Doctora en Ciencias Históricas. Profesora Titular y vicedecana de la Facultad de Filosofía e Historia, de la Universidad de La Habana.

Wilfredo Padrón Iglesias

Doctor en Ciencias Históricas y profesor de la Escuela Provincial del Partido en Pinar del Río.

Leonardo Pérez Leyva

Presidente del Club Martiano de la Sociedad Cultural "José Martí" de la Universidad Central de Las Villas.

Rafael Polanco Brahojos

Ensayista y profesor de Historia de la filosofía y de Pensamiento político. Vicepresidente de la Sociedad Cultural "José Martí".

Adelaida Ramos Leal

Licenciada en Geografía y profesora. Secretaria ejecutiva de la Sociedad Cultural "José Martí".

Nydia Sarabia

Periodista, historiadora e investigadora. Miembro de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) y la Unión Nacional de Periodistas de Cuba, entre otras instituciones nacionales.

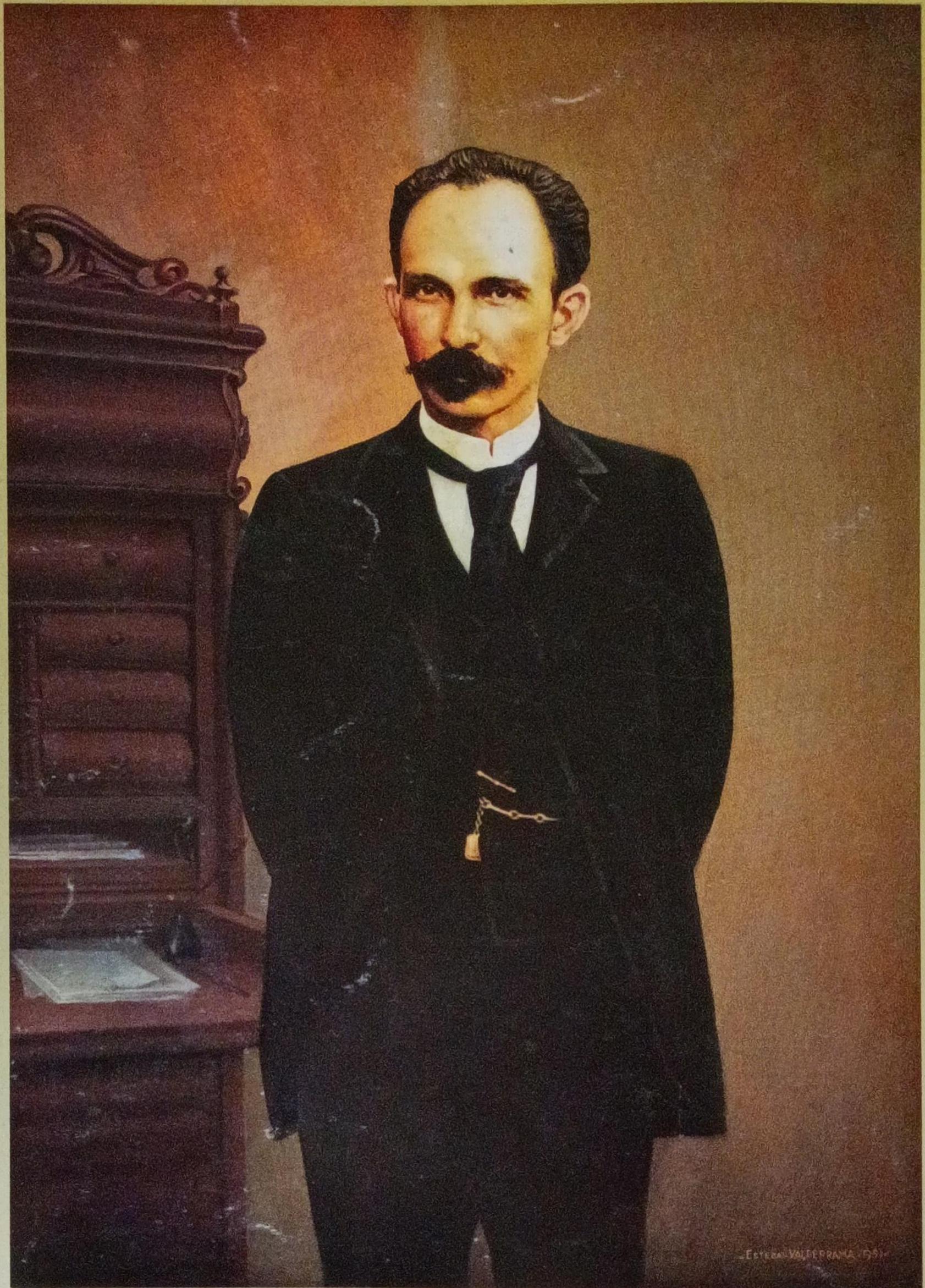
Rodolfo Sarracino Magriñat

Doctor en Ciencias Históricas. Ensayista e Investigador Titular del Centro de Estudios Martianos. Profesor del Instituto Superior de Relaciones Internacionales.



Paisaje, acrílico sobre tela, 2002, del pintor Lester Campa (ver entrevista en la página 66).

MARTÍ EN LA PLÁSTICA CUBANA



Martí, 1951
Técnica: óleo sobre tela
1 x 1,3 m

ESTEBAN VALDERRAMA PEÑA (Matanzas 1892-1964). Destacado retratista en las técnicas de óleo y pastel. Se graduó en San Alejandro en 1908, donde después fue profesor y director. Ganó Medalla de Oro en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1930. Entre sus cuadros se distinguen: *El triunfo de Finlay*, *El origen del escudo y la bandera de Cuba*, *Operación cesárea*, y los de carácter decorativo *Pomona* y *Mercurio*, realizados en 1942 para el antiguo Palacio Presidencial (actual Museo de la Revolución). Murió en La Habana.